

caminos 

desclée



Maurice Zundel

**OTRO MODO
DE VER AL HOMBRE**

Desclée De Brouwer

OTRO MODO
DE VER AL HOMBRE

MAURICE ZUNDEL

OTRO MODO
DE VER AL HOMBRE

Textos seleccionados por:

Paul Debains

Traducción castellana:

Miguel Montes

DESCLÉE DE BROUWER
BILBAO - 2002

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

© EDITORIAL DESCLÉE DE BROUWER, S.A., 2003
Henaio, 6 - 48009 Bilbao
www.edesclee.com
info@edesclee.com

Diseño de portada: Luis Alonso

Impreso en España - Printed in Spain
ISBN: 84-330-1800-0
Depósito Legal: BI-
Impresión: RGM. S.A., Bilbao

*El hombre no puede estar encadenado a la existencia
más que por su biología,
por sus glándulas y sus arranques animales.
El destino del hombre,
cuando se presenta como ligado sólo a esta biología,
aparece siempre infinitamente trágico.*

Maurice Zundel.
El Cairo, abril de 1965.

*Existe una experiencia de Dios
en la que este aparece
como el fundamento mismo
de la dignidad y de la inviolabilidad
que caracterizan al hombre
y lo revelan a sí mismo.*

Maurice Zundel
El Cairo, mayo de 1972.

*Jesucristo es más actual que nunca
porque nada puede ser más catastrófico
que la falsa orientación del hombre
hacia una falsa divinización.*

Maurice Zundel,
Neuilly, marzo de 1964.

*Dios no ha sido nunca más actual,
nunca había sido Su Presencia tan apasionadamente real
como en la coyuntura en que nos encontramos.*

Maurice Zundel,
Beirut, mayo de 1972.

ÍNDICE

Preámbulo	19
Introducción	23
1. ¿CÓMO HABLAR DE DIOS HOY?	43
¿Es Dios un mito absurdo?	43
Dios es la Presencia más actual y más real	43
Hace falta un lenguaje completamente nuevo ..	44
Hay que partir de la experiencia mística y de la noción de dignidad	44
La religión debe asumir a fondo el problema del hombre	45
La presentación del Evangelio	46
2. LA LECTURA DE LA BIBLIA	47
La Biblia, mal comprendida, se convierte en un obstáculo	47
¿Palabra de Dios? ¡Cuidado!	48
Los cristianos inducidos al error	48
3. LA DESFIGURACIÓN DE DIOS EN EL MUNDO CONTEMPORÁNEO	51
Nos hemos quedado en la Edad Media	51
Dios sigue siendo afirmado constantemente de una manera absurda	52
El antiguo mito de Narciso	52
Esta visión de Dios repugna a un verdadero místico y ya no puede bastar	53
¡Por fin respiramos!	53
4. EL DIOS RECHAZADO POR LOS ATEOS MODERNOS	55
El Dios que limita al hombre es objeto de rechazo	55
En cierto sentido, el ateísmo moderno tiene toda la razón	55
Las grandes objeciones de hoy	56

Se rechaza que Dios disponga del hombre como de un objeto	57
5. EL MISTERIO DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD REVELA EL VERDADERO ROSTRO DE DIOS	59
Dios es Amor	59
El Dios Trinidad respeta infinitamente al hombre	60
El Dios único no está solitario	60
La Trinidad nos abre el Corazón de Dios	61
La Trinidad, realidad suprema	61
La inmensa claridad de la Trinidad	61
El Misterio trinitario ilumina el problema que somos nosotros	62
Todo revive a la luz de la Trinidad	63
La Encarnación arraiga a la Trinidad en nuestra historia	63
6. EL MISTERIO DE LA ENCARNACIÓN	65
La Encarnación es el camino normal de la manifestación de Dios	66
El misterio de la Encarnación: la eclosión de una Humanidad perfecta	66
Dios quiere mostrarse siempre a través del hombre	67
La Encarnación comunica a la Humanidad de Jesús la Pobreza misma de Dios	67
Jesús se encarna para reunir a toda la Humanidad	68
Jesucristo lleva a su realización cabal a toda la Humanidad	68
Afirmar que Jesús es Dios puede parecer absurdo	69
La eterna divinidad de Jesucristo	69
«Dios es más íntimo a nosotros que lo más íntimo de nosotros mismos»	70
El verdadero santuario de la Divinidad somos cada uno de nosotros	70
7. EL MISTERIO DE JESÚS Y DE LA CRUZ	73
Un misterio desconocido por la mayoría de los cristianos	73
Es Dios quien muere en la Cruz	74

La Cruz nos revela los sentimientos eternos del Corazón de Dios	75
Es preciso salvar a Dios	75
La Cruz nos hace conocer nuestra inmensa grandeza	76
Paradójicamente, la Cruz nos llama a una aventura maravillosa	77
La Cruz, fuente de vida sobreabundante	77
Una apreciación diferente del bien y del mal a la luz de la Cruz	78
La luz de la Cruz en un universo de personas	78
La Cruz es la realidad más estremecedora	79
La Pasión de Jesús afecta mucho más al futuro que al pasado	79
8. EL SUFRIMIENTO DE DIOS Y SU FRAGILIDAD	81
En Dios puede haber un dolor	81
Dios sufre porque se identifica con el ser amado	82
El Evangelio nos anuncia a un Dios frágil y desarmado entregado en nuestras manos	82
El Dios frágil es un Corazón y no puede revelarse más que a un corazón	83
Nuestra fuerza está en la fragilidad del Amor eterno	83
Una derrota inimaginable	84
La campana de Navidad, en Nagasaki, nos da a conocer la fragilidad de Dios	85
El Dios Amor es un Dios víctima	85
¿Por qué entrega Dios su Vida por nosotros?	86
9. LA RESURRECCIÓN	87
La Resurrección en el corazón del Evangelio	87
La Resurrección y las apariciones	87
En el corazón del misterio de la Resurrección	88
La Resurrección y Pentecostés	89
Cristo, una vez resucitado, restablece la armonía querida por Dios	89

10. EL MISTERIO DE LA CREACIÓN	91
La pobreza de Dios se encuentra en el corazón del misterio de la Creación	91
La Creación inaugura una historia nupcial	91
Necesidad del diálogo de amor	92
La Creación es obra de un Dios verdaderamente Padre	93
La Creación no es lo que debería ser	94
La verdadera creación está en compás de espera	94
Una torpe justificación de nuestras creencias . . .	95
Dios crea todo para el espíritu y para el amor . .	95
Es preciso que nuestra alma abandone sus límites	96
La única manera de concebir el gesto creador . .	97
Nuestra vocación como Hombres consiste en llegar a ser espíritus	97
El mundo está penetrado de espíritu	98
La materia es transparente al espíritu	99
Nosotros no estamos atados ya por nuestro pasado	100
La verdadera Creación está delante de nosotros y empieza cuando el hombre se convierte en él mismo	100
11. EL HOMBRE	101
El Hombre no ha nacido todavía	101
El nacimiento del Hombre verdadero	101
El momento en que el Hombre llega a ser de verdad él mismo	104
La experiencia de san Agustín nos hace asistir al nacimiento del hombre auténtico	105
El yo animal aprisiona al Hombre	106
Seguimos estando enganchados a nuestro yo infantil	107
La única tarea específicamente humana es hacerse hombre	108

Llegamos a ser verdaderamente Personas pasando del exterior al interior	108
Es preciso llegar a ser Persona para llegar a la verdad	109
Cambiar de mirada	109
Es preciso hacerse hombre para encontrar al único verdadero Dios	110
Nuestra vida debe brotar de una opción libre . . .	111
Nuestro origen propiamente humano y nuestra verdadera vida están delante de nosotros	111
El Hombre «espíritu» está delante de nosotros . .	112
Un inmenso desconcierto	113
No sabemos ya dónde situar al hombre	113
La verdadera naturaleza del Hombre	114
La Anunciación lleva a cabo un cambio radical en el mundo	115
La eternidad de san Francisco de Asís	115
Habría que revisar todos los problemas humanos	116
Cristo da un valor infinito a la persona	117
La procreación debe estar ordenada a la persona	117
El hombre que piensa lleva en él todo el Universo	118
Buscar a Dios sólo allí donde se encuentra el Hombre verdadero	118
12. GRANDEZA Y DIGNIDAD	121
La admirable dignidad del hombre	121
El Evangelio se sitúa bajo el signo de la grandeza	121
Ser hombre, ser cristiano, es algo maravilloso . .	122
Lo único que quiere Dios es ver crecer nuestra alma	123
Para los hombres, grandeza es igual a dominación	124
Jesucristo nos introduce en una grandeza incomparable	124
Jesucristo, de rodillas ante sus Apóstoles, nos revela la grandeza de Dios	125
La atención al Reino interior	126
El hombre frente a la Humildad divina	126

El yo propietario supone en nosotros un obstáculo para la grandeza	127
La llamada a la grandeza	128
Para entrever una verdadera grandeza personal .	128
Grandeza suprema y nuevo rostro del hombre y de Dios	129
La gloria de Dios está en la grandeza del hombre	129
La verdadera grandeza mediante el vacío interior	130
El hombre tiene la tarea de crearse a sí mismo, en esto consiste su privilegio, su grandeza y su dignidad	131
La suprema consigna de Jesús	132
13. LIBERTAD Y LIBERACIÓN	133
Cristo responde a nuestra principal preocupación: ser libres	133
El sentido de la libertad	133
La expresión más audaz del cristianismo	134
El amor tiene una estructura e incluye también una exigencia infinita	135
Es urgente liberar a Dios de mí mismo	135
Necesidad de liberarnos de nosotros mismos . . .	136
Dios asume un riesgo al crear a un hombre y un Universo libres	136
Para hablar de Dios de manera válida, es preciso ser libre de sí mismo	137
14. EL AMOR ES MÁS FUERTE QUE EL MAL	139
No es Dios quien ha inventado el mal	139
Los dos huertos	139
El mal aparece como una tragedia divina	140
¿Por qué el mal? La dificultad de Camus	141
¿Por qué el mal? La respuesta cristiana	141
¿Puede ser alcanzado Dios por el mal?	142
Dios no quiere el Mal, Él es su primera víctima .	143
La única fuente del Mal	143
La llamada a la generosidad	144

15. EL CRISTIANISMO, FERMENTO DE UNA EXISTENCIA	
UNIVERSAL	145
El cristianismo es una Presencia	145
Para mí, vivir es Cristo	146
El cristianismo no es una religión abstracta	146
Es imposible amar de verdad a Dios sin amarle apasionadamente	146
En el corazón de la vida cristiana	148
¿Somos verdaderamente cristianos?	148
La pasión divina del cristiano	149
El Evangelio vivido nos transforma de modo radical	149
El cristiano es transparente a Dios	150
Tenemos que salvar a Dios en nosotros y en los otros	150
El cristianismo aporta una existencia universal	151
La vocación cósmica de santa Teresa de Lisieux	151
Ser católico	152
El Universo es nuestro cuerpo	153
La transformación del Universo está ligada a la calidad de nuestra vida	154
La Eucaristía, custodia de la Presencia que quiere invadir toda la Creación	155
El realismo del cristianismo y su dato fundamental	155
16. LA CRISIS DE LA MORAL CRISTIANA	157
Necesidad de la moral cristiana para que el hombre conquiste su libertad	157
Los orígenes de la moral	158
La moral tradicional cae hoy fácilmente en ridículo	158
No queremos ya una moral de prohibiciones	159
El error sobre Dios ha traído consigo la crisis de la Iglesia y la crisis de la moral	160
El descubrimiento del Amor cancela el temor	160
La importancia capital del don de sí a través de la transparencia	161

No hay moral, sino una mística	162
Las exigencias de la moral cristiana	163
Volver a encontrar la Presencia para no ser entregados a nuestros instintos primitivos	163
Una vida interior cada vez más intensa	164
Negarnos a convertirnos en hombres es dejar de existir	165
La nueva moral es una moral de encarnación . .	165
El inmenso envite que supone la crisis actual de la moral	166
17. LOS DERECHOS Y LA MORAL DE LA PROPIEDAD . .	167
La Declaración de los derechos del hombre supone que este ha llegado a serlo de verdad . . .	167
Los derechos del hombre suponen en este un valor infinito	168
El derecho debe garantizar a cada hombre un espacio de seguridad	168
El derecho de propiedad se limita a las necesi- dades legítimas	169
Una sola conciencia humana puede convertirse en un bien común para toda la humanidad	170
18. LA IGLESIA	171
La Iglesia es Cristo	171
Normalmente, no llegamos a Jesús más que a través de la Iglesia	172
La Iglesia garantiza la presencia permanente de Jesús en el mundo	173
La consumación de toda misión en la Iglesia . . .	173
En la Iglesia sólo estamos ligados de manera permanente a Jesús	174
Condiciones para la realización de la misión en la Iglesia	175
Puede suceder, en la Iglesia, que el testigo trai- cione a Cristo	175

La Iglesia debe dirigirse humildemente a la dig- nidad de cada hombre	176
Reforma de la Iglesia	176
19. LA EUCARISTÍA	179
Lo esencial para comprender bien la Eucaristía .	179
La Eucaristía nos hace presentes a Jesús	180
La Eucaristía es el sacramento de un amor universal	180
No podemos ir a Jesús más que juntos	181
La unidad de los hombres mediante un vínculo místico	182
Comulgar es hacerse presente a toda la huma- nidad	182
La Misa no es un acto mágico	183
Comulgamos por los otros	184
Presencia consciente ante el Santísimo Sacramento	184
Jesucristo es capaz de reunir todos los tiempos y todos los siglos	185
20. LOS OTROS SACRAMENTOS	187
La necesidad del nuevo nacimiento	187
La confirmación	187
Confesión y reparación	188
La unción de los enfermos	189
El sacramento del matrimonio	189
El sacramento del Orden	190
Al sacerdote se le pide simplemente que sea el sacramento de Jesucristo	190
Todo sacramento expresa una vocación universal y una Presencia	191
21. LO SAGRADO Y LA ORACIÓN	193
La oración es la escucha de Dios por el hombre	193
La experiencia de lo Sagrado	194
La oración da valor a las actividades de los hombres	195
El resultado normal de la oración	195

Hemos de establecer una distancia entre nosotros y nosotros mismos	196
22. LA VIRGEN MARÍA	199
Jesús nace de la contemplación de María	199
María, hija de su Hijo, es la primera cristiana	200
La Inmaculada Concepción de María y la concep- ción virginal de Jesús	200
La actualidad de la Inmaculada Concepción	201
La pureza de María	201
Discípulos de María	202
23. AMIGO MÍO, SUBE MÁS ARRIBA	203
Una inmensa esperanza	203
Amigo mío, sube más arriba	203
Ningún fracaso de la Historia es definitivo. Entremos en la verdadera alegría	204
BIBLIOGRAFÍA	205

P R E Á M B U L O

Los lectores que no conozcan todavía a Maurice Zundel deberían intentar, al leer este libro, hacérselo presente como si se dirigiera aún directamente a ellos. En efecto, los pensamientos que les va a presentar aquí el padre Paul Debains no estaban destinados a la publicación; han sido elegidos, con fervor y destreza, entre diferentes homilías y conferencias, enteramente improvisadas casi todas ellas en diferentes circunstancias a lo largo de una veintena de años.

El material ha sido transcrito a partir de grabaciones de oyentes entusiastas, que no siempre llevan puesta la fecha. De ahí la imposibilidad de ser siempre precisos en esta antología. Baste con saber que estos textos fueron pronunciados entre 1955 (comienzo de las grabaciones) y 1975 (año de su muerte). Es lógico que el contexto haya ido evolucionando desde entonces, y Maurice Zundel, tan preocupado por la actualidad, no los hubiera dictado hoy, a buen seguro, tal como aparecen aquí.

El estilo de los fragmentos de esta antología es, por consiguiente, un estilo oral, que hemos preferido no tocar. Sin embargo, eso no resta ni un ápice a la estremecedora profundidad profética de que están dotados: emanan de un encuentro a corazón descubierto con el Evangelio y la Persona de Jesucristo y precisamente a este mismo encuentro quisieran conducir a quien los lea.

Recordemos que ya han aparecido tres antologías de magníficas homilías: *Ta Parole comme une Source* (Anne

Sigier, 1987), *Ton visage, ma lumière* (Desclée, 1989) y *Vie, mort et résurrection* (Anne Sigier, 1995). En sus respectivos prefacios podemos leer las mismas recomendaciones.

Todos los que han recibido la gracia de ver y de escuchar a Maurice Zundel reconocen que jamás han visto u oído a alguien que se haya identificado con semejante autenticidad a Cristo, hasta el punto de que se ha llegado a decir de Zundel, a buen seguro de manera abusiva, lo que se dice de Jesús en el evangelio: «Jamás habló nadie como este hombre».

Se expresaba con mayor frecuencia con los ojos bajos, y lo hacía con las «vibraciones» de todo su cuerpo, en medio de un recogimiento contagioso. Su palabra parecía proceder de un pozo muy profundo, del que salía algo así como un eco. La calidad de sus silencios no hacía sino reforzar, a continuación, el poder de un verbo apasionado con múltiples tonalidades. La verdad de su persona y de su testimonio no podía ser más que la humilde presencia de una Presencia.

Comprenderá, pues, el lector, sin el menor esfuerzo, que las «palabras» de este libro no tengan que ser sólo leídas, sino también y más aún escuchadas y vividas realizando un gran esfuerzo de interiorización y de conversión: es el único modo de permanecer fiel al padre Zundel, que desaparecía silenciosamente en cuanto acababa sus homilías o sus conferencias, para dejarnos en el misterio de un encuentro con el Rostro de Cristo en lo más íntimo de nosotros mismos.

Con este fin, encontrará el lector, en la introducción que sigue a estas líneas, algunos fragmentos más extensos de las confidencias hechas por Maurice Zundel en algunas de las rarísimas ocasiones en que, respondiendo a la insistente petición de amigos muy entrañables, habló de sí mismo. Esas confidencias tienen que ser recibidas con la mayor discreción posible, puesto que, a buen seguro, no estaban destinadas en modo alguno a la publicación.

Lo que no se ha dicho (como es evidente, Zundel, en su extrema humildad, que le hacía pedir que rezaran por su conversión, no podía hacerlo) y, por consiguiente, tampoco se dirá en este libro, es la considerable amplitud de su influencia –ya en vida–, que se fue incrementando de manera incesante después de su muerte en agosto de 1975 (a la edad de setenta y ocho años), aunque todavía sigue siendo bastante poco conocido. Son numerosos los testimonios que llegan de todas partes, tanto de cristianos, y no de los menores, como de incrédulos. Algunos quieren convertirlo en el teólogo más grande de nuestro tiempo, o por lo menos en uno de los mayores profetas y místicos de nuestra época.

Citemos sólo el testimonio de Pablo VI, que lo tuvo siempre por un genio, «genio de poeta, genio místico, escritor y teólogo, y todo ello fundido en uno, con resplandores»¹. El mismo Pablo VI le escribía el 17 de febrero de 1967:

«Por el recuerdo que han dejado en mí los hermosos volúmenes publicados a lo largo de los años pasados², tanto por su forma literaria como por su profundidad espiritual, me haría feliz que dedicara su pluma al servicio de la Iglesia en el mundo de hoy, proporcionándonos una obra consagrada a la problemática religiosa: si esto le fuera posible, sería, sin duda, muy útil».

El padre Zundel, muy conmovido por semejante confianza, se sintió incapaz de aceptar, dados los límites de su salud y, aún más, la amplitud del trabajo necesario para abordar todos los cuestionamientos que se podía plantear a una enseñanza, la enseñanza oficial de la Iglesia, demasiado prisionera del pasado.

1. Cf. Jean Guitton, *Journal de ma vie*, DDB, París 1976, p. 202.

2. Una veintena en total.

Murió el 10 de agosto de 1975, después de haber tenido el honor de ser invitado aún por Pablo VI a predicar los ejercicios anuales que tuvieron lugar en el Vaticano en febrero de 1972³. Aunque sólo dispuso de ocho días para prepararlos, aceptó y pronunció veintidós pláticas, todas prácticamente improvisadas.

Nuestro deseo es que este bello libro de fragmentos zundelianos, seleccionados por Paul Debains, un hombre que se alimenta de ellos desde hace años, pueda responder, aunque sea, ciertamente, sólo en parte, a los deseos tan justificados expresados por Pablo VI en 1967, y más válidos que nunca en nuestros días. Este libro se añadirá de modo venturoso a los muchos otros ya aparecidos⁴, aunque está consagrado, de modo más particular, a la «problemática religiosa» actual.

*Bernard de Boissière, s.j.*⁵

-
3. Se puede obtener la transcripción de la cinta de la grabación de estos ejercicios, editada en offset, pidiéndola a la Association française des amis de Maurice Zundel. También ha sido publicada, en una versión menos espontánea, en las Éditions Saint-Augustin (Suiza), con el título *Quel homme et quel Dieu?*
 4. En España sólo se ha publicado, a lo que nos alcanza, *Diálogo con la verdad*, Nova Terra, Barcelona 1966 y *El Evangelio interior*, Salterrae, Santander 2002 (ndt).
 5. El padre Bernard de Boissière es el delegado de la Fundación Zundel para la publicación de las obras de Maurice Zundel.

INTRODUCCIÓN

Ya han pasado más de veinte años desde la muerte Maurice Zundel, acaecida en el año 1975. No se le ha hecho ninguna publicidad. Con todo, de año en año, aumenta sin cesar el número de los que se sienten interpelados por sus palabras y sus escritos. Ya en vida acudía la gente allí donde hablaba y, desde que ello fue posible, grababan sus palabras. Esto nos ha permitido transcribir y reproducir centenas de casetes después de su muerte.

Distintas asociaciones, con amigos cada vez más numerosos, se van agrupando en torno a su nombre. La última de ellas nació en Canadá en 1994. Su objetivo es comprender mejor su pensamiento, escrutar mejor los nuevos horizontes que nos presenta, penetrar más adelante en las perspectivas evangélicas que nos descubre, enormemente nuevas y, al mismo tiempo, fieles a la gran Tradición de la Iglesia.

Son muchos los que sienten deseos de conocerlo y preguntan por qué obra pueden empezar: ¿Qué es lo primero que tienen que leer o escuchar en primer lugar?

Esta antología quisiera ser una invitación, al mismo tiempo que una introducción, a la frecuentación de este «genio espiritual con resplandores», para emplear la expresión del papa Pablo VI, que le dedicaba esas palabras muchos antes de los ejercicios que le pidió para el Vaticano en 1972.

Para empezar a conocer bien a Maurice Zundel, y para introducirnos en la inteligencia profunda de su pensamiento, lo mejor que podemos hacer es, a buen seguro, oír las confidencias que hizo sobre sí mismo a una comunidad de religiosas, con dos años de intervalo, y porque se lo habían pedido de manera insistente. Así pues, vamos a transcribir aquí algunas de esas confidencias, que, sin duda, figuran entre las más importantes.

«Nací en Neuchâtel, un pequeño cantón suizo, el 21 de enero de 1897. Mi abuela materna era protestante, y me parece que ha sido ella quien más ha influido en mí a lo largo de toda mi vida... Mi madre, muy trabajadora, fue educada en el catolicismo más estrecho y más cerrado que se pueda imaginar... Mi padre era un suizo alemán, profesaba un catolicismo vago en extremo, aunque permanecía admirablemente fiel a sus prácticas religiosas, gracias, sin duda, en parte, a mi madre... Decidió matricularme en la escuela municipal protestante...

«Aunque no era alumno suyo, yo estaba siempre metido en casa de los Hermanos, uno de los cuales era mi tío Auguste. Este profesaba un gran amor a la Virgen María y fue, sin duda, él quien me inspiró una gran devoción por ella. Desde que tomé la primera comunión, me levantaba todos los días a las 5 de la mañana para ir a Misa de 6, y desayunaba con mi tío, que me quería mucho y no me reprochaba no asistir a su escuela.

«El catolicismo ambiente era muy ritual, presentaba un mundo fácil que no comprometía a nada: bastaba con conservar en la memoria algunas fórmulas del culto para sentirse colmado... Todo podía resumirse en una práctica religiosa sin ninguna experiencia de Dios. Las fórmulas eran justas y verdaderas, admisibles por consiguiente, aunque muertas. La salvación estaba en la conformidad con unas fórmulas bien elegidas... La religión familiar se imponía sin resistencia.

«En las escuelas municipales, donde permanecí hasta los quince años, todos los maestros eran protestantes, todos eran buenos, afables y no hablaban nunca del catolicismo. Mis compañeros –en su mayoría protestantes– eran encantadores. Tanto mis profesores como mis compañeros sabían que yo pensaba en el sacerdocio, y todos respetaban mi decisión...

«Evidentemente, no podía yo respirar el protestantismo de esta atmósfera sin ganar con ello un sentido crítico respecto a todo lo que no es puro evangelio en el catolicismo. Yo era católico con encarnizamiento, primer premio en catecismo, con gran interés. A los doce o trece años era ya un pequeño teólogo, escribía artículos en los periódicos, etc. Pero mi religión era superficial y sentimental, una religión de ritos, de fórmulas y de argumentos. No tenía un contacto real con Dios, sino un contacto sentimental extremadamente mezclado. No conocía al verdadero Dios.

«En torno a mis quince años se produjo un gran acontecimiento: el encuentro con un amigo protestante, aprendiz de mecánico, que vivía en la misma casa que yo. Él leía, entre otros, los libros de Victor Hugo y de Pascal, a fin de recuperar los estudios que su padre quería que hiciera y a los que él se había negado, cosa que lamentaba con amargura, aunque no quería desandar lo andado y dar marcha atrás.

«Él fue el primero que me hizo saborear el evangelio y ejerció una enorme influencia sobre mí. Un día me preguntó: “¿Conoces el Sermón de la montaña?”. Y yo, lleno de confusión, le respondí que no. En efecto, lo había oído leer en la iglesia, pero me había entrado por un oído y salido por el otro. Entonces él me lo leyó con un acento tan penetrante, tan personal, tan convencido, que me sentí estremecido...

«Lo copiamos con tinta roja. Nos sentíamos entusiasmados y nos arrastrábamos el uno al otro... Era la época

en que yo escribía versículos de san Juan en el papel pintado de mi cuarto... Había encontrado a Alguien. Las mismas palabras que había oído cien veces se volvían asombrosamente vivas... Había un Amigo que tenía el secreto de la vida: era la época del descubrimiento, de la novedad, del entusiasmo. Un período inolvidable, porque en aquellos momentos se encendió una llama en mí. Ese fue el impulso radical que hizo nacer y alimentó mi vocación, aurora de una vida religiosa que se parecía a un movimiento del espíritu, a una confidencia personal que se dirigía a lo más profundo de mí mismo. Desde aquel tiempo, el evangelio se ha convertido para mí en algo absolutamente personal.

«Un relato de *Los miserables* de Victor Hugo que me leyó mi amigo, y donde se cuenta la historia de Jean Valjean, me produjo una enorme impresión: me resolví a hacerme sacerdote de los pobres, a no tener nunca nada mío. Mi casa sería la casa de Jesucristo. Y, en efecto, a lo largo de toda mi vida, me han explotado los mendigos y los pobres me han vaciado los bolsillos y los cajones...

«Fue también en torno a los quince años, o tal vez un poco antes, cuando tuvo lugar otro acontecimiento capital que marcó toda mi vida. Estaba en la iglesia cuando, de repente, sentí la presencia de la Virgen María.

«Se trataba de algo misterioso. Recibí una especie de llamada urgente, instantánea, estremecedora e irresistible de la Santísima Virgen; una llamada que cambió toda mi vida. No tuve ninguna visión, no se trataba de nada visible, sino de algo interior que no permitía ningún tipo de resistencia. Desde entonces, mi vida ha estado en manos de la Santísima Virgen y no he hecho nada sin ella, nada bueno, naturalmente, y he conservado una especie de ternura profunda por la Inmaculada Concepción.

«Tuve la certeza de que mi vida se encontraba en ese surco, en esa línea; que me había comprometido de una manera absoluta, que mi vida había dado comienzo con

ese misterio, que todo había cambiado con esta novedad de la Inmaculada Concepción, que esta figuraba en el corazón de la redención, su más perfecta realización. No debía hacer nada sin ella y, en efecto, no he hecho nada sin ella. Mi salud, mi respiración, mi inteligencia, mis acciones, mis conocimientos y mis numerosas y perpetuas correrías: todo está entre sus manos. Cada vez que tengo la menor dificultad, celebro la Misa de la Inmaculada Concepción y lo pongo todo entre sus manos, seguro de que, como no vivo más que para ella, debo dejar absolutamente todo en sus manos...

«Una vez acabados mis estudios secundarios, debía matricularme en un colegio católico si quería ser sacerdote. Fue entonces cuando dejé mi ciudad natal para entrar en el seminario de Friburgo, donde me quedé un año para cursar la filosofía. Los profesores eran gente muy santa, pero las clases eran mediocres, y seguían la disciplina los que querían, entre los que me encontraba yo. Por ventura, al finalizar este año, decidí terminar mis estudios en lengua alemana... En consecuencia, me matriculé en los benedictinos de Einsiedeln...

«El abad del convento era un santo y en la abadía se guardaba el mayor silencio y el recogimiento más perfecto. La liturgia se celebraba allí con perfección. Desde entonces, nunca he vuelto a asistir a una misa pontifical en la que todos los ministros tuvieran los ojos cerrados...

«La vida litúrgica era allí una cosa vivida, de la que, por otra parte, no se hablaba, pero era vivida con una intensidad prodigiosa. Vivían allí ciento cincuenta monjes en silencio sin que yo me diera cuenta: esto representó para mí una aportación fundamental. Este ceremonial, descubierto a través del evangelio, era la reconciliación de este con lo visible. Estaba encarnado sobre la tierra en la Palabra, en los colores y en los sonidos, todo ello alrededor de la Mesa del Señor. La vida monástica figuraba en todos los planos de la realidad. El silencio era verdadera-

mente presencia de Alguien. Este aspecto ritual fue considerado por mí como un velo de luz lanzado sobre un Rostro... La vida a través de todas las realidades visibles, ordenadas con mesura, todo aquí estaba destinado a armonizar los diferentes planos de la existencia...

«Había una capilla dedicada a la Virgen Negra, así llamada por haber escapado al fuego. Cada noche cantábamos en esa capilla el Salve Regina. La Santísima Virgen formaba parte de la vida. Durante esos años fui extremadamente feliz y me sentía colmado por la presencia de la Santísima Virgen. Me parece que me hubiera quedado allí, por lo mucho que allí respiré esta vida monástica, esta regularidad perfecta, esta liturgia, este silencio, este recogimiento... si no fuera porque las circunstancias obligaron a evacuar a todos los estudiantes franceses. De todos modos, ha seguido siendo la patria de mi espíritu y he seguido siendo oblato de San Benito.

«Regresé entonces a Friburgo para cursar los estudios de teología, una prueba terrible. Fue allí donde la Palabra de Dios se me convirtió en un tema de examen, algo doloroso en extremo para alguien que ha empezado a conocer a Dios por medio del evangelio, y se siente atraído hacia una cierta experiencia de Dios.

«Se enseñaba allí a santo Tomás en un mal latín y repetíamos de la mañana a la noche “ad quid ergo, ad quid ergo”. Aprendíamos de memoria las herejías, probábamos la verdad por medio de argumentos... Era preciso mostrar, demostrar a Dios mediante fórmulas secas y áridas, unas fórmulas de las que no vivían ninguno de los que las enseñaban... Primera decepción: mi vida religiosa había nacido en el Sermón de la montaña y me resultaba difícil encontrar a Dios en unas fórmulas verbales, sin calor, sin amabilidad. Aquí todo era cuestión de engranajes, de una mecánica, tal vez inteligente, pero que carecía de relación íntima con una religión verdadera. Llegué a creer de verdad que eso era la rectitud. Era la época en que no impe-

raba más que el tomismo. Jacques Maritain se convertía en “doctor de la Iglesia” y esta ortodoxia se había vuelto invasora. En teología, no había que entusiasmarse con la Trinidad o con la gracia, sino que debíamos examinarnos de la Trinidad y de la gracia, cosa muy distinta a la contemplación.

«Yo tenía prisa por acabar los estudios y ser ordenado sacerdote. Sobre el sacerdocio y sobre el celibato no se nos decía nada de nada. Nos hacían estudiar, nos preparaban para los exámenes. Por lo demás, las cosas iban pasando tal como llegaban. Por fin, fui ordenado sacerdote el 20 de julio de 1919; era yo todavía muy joven, tenía veintidós años y medio.

«Recibí el nombramiento de vicario en la ciudad de Ginebra y fui recibiendo una tarea tras otra. Era capellán de un internado de chicas y de un hospital, tenía que ocuparme del catecismo de los niños, dar clases de doctrina cristiana en los colegios así como en la Universidad y ayudar a los pobres. Acabé abrumado por el trabajo, sobrecargado hasta no poder más. A menudo tenía que rezar el breviario a medianoche, o a las 2, y, a veces, preparaba las clases a las 4 de la madrugada. Dormía poco, demasiado poco, dos horas. Tenía que leer, por tanto, a toda velocidad, en diagonal, sin ninguna profundidad, los libros que debía refutar. Llevaba yo una vida activista en grado supremo. Estaba aplastado por un trabajo insensato, imposible, que me vaciaba de toda substancia espiritual, un trabajo que me ponía al borde de un ataque de nervios y me obligaba a vivir en la superficie.

«En verdad, se trataba de un agotamiento absurdo, de una vida para romperse el espinazo o, mejor, esto no era vida, era locura. Recuerdo aún las lecciones en las que probaba la existencia de Dios con argumentos; acabada la clase, sentía auténtica vergüenza. Me daba cuenta de que era falso y deshonesto, y que no probaba nada de nada, que lo que yo decía no podía convertir a nadie.

«Pero me salvaron los pobres. Ellos eran para mí el sacramento de Dios. Los pobres en quienes yo creía y por los que vaciaba mis bolsillos. Fue gracias a ellos, y especialmente a la Santísima Virgen, que siempre estuvo junto a mí, así como al evangelio que saboreé en mi adolescencia, como pude mantenerme a flote en esta vida de activismo.

«Más tarde, me llegó la gracia de las gracias: la presencia de san Francisco de Asís. Lo encontré en aquel momento y no podía imaginar la influencia que iba a ejercer sobre mí, una influencia que concordaba con lo mejor que me había aportado la teología.

«¡Y pensar que la historia de los dogmas, expresión que pone los pelos de punta a todos los que no saben lo que significa..., se encarniza, de hecho, en mostrar que todo reposa sobre la cualidad de *relación* y sobre la *generosidad*!

«Prendió en mí el incendio: yo me daba cuenta de que la mística trinitaria era la expresión de una generosidad. El espíritu podía ir más lejos.

«San Francisco se me presentó como alguien que tenía la misión única de cantar a la pobreza cual si de una persona se tratara, y ver en ella al mismo Dios.

«Aquello que los teólogos decían de una manera admirable, aunque seca, se hacía vivo, y el reagrupamiento tenía lugar por sí mismo: la sabiduría de Dios se identificaba con la pobreza: era la culminación del “sistema”.

«Sólo muy tarde comprendí, sólo muy tarde empecé a comprender, y no hice más que comenzar, que, justamente, la Verdad es una Persona, que Dios es Espíritu y que Dios es Pobreza. Sólo muy tarde tuve este contacto con el Dios pobre de una manera vital, viviente, experimental y personal.

«¡Cuánto padecí para vivir la pobreza de Dios! Yo tenía la noción del Dios pobre en la mente, pero no en el corazón, ni tampoco en la vida. ¡Cuánto hube de padecer para aprender la pobreza de Dios, para ocupar el último lugar!

La pobreza de Dios se vuelve más clara cada día para mí, cada día más exigente, todo los días he de empezar de nuevo con ella, cada mañana tengo que convertirme de nuevo.

«Era preciso cambiar todo, ponerlo todo en tela de juicio, toda la Biblia, toda la tradición, toda la liturgia, toda la moral cristiana, toda la filosofía, toda la concepción del conocimiento, de la ciencia, de la propiedad, del derecho, de la jerarquía, porque había que pasarlo todo de fuera a dentro, había que pasarlo todo a otro plano, al plano del matrimonio y del amor, al plano de la libertad absoluta.

«Ya no había ningún tipo de obligación, ya no había mandamiento ni para la inteligencia ni para la voluntad: la fe es esencialmente la liberación de la inteligencia sumergida en la luz de la intimidad divina; la moral es, en esencia, la creación del Universo, arraigada en la libertad divina.

«Dios no podía mandar nada, ni prescribir nada, ni castigar a nada. La razón de ello es que es el Amor y no es más que amor, es incapaz de poseer nada, no puede poseer el mundo, ni poseernos, no puede imponernos nada. Sólo puede sufrir y ofrecerse, y morir, morir crucificado. No puede castigar a nadie, no puede más que ofrecerse como contrapeso de amor, no puede ser más que víctima del mal, el Bien no puede ser más que Él mismo como objeto de amor. No amarle es matarle; no amarle es crucificarle, es exiliarle de nuestro corazón. No amarle es borrar su existencia del Universo y de nosotros mismos. La Creación adquiere, por consiguiente, un sentido completamente nuevo.

«Dios crea por amor, para el amor, no puede construir sin el Amor, no puede construir sin los otros, sin las criaturas inteligentes, sin la reciprocidad. La Creación del Amor puede fracasar, por tanto; puede quedar inacabada porque Dios es Amor y nada más que Amor: está siempre ahí, y si nosotros no estamos, no pasa nada, a no ser la crucifixión de Dios.

«Entonces todo cambia: ¡somos libres! Más aún: sólo podemos ser libres, nuestro único deber es ser libres, libres, libres, libres de todo, libres respecto a todos, libres ante Dios, que es la libertad misma, libres, en primer lugar, de nosotros mismos.

«Si soy esclavo de mí mismo, he caído en la peor de las esclavitudes. La única libertad es ser libres de nosotros mismos. Eso es lo que me ha permitido vivir con una actitud crítica respecto a todo, criticar la Escritura de un extremo al otro, rechazar todo lo que no es el Amor y ser fiel a todo, porque la Escritura es un sacramento, es el velo tras el cual es preciso que busquemos el rostro del Amor.

«La jerarquía es un sacramento. No hemos de ser esclavos de la jerarquía. Se trata más bien de que, a través de ella, y a su pesar si hiciera falta, encontremos el rostro del Amor.

«La liturgia sigue siendo el misterio más sagrado. La razón de ello es que, a través de los gestos y los símbolos, lo que se intenta es encontrar la Presencia del Amor. No tenemos que ocuparnos de otra cosa que de la Presencia del Amor, no tenemos que vivir más que para el Amor, no tenemos que dar otro testimonio que el del Amor, sólo hemos de eclipsarnos ante el Amor.

«Todo apostolado consiste en esto: en no dejar aparecer más que el amor, nada más. Lo que debemos salvar en los otros es el Amor, pero ¿cómo salvarlo? Por medio del Amor.

«No se trata de predicar el Amor, sino de serlo; pero ese amor es inefable y está justa, magníficamente velado en los sacramentos de la Iglesia, en el sacramento de los sacramentos, el sacramento de la liturgia, el sacramento del Universo, el del silencio y el del Amor.

«El sabio, el hombre de laboratorio, el químico, que interroga al Universo, si no piensa más que en ganar dinero, si se divierte, si no tiene ningún respeto a la vida, podrá tener éxito en algunas de sus experiencias, pero nunca

podrá conocer la verdad. Para conocerla, es preciso aplicar las coordenadas del respeto y del amor: cuando un hombre busca en la lectura, no está solo; cuando un hombre busca en su laboratorio, tampoco lo está. A través de la experiencia que lleva a cabo, no está solo, existe un Pensamiento, una Presencia, una Inteligencia que lo llama. Debe vaciarse de sí mismo, debe purificarse para descubrir la Verdad. Entonces, poco a poco, a través de su microscopio, de su telescopio, de sus disecciones anatómicas, entrará en contacto y en diálogo con Alguien, y la Verdad se convertirá en esa Presencia de amor que le permitirá superar el laboratorio, los cálculos y las observaciones, para dialogar a través de ellos con la Luz que comienza a iluminar su inteligencia y a hacerle comprender que el Universo está delante de él, que el Universo es imperfecto, está inacabado, que no existirá a fin de cuentas más que cuando haya cerrado el anillo de oro de los desposorios eternos, cuando haya dado el complemento y el suplemento de su sí, el suplemento y el complemento de su amor.

«Yo no creo en la acción, creo en la presencia. Es así como, en cualquier situación, aparecerá el amor como una Persona confiada a nuestro amor, así es como se va a transfigurar la vida, como se va a convertir en sagrada y como la religión se convertirá en la respiración misma de nuestra vida.

«En cuanto dejamos de eclipsarnos en la divina Pobreza, en cuanto dejamos de ver en Dios el amor que se entrega y no puede hacer más que eso, en cuanto dejamos de vivir de este amor, entregándonos nosotros mismos... se acabó. Esta luz desaparece, todo el dogma vuelve a ser una fórmula y se materializa, todos los sacramentos se convierten en ritos exteriores, toda la jerarquía se convierte en tiranía, toda la Iglesia se vuelve una pérdida de tiempo y se convierte en algo absurdo, toda la Biblia queda como un tejido de mitos.

«Es preciso volver a encontrar de nuevo en cada instante ese contacto virginal con nosotros mismos, nacer a cada instante perdiéndonos en Dios, renacer a cada instante de su Luz y en su Amor, como nació de su Corazón la Inmaculada Concepción.

«El misterio de la Inmaculada Concepción debe llegar a ser nuestro. Toda la grandeza de María consiste en esto: la raíz de su ser es Dios, el único contacto que ella mantiene consigo misma es Dios y el único conocimiento que tiene de sí misma es Dios. María es completamente transparente a Dios, es como un ostensorio de Dios, no puede hacer otra cosa que conducir a Dios, porque no respira más que Dios».

Como es evidente, Zundel nunca se hubiera atrevido a publicar tal cual estas últimas páginas. Nosotros mismos hemos vacilado antes de ofrecerlas al lector de esta antología, porque pueden ser mal comprendidas y dar la impresión, si no de condenar, sí al menos de juzgar toda una manera secular de vivir y enseñar la Iglesia su fe. Las palabras de Zundel que hemos transcrito debemos entenderlas sólo como una llamada, urgente en nuestros días, a nuestra propia conversión –algo que debemos renovar cada día, nos diría Zundel–, so pena de ver a la Iglesia cada vez más marginada en la sociedad contemporánea y no ofrecer casi ninguna credibilidad.

La mística «zundeliana» se expresa en un lenguaje accesible a los hombres y mujeres de nuestro tiempo y, en virtud de ello, les parece a muchos adecuada para frenar e incluso para contrarrestar esta deriva. Parece responder también a la expectativa de muchos corazones en nuestro mundo actual.

La experiencia llevada a cabo por muchos de sus amigos lo acredita: cuanto más se frecuenta a Maurice Zundel, más se tiene la impresión de que nos ofrece, no respuestas definitivas, sino un sentido «mejor», una mejor dirección de pensamiento en todas las grandes cuestiones que se nos

plantean, esas cuestiones que siguen siendo siempre las mismas, pero que la generación actual tiene que afrontar con una agudeza desconocida por las generaciones precedentes: ¿Quién y dónde está Dios? ¿Quién es Jesucristo? ¿Quién es el hombre? ¿Por qué el mal, por qué el sufrimiento? ¿Por qué la existencia? ¿Por qué ser en vez de no ser? ¿Por qué la vida? ¿Por qué la muerte?

El mensaje de Zundel es nuevo, original, inspirado directamente en el Evangelio. No poseemos la verdad, puesto que «los bienes del espíritu son de imposible posesión», pero estamos orientados hacia ella y nos damos cuenta de que vamos en la buena dirección.

Nadie había hablado así todavía en la Iglesia. Y, sin embargo, ya estaba contenido, aunque no desarrollado, en la gran Tradición del cristianismo. Nadie había prestado verdaderamente atención a estos aspectos que, sin embargo, están incluidos en ella... ¡Ya iba siendo hora!

El mundo ha conocido estos últimos decenios un desarrollo absolutamente extraordinario en el campo de las ciencias y de las técnicas. Y la cosa no ha terminado, este movimiento no parece ni siquiera perder velocidad. Ahora bien, al mismo tiempo, los «misterios» con los que choca el pensamiento moderno no hacen más que multiplicarse al infinito.

Un psiquiatra americano, el doctor Scott Peck, ha escrito dos best-sellers traducidos al español: *La nueva psicología del amor*¹ y *Un camino sin huellas: la nueva psicología del amor*², en los que no vacila en considerar como un gran descubrimiento del hombre de hoy esta constatación: «Vivimos en un mundo que sigue estando por explorar y del que apenas empezamos a comprender el 1 por ciento de lo que hay en él» (es una cita de Edison).

1. Ediciones Urano, Barcelona 1987.

2. Emecé Editores, Barcelona 1996.

El capítulo donde constata, haciendo gala de sentido del humor, su ignorancia, un capítulo donde repite: «Nadie sabe nada..., no sabemos..., nadie sabe», lleva como título: *Un océano de misterio*. Un océano que nunca acabará la humanidad de sondear y del que nunca podrá alcanzar sus profundidades más secretas: estas parecen estar cada vez más hondas, infinitamente más, al mismo tiempo que el investigador intenta explorarlas.

¿Hemos pensado de manera suficiente en que ocurre lo mismo, e infinitamente más aún, con el mundo religioso y con la «exploración» del Dios mucho más insondable que el universo que él ha creado? San Juan de la Cruz lo constata así cuando escribe:

«Por más misterios y maravillas que han descubierto los santos doctores y entendido las santas almas en este estado de vida, les quedó todo lo más por decir y aun por entender, y así hay mucho que ahondar en Cristo, porque es como una abundante mina con muchos senos de tesoros, que por más que ahonden, nunca les hallan fin ni término, antes van hallando en cada seno nuevas venas de nuevas riquezas acá y allá»³.

¿Podemos pensar que los «descubrimientos» místicos que desarrolla Zundel sin salirse en nada de la Tradición, ni negar en modo alguno que la Revelación ha concluido con la muerte del último apóstol, constituyen algo así como un desarrollo decisivo del contenido de la fe cristiana? ¿Por qué no?

Acabo de citar los dos best-sellers americanos del doctor Scott Peck. Hay otros dos libros, más austeros, que ocupan los primeros puestos de ventas en todo el mundo. El primero, *El mundo de Sofía*⁴, es una traducción de la

3. San Juan de la Cruz, *Cántico espiritual*, Canciones 37,4 y 36,13, declaración, en *La liturgia de las horas*, fiesta de san Juan de la Cruz, tomo I, p. 1032.

4. Siruela, Madrid 1999.

novela filosófica de Jostein Gaarder, profesor noruego de filosofía y de historia de las ideas. El segundo, *Pequeño tratado de grandes virtudes*⁵, ha sido escrito por André Comte-Sponville, agregado de filosofía y maestro de conferencias en la Universidad París-I.

Mientras que el psiquiatra Scott Peck ve en el verdadero amor de Dios, que ha de ser descubierto incesantemente en una relación personal y, por consiguiente, en la fe, el mejor modo de curar bastantes neurosis y angustias, el libro de Jostein Gaarder termina, por el contrario, con la negación de lo sobrenatural, y el de André Comte-Sponville contiene clarísimas «confesiones» de apostasía.

Son muchos los ejemplares vendidos de las obras de Scott Peck, traducidas a diferentes lenguas; los libros de Gaarder y de Comte-Sponville han conocido, y siguen conociendo aún, un gran éxito: es manifiesto que la filosofía y la religión son hoy objeto de un renovado interés, al mismo tiempo que se plantea y replantea más que nunca la cuestión de la existencia de Dios.

¿Es posible que esta cuestión haya sido mal planteada por muchos? Es posible incluso que el modo de leer y comprender la filosofía en la Iglesia católica, a la luz de la Tradición cristiana, no sea forzosamente y para siempre la mejor. En efecto, la Iglesia, consciente o no, da a veces la impresión de no haber desarrollado de manera suficiente ciertos aspectos contenidos en la Tradición, unos aspectos, sin embargo, fundamentales, aparecidos ya e incluso «legibles» en los Evangelios. No podía ser, a buen seguro, de otro modo.

Es preciso que recordemos aquí, en efecto, que, si bien la Revelación propiamente dicha acabó con la muerte del último apóstol, el desarrollo del dogma, el de la expresión

5. Espasa-Calpe, Madrid 1996.

de la fe cristiana, proseguirá, por su parte, hasta el fin de los tiempos, basándose siempre en la misma Revelación.

El enorme interés que presenta la lectura del pensamiento zundeliano consiste en este redescubrimiento del Evangelio que, por añadidura, parece corresponder absolutamente a la búsqueda religiosa de nuestros contemporáneos. Este pensamiento aporta, si no respuestas definitivas, sí al menos nuevas direcciones de pensamiento profundamente evangélicas y de una ardiente actualidad.

En junio de 1995, aparecía en *Le Nouvel Observateur*⁶ una recensión del 5º Festival de las Ciencias de Chamonix. Comenzaba así:

«Todos nosotros somos hijos del caos, el caos es el alfa y la omega del universo, desde el big-bang hasta el apocalipsis. Sin embargo, los científicos constatan que, de manera paradójica, el caos crea también un orden imprevisible. ¿Debemos decidimos a creer que existe un misterioso director de orquesta cuya función es organizarlo?»

Sea cual sea el valor de esta nueva «teoría general del caos», es digno de destacar que la hipótesis «Dios» aparezca aquí una vez más, y eso sin que los científicos abandonen del todo su propio campo. Y ha sido así en todos los momentos importantes del desarrollo del pensamiento científico sobre la formación del universo: en cada nuevo «intento» para suministrar una teoría explicativa, vuelve la hipótesis «Dios». Aquí se ha llegado a suponer la existencia de un misterioso director de orquesta: Dios. La existencia de ese director de orquesta supondría, pues, que está siempre ahí, presente, mirando a la vez su «partitura» y a los que la tocan, animando desde dentro todos los movimientos y melodías de su programa con un perfecto

6. N° 2228, pp. 76-78.

respeto a las causas segundas. Esto va mucho más lejos que el relojero, simple fabricante, de Voltaire, a quien también le gustaba la ciencia.

Naturalmente, Dios seguirá siendo siempre, en tanto nos encontremos de este lado del «velo», una hipótesis. Y es que a Dios, nadie lo ha visto nunca (Jn 1,18), nadie lo ha encontrado jamás. «*Dichosos los que no han visto y han creído*» (Jn 20,29).

Y la Iglesia, al enseñarnos que sólo a través de la fe podemos llegar a Dios, aunque sin despreciar por ello el necesario ejercicio de nuestra razón, absolutamente dispuesta a armonizarse con la fe, es la primera en afirmar ese carácter hipotético.

El solo hecho de que los científicos se vean conducidos siempre a la hipótesis «Dios» debería incitar a los que la plantean a informarse más sobre lo que algunos místicos auténticos y de primer orden han dicho o escrito sobre el tema a lo largo de la historia.

¿No sería hoy Zundel uno de los hombres más indicados para brindar a nuestros contemporáneos esas «horas pobladas de estrellas» que podrían cambiar el curso de nuestra vida? Algunos, muchos, lo piensan y lo viven. Con Zundel no probamos a Dios ni, *a fortiori*, lo vemos. Vamos mucho más lejos, descubrimos y vivimos la experiencia misma de Dios.

El misterio de Dios no es incomprensible, es de tal naturaleza que siempre podremos conocerlo más, y ni siquiera en la eternidad lo acabaremos. Y cuanto más avancemos en este conocimiento o en esta experiencia, más nos aparecerá Dios, a la vez, como infinitamente incomprensible al mismo tiempo que objeto del conocimiento humano. ¡Qué liberación nos produce oír esto!

Es absolutamente digno de ser señalado que, cuando se intenta penetrar, sin más, aunque con seriedad, un poco en los desarrollos del pensamiento de Maurice Zundel sobre

el misterio de la Santísima Trinidad, ya es imposible plantearse la cuestión de saber si Dios existe o no. Aparece cada vez más real. Aun cuando, en otros momentos, pueda surgir de nuevo la duda.

Es posible que Zundel interese más aún a los «científicos» cuando sepan que anidaba en él una verdadera pasión –la palabra no es demasiado fuerte– por la ciencia, por todos sus descubrimientos y por sus aplicaciones. Podemos decir incluso, sin temor a equivocarnos, que sus innumerables lecturas científicas contribuyeron al desarrollo de su pensamiento místico.

Esta antología no es una exposición exhaustiva del pensamiento zundeliano, no contiene más que algunas de sus palabras recogidas en las numerosas grabaciones hechas por sus oyentes (¡varios centenares!) y reunidas por el padre de Boissière. No ha de extrañarnos encontrar aquí algunos extractos de grabaciones que han servido para la composición del libro *Ton visage, ma lumière*⁷, un libro absolutamente digno de destacar y cuya lectura recomendamos vivamente.

Las palabras que encontrará aquí el lector quisieran hacer sentir y apreciar ya la extraordinaria profundidad, humanidad y apertura de un auténtico místico contemporáneo. Son muchos los que, al escucharle, al leerle, sienten de repente como si respiraran mejor, mucho mejor... Nos invade un bienestar intelectual, como si una nueva paz de Jesucristo descendiera sobre nosotros, lo cual constituye, a no dudar, un signo que no puede engañar: no nos hemos perdido, estamos en el buen camino, con el Espíritu Santo hacia la Verdad completa de Dios, inagotable e imposible de poseer, cuya profundidad nunca podremos sondear. Pero ¿no estaremos yendo aquí demasiado lejos?

La presente antología está dividida en capítulos: era necesario, aunque todos los temas zundelianos se recortan

7. Publicado por Desclée en 1989.

y se mezclan con frecuencia; en consecuencia, no ha de extrañarse el lector de las numerosas repeticiones que podrían cansarle en ocasiones. No se detenga en ellas, si llega el caso.

¿Hay necesidad de precisar que esta antología sólo puede leerse poco a poco? Hace falta tiempo para que unas palabras tan densas como las de Zundel expresen todo su sentido: en la primera presión no sale nunca todo el zumo de una fruta, ni siquiera cuando ya está bien madura.

Verá el lector asimismo que las páginas de este libro pueden ser consultadas al azar, porque la mayoría de sus «palabras» constituyen algo así como un todo que puede ser comprendido con independencia del resto.

Paul Debains.

I

¿CÓMO HABLAR DE DIOS HOY?

¿ES DIOS UN MITO ABSURDO?

Es evidente que hablar de Dios hoy con el lenguaje de los primeros siglos, o hablar de Él a los hombres de hoy con el lenguaje de hace sólo algunos decenios, es condenarse de inmediato a no ser comprendido, supone hacer correr a Dios el peligro de aparecer como un mito que ha de ser relegado al museo de las antigüedades.

En cuanto se habla de Dios sin vivirlo, le traicionamos, lo convertimos en un ídolo, en un mito absurdo y abyecto, hacemos de Él un límite y una amenaza, y el que lo hace acaba siendo ateo.

Y el peor de los ateísmos es, precisamente, hablar de Dios sin vivir de Dios. Es como si pudiéramos hablar del amor sin amar. ¿Qué va a meter usted en el amor si habla de él sin amar?

DIOS ES LA PRESENCIA¹ MÁS ACTUAL Y MÁS REAL

¿Cuándo comprenderemos que estamos llamados a la grandeza?

¿Cuándo comprenderemos que Dios es una Presencia ardiente en el fondo de nosotros mismos?

1. Hemos decidido respetar las palabras que figuran en mayúscula en la edición original por la carga connotativa que llevan (ndt).

¿Cuándo comprenderemos que Dios es la Presencia más actual y más real, la Presencia fuera de la cual no es posible encontrar a nadie?

¿Cuándo comprenderemos lo maravilloso que es el Evangelio?

HACE FALTA UN LENGUAJE COMPLETAMENTE NUEVO*

Dios puede ser, hoy más que nunca, la reunión de todos los hombres, la curación de todas las heridas y la unidad de todas sus diferencias. Y se trata de revelarlo en nosotros y por medio de nosotros, porque, si no es visto (en nosotros y por medio de nosotros), si Dios no es una Presencia sensible, el hombre se quedará solo con sus angustias, sus egoísmos, con su biología individual o colectiva, solo con todos sus fanatismos que matan al otro y a él mismo.

Sería preciso reinventar un lenguaje completamente nuevo para introducirnos de manera inmediata en la eterna novedad del Evangelio.

HAY QUE PARTIR DE LA EXPERIENCIA MÍSTICA Y DE LA NOCIÓN DE DIGNIDAD

Haría falta proceder a toda una inmensa purificación del vocabulario religioso a partir de la experiencia mística y teniendo en cuenta, por supuesto, la inmensa distancia que media entre las concepciones de hoy y las de hace sólo algunos decenios.

El mayor peligro de hoy radica en la falta de vida mística, en la falta de unión con Dios, en la falta de una experiencia auténtica de Dios, en aquellos que hablan de Él.

En la medida en que vivimos escondidos en la luz de Dios y en la que desaparecemos en Él, en la medida en que

* Los paréntesis que figuran en el interior del texto son del padre Debains.

nos liberamos del yo animal, abrimos en nosotros mismos, tanto para nosotros como para los demás, un espacio cada vez más exento de límites y de fronteras, un espacio donde el testimonio de la fe es tomado desde el interior y se vive a través de la Presencia que le da su significación.

Me parece que es a partir de la noción de dignidad humana desde donde tenemos más posibilidades de presentar el Evangelio con un lenguaje accesible a los hombres de nuestro tiempo.

El mundo contemporáneo profesa, con razón, el culto a la dignidad humana, pero no sabe dónde situarla y, la mayoría de las veces, no es capaz de afirmarla más que a través del resentimiento contra aquellos que la han ignorado, y pisoteándola en ellos mismos. Por eso se revela particularmente necesaria una teología de la Pobreza divina que identifique la grandeza con la generosidad y la verdadera libertad con la evacuación de nuestro yo.

Un mundo como el nuestro, apasionado por la justicia, que espera gestos y no palabras, no puede reconocer la Verdad más que si esta respira el amor luchando de manera efectiva por la grandeza del hombre y por su dignidad.

LA RELIGIÓN DEBE ASUMIR A FONDO EL PROBLEMA DEL HOMBRE

Se ha abusado inmensamente en la Iglesia del discurso y no se ha subrayado de manera suficiente la dimensión mística de toda vida espiritual; «mística», es decir, afirmada por una transformación y una liberación de nosotros mismos.

Es preciso que las creencias de nuestra fe no sean simplemente un tejido de nociones. Si Dios es la suprema realidad, hace falta que sea un acontecimiento en nuestra vida, y precisamente en la medida en que nos transformamos Su Presencia se vuelve irrecusable. No es posible rechazar a

Dios y negarle, si es un acontecimiento en la vida y si estalla en el corazón mismo de la experiencia humana.

Es aterradora la carencia que tenemos de esta dimensión mística.

Tenemos que volver a encontrar una religión que esté en el corazón de la humanidad y asuma a fondo el problema del hombre, una religión que revele el hombre a sí mismo y le aporte una solución única e incomparable a ese problema que es el ser humano para sí mismo, mostrándole a Dios comprometido a fondo en nuestra vida, y comprometido hasta la muerte en la Cruz.

LA PRESENTACIÓN DEL EVANGELIO

Mil gracias derramando
pasó por estos sotos con presura;
y yéndolos mirando
con sola su figura
vestidos los dexó de hermosura.
(San Juan de la Cruz, *Cántico espiritual*).

San Juan de la Cruz mira al mundo buscando en él la huella de la mirada divina. ¿No deberíamos asociar siempre la Belleza a la presentación del Evangelio? ¿No es acaso desde este aspecto como debe propagarse? ¿No es acaso proporcionarle su verdadero rostro, el de la Belleza eterna, el único modo de acreditarlo ante el alma humana?

En tanto los hombres de Iglesia planteen el problema de la fe y del Evangelio en términos de poder, estarán dejando fuera lo esencial. Tenemos que proponer el Evangelio en términos de amor. Debemos comprender que no nos encontramos ante una autoridad que pretende someternos, sino frente a una luz que quiere disipar nuestras tinieblas, una luz que quiere hacernos ver e introducirnos en la alegría de una verdad que es Alguien, de una Verdad inefable, de una Verdad que es la luz de la llama de amor.

L A L E C T U R A
D E L A B I B L I A

**LA BIBLIA, MAL COMPRENDIDA, SE CONVIERTE EN UN
OBSTÁCULO¹**

No está exento de peligro leer la Biblia cuando el que lo hace no posee un conocimiento muy riguroso de la Historia, de los géneros literarios, del pensamiento semita, de la evolución de este pensamiento, de los progresos de la Revelación de Dios y de su superación definitiva en Jesucristo...

Gracias a que podemos hacer todas las superaciones necesarias puede ser y seguir siendo la Biblia, efectivamente, un Libro Sagrado cuando la abordamos a través de la Persona de Jesucristo como un movimiento hacia Él.

1. Maurice Zundel nos pone aquí en guardia contra una lectura fundamentalista de la Biblia que tomara cada palabra como algo absoluto, olvidando que la Palabra de Dios se expresa a través de una palabra humana situada en el espacio y en el tiempo.

La Sagrada Escritura –que la Iglesia «siempre ha venerado como venera el Cuerpo mismo del Señor» (*Dei Verbum*)– es el alimento ofrecido a todos los fieles, sean cuales fueren sus conocimientos en materia exegética o profana. De hecho, el Espíritu Santo obra en el corazón de los creyentes, como lo hacía en el de los autores bíblicos.

El conjunto de la obra de Zundel muestra a las claras que conocía la Escritura de memoria, con el corazón, que se había alimentado de ella y la había interiorizado sin quedar nunca prisionero de la letra.

Ahora bien, sigue en pie que la inmensa mayoría de los lectores difícilmente son capaces de llevar a cabo esta superación y que la letra del texto nos hace correr el riesgo de quedar apresados cuando no estamos suficientemente advertidos de que es preciso superarla. La Biblia puede convertirse así en un obstáculo para el conocimiento del Dios Espíritu, del Dios Verdad, del Dios Persona, del Dios Presencia, del Dios interior, del Dios que se sitúa en el Universo que no es aún.

¿PALABRA DE DIOS? ¡CUIDADO!

Es preciso disipar un equívoco enorme que gravita hoy sobre la lectura de la Biblia. Se nos dice: «¡Palabra de Dios, Palabra de Dios!» Sí, Palabra de Dios, pero ¡cuidado! Palabra de Dios dirigida a una determinada humanidad y, por consiguiente, adaptada necesariamente a ella (de lo contrario, no podría recibirla); por tanto, palabra de Dios *imperfecta* hasta la plenitud del Verbo encarnado que estallará en el silencio de Jesucristo.

Sería, en consecuencia, un inmenso error convertir estas palabras de la Biblia en un absoluto, ver en cada una de ellas una revelación definitiva caída del cielo y, por consiguiente, sentirse ligado por ellas como si fueran la sabiduría, la verdad y la perfección definitivas.

LOS CRISTIANOS INDUCIDOS AL ERROR

Los cristianos han sido inducidos al error y lo siguen siendo aún en la medida en que toman la Biblia como un absoluto, sin tener en cuenta los grados de una pedagogía que se adapta, por necesidad, a los seres a quienes se dirige; por consiguiente, dejándonos toda libertad para rechazar todo lo que no concuerde con el Dios (el Dios Puro Amor) que va por delante de nosotros.

Todo lo que no concuerde con este Dios que va por delante de nosotros no es de Dios, o por lo menos no es de Dios más que en un sentido pedagógico, sólo en la medida en que la Revelación debe adaptarse a los hombres.

Así pues, esta Revelación, en cuanto está limitada por la humanidad a la que se dirige, no nos afecta, no nos vincula, bien al contrario. Hemos de recusarla en la medida en que imprime en Dios las fronteras del hombre.

LA DESFIGURACIÓN
DE DIOS EN EL MUNDO
CONTEMPORÁNEO

NOS HEMOS QUEDADO EN LA EDAD MEDIA*

Nos hemos quedado en la Edad Media, esa Edad Media que se manifiesta en las cúpulas bizantinas mediante el retrato del Cristo Pantocrator (es decir, Creador y Señor de todo): Cristo tiene en sus manos la bola que representa el Universo y, con una mirada severa, abarca todo el horizonte. Cristo es el Señor del mundo, es el Rey, es el Emperador que tiene todo en su mano y conduce el destino de los hombres; Él maneja los hilos de la Historia y, dado que Dios es como es, las cartas ya están echadas, la Historia del mundo no es algo que tenga que llegar a su plenitud, el desenlace ya es conocido y está determinado. Somos simplemente juguetes en la mano de Dios a los que conduce según su designio.

Dios aparece así como un inmenso gobierno, y la religión en la que se expresa sobre la tierra es otro, simétrico al suyo. La Cristiandad (la Iglesia) es un inmenso campo atrincherado que se arma contra el infiel de fuera y contra el hereje de dentro. Se trata de obedecer, de ser sumisos, de admitir la Tradición y ser fiel a todos los mandatos del gobierno divino. Esa es la Edad Media de la que debemos salir absolutamente, si el mundo moderno, orgulloso con toda justicia de sus descubrimientos, quiere seguir encontrando en Dios su fin, su espacio, su luz y su alegría.

DIOS SIGUE SIENDO AFIRMADO CONSTANTEMENTE DE UNA MANERA ABSURDA*

Nada resulta más desgarrador que ver a Dios constantemente desfigurado, afirmado de una manera absurda, como un poder exterior al mundo, no comprometido en nuestra vida, encurtido totalmente en sí mismo, en su gloria y en su dicha, y jugando con nuestro mundo, un mundo que no es nada para Él, que no necesita y al que deja debatirse en las agonías que conocemos.

Nada resulta más desgarrador que esta concepción de Dios que aparta a tantos hombres contemporáneos sinceros, hombres con sentimientos humanos, de toda búsqueda de Dios, porque lo han identificado, de una vez por todas, con esa especie de ídolo impensable para ellos (como también para todos nosotros).

EL ANTIGUO MITO DE NARCISO*

La Antigüedad grecorromana inventó la magnífica leyenda de Narciso. Era este un joven de extraordinaria belleza, pero se quedó prendado de su belleza y buscaba su imagen por todas partes. La buscaba en todos los espejos de bronce pulido, en todos los estanques, en todas las fuentes, y, un día, al querer alcanzar su belleza que estaba contemplando en un estanque se echó en él y se ahogó.

Este antiguo mito es muy emotivo porque muestra cómo los antiguos tenían ya una perfecta conciencia de la esterilidad de un amor que vuelve sobre sí mismo. Amarse a sí mismo es morir. No amarse más que a sí mismo es destruirse. Enamorarse únicamente de la propia belleza es perderla y perecer al final.

Existe aquí una advertencia para que no busquemos a Dios del lado de una belleza que se contempla y no cesa de alimentarse de sí misma.

Y es que una de las visiones de Dios más comunes y más peligrosas es ver en Él a un personaje infinitamente feliz detrás de las nubes, sentado en su trono de gloria, que se contempla y se alimenta de sí mismo, que se alaba a sí mismo imponiendo a esas miserables criaturas que somos nosotros añadir a las alabanzas que él mismo se da el magro tributo de las nuestras bajo pena de incurrir en las peores sanciones.

ESTA VISIÓN DE DIOS REPUGNA A UN VERDADERO MÍSTICO Y YA NO PUEDE BASTAR

Conocéís esta visión, una visión que ha podido ser la de bastantes hombres de Iglesia: Dios lo puede todo, Dios hace todo lo que quiere, Dios es eterno e infinitamente feliz, nada puede turbar su felicidad. Ni la condenación de los que perecen, ni la alegría de los que son felices aumenta su dicha; pues toda ella la toma de sí mismo. Esta visión, que pasa por sabiduría, nos inspira la más profunda repulsión.

El prodigioso éxito de la técnica hace que el hombre se muestre justamente orgulloso de sus conocimientos y de sus poderes, y (hoy) se siente verdaderamente como un creador ante el Universo y ante la vida.

Ahora bien, ante este hombre armado con tales poderes y cuyo conocimiento ya no puede fijarse límites, ante este hombre que está conquistando la materia y su propia naturaleza, cabe preguntarse si la idea de Dios heredada de la Tradición basta. Y parece ser que no.

La idea de Dios no ha cambiado, al menos no ha progresado de manera suficiente en nosotros para poder dar a esta humanidad el Dios que necesita.

¡POR FIN RESPIRAMOS!

El monoteísmo solitario nos escandaliza: ¿Qué hace ese Dios que es único y se encuentra, por tanto, frente a

sí mismo eternamente? ¿Está abandonado y entregado a un narcisismo infinito? ¿Se alimenta de sí mismo? ¿Se alaba, se admira, se contempla y se adora? ¡Es aterrador sólo pensarlo!

¡Qué inmenso alivio supone aprender que Dios se despega eternamente de sí mismo, que no tiene ningún apego a sí mismo, que no puede mirarse porque la mirada en Él es una relación subsistente con el Otro!

¡Qué inmenso alivio supone aprender que Dios no puede amarse a sí mismo porque el amor en Él es relación con el Otro, porque en Él todo es desapropiamiento, tanto el conocimiento como el amor, porque Dios, por último, es infinitamente libre de sí mismo! *Otro Dios*, esa es la perla del Reino.

EL DIOS RECHAZADO POR
LOS ATEOS MODERNOS

EL DIOS QUE LIMITA AL HOMBRE ES OBJETO DE RECHAZO

Todo el ateísmo moderno rechaza a Dios. Todos esos grandes talentos como Marx, Sartre, Camus... rechazan a Dios.

Y lo hacen porque lo ven con la imagen del faraón, como un límite al hombre, como una amenaza contra el mismo, como una prohibición, una defensa, una barrera. Así lo dice Sartre con esta fórmula aterradora: «*Si Dios existe, el hombre no es nada*».

Tienen la vivísima impresión de que, si el hombre quiere mantenerse de pie, si quiere ser un creador y correr una aventura que valga la pena, ya no debe contar más que consigo mismo y dejar de apelar a ese Dios que nos dispensa de todo trabajo y esfuerzo creador, puesto que ya lo ha hecho todo, puesto que la suerte está echada y puesto que nuestro destino está eternamente predestinado.

Y reivindican su ateísmo en nombre de la actividad humana, para que el hombre sea plenamente él mismo, para que alcance toda su grandeza y para que, a fin de cuentas, sea verdaderamente un creador.

EN CIERTO SENTIDO, EL ATEÍSMO MODERNO TIENE TODA
LA RAZÓN*

Estamos absolutamente de acuerdo con ese mundo moderno que no puede pensar ya a Dios viéndolo con ese

aspecto de gran faraón: ya no podemos admitir que Dios sea un Narciso a escala infinita. Y si la adoración de un hombre por sí mismo nos repugna y nos parece una condena, con mayor razón no podremos imaginar la perfección divina como un gravitar en torno a sí mismo.

Si Dios, como pensaba Nietzsche en su rebelión, fuera una potencia de la que dependemos de manera radical, alguien que nos impone su voluntad sin haberse comprometido en modo alguno en favor nuestro, si Dios fuera un ser solitario que se alimenta eternamente de sí mismo, si Dios no se tuviera más que a sí mismo y refriera todo a sí mismo, no se comprendería por qué, careciendo de diferencia cualitativa con nosotros, puesto que está fijado como nosotros en un yo que se alimenta de sí mismo, no se comprendería por qué –decíamos– habría de ser Dios Él y no nosotros.

LAS GRANDES OBJECIONES DE HOY

Es cierto que el ateísmo se alimenta de la oposición a unas religiones que miran siempre hacia atrás y se muestran retrospectivas en vez de ser prospectivas: es evidente que si todo está ya hecho, todo carece de interés.

Nietzsche basaba su ateísmo en su decisión de ser el creador de su propio Universo. Se imaginaba como Marx, como el Goetz de Sartre y como tantos otros contemporáneos nuestros, que Dios significa: todo está consumado. No nos queda otra cosa que insertarnos pasivamente en un Universo como robots abandonados con una utilidad rigurosamente nula.

Ahora bien, Dios es exactamente lo contrario.

El marxismo, hoy como ayer, sigue ofreciéndonos un admirable programa de divinización del hombre, y ese gran solitario que fue Nietzsche también se proponía crear en sí mismo un superhombre que se convertiría en la fuente y en el origen de todos los valores.

¡Y ahí está el resultado! Nietzsche se volvió loco y el marxismo no ha podido llevar a cabo su admirable ambición, porque no sabía lo que significa divinizar al hombre, darle un valor infinito y convertirlo en el creador de todos los valores.

SE RECHAZA QUE DIOS DISPONGA DEL HOMBRE COMO DE UN OBJETO

Los ateos modernos no se hacen una idea de cómo simpatizamos con ellos. También nosotros somos hombres. También nosotros tenemos el sentido de la dignidad, un sentido ardiente e imborrable. También nosotros sabemos que la conciencia humana es inviolable y que ningún hombre es un objeto del que se pueda disponer como si de una mercancía se tratara. También nosotros sabemos que el hombre es sujeto y que debe ser en verdad el origen y la fuente de sus actos.

Y el Dios Creador va a darnos en el orden de la generosidad y del Amor –en el que todo se basa en la reciprocidad–, Dios va darnos en y por Jesús, que lava los pies de sus Apóstoles, esa inagotable e inmensa revelación del verdadero Rostro de Dios.

EL MISTERIO DE LA
SANTÍSIMA TRINIDAD
REVELA EL VERDADERO
ROSTRO DE DIOS

DIOS ES AMOR

Es preciso que reformemos de cabo a rabo nuestras ideas sobre Dios...: Dios es Amor y nada más que Amor, Dios se entrega y no puede hacer otra cosa que entregarse.

Ser Dios no significa ya dominar y disponer del poder de aplastar a los otros, ser Dios significa *entregarse* sin medida, despojarse eternamente... Gracias a que Dios no guarda nada, a que es todo *Amor*, a que la respiración de su ser es la *generosidad*, surge la creación y constituye a la vez un secreto inagotable y una llamada infinita al amor.

Dios subsiste totalmente en estado de don... Es Dios porque no puede más que entregarse... Dios, en la Trinidad, es libre de sí mismo puesto que en modo alguno está atado a sí mismo, puesto que es única y eternamente comunicación total de sí mismo.

Desde esta perspectiva, Jesús se muestra más actual que nunca porque nada puede ser más catastrófico que esta falsa orientación del hombre hacia una falsa divinización.

Lo que nos inquieta no es que el hombre quiera hacerse Dios, eso es incluso su vocación, sino que haga de Dios un dios falso.

Y Jesús, al revelarnos al verdadero Dios, sólo puede conducirnos a la verdadera grandeza que es llegar a ser «nosotros» en el Otro, recibir todo de nosotros mismos, pero entregándonos enteramente al Otro...

En la raíz del ser hemos de ser entrega para ser nosotros mismos y no podemos ser nosotros mismos más que a través de esta ofrenda de lo que somos, del mismo modo que Dios no es Él mismo más que en y a través de su ofrenda perfecta en la eterna Trinidad.

EL DIOS TRINIDAD RESPETA INFINITAMENTE AL HOMBRE

Ya no somos esclavos, Dios no es un Amo. Existimos en un matrimonio de amor, en un secreto de amistad, estamos envueltos de una ternura infinita, se nos honra con un *respeto* que tiene como medida la Cruz. Y Dios, ante nosotros, no espera más que una cosa, esa apertura de nuestro corazón que le permita vivir su Vida dentro de nosotros, del mismo modo que el ser que ama aspira a vivir en el ser amado en ese espacio de luz que es el don de su amor... Dios no puede revelarse al hombre más que en la medida en que el hombre se transforma.

EL DIOS ÚNICO NO ESTÁ SOLITARIO

¡Cuántas tonterías se han dicho sobre la Trinidad cuando se ha intentado mostrar que es a la vez algo incomprensible y no contradictorio!

Nada hay más simple para la experiencia mística. La Trinidad significa que Dios no es alguien que se mira y gira en torno a sí mismo, que se relame de sí mismo, sino, al contrario, Alguien que *se entrega*. Eso significa que Dios no está solitario, que no se presenta con un rostro con el que se repetiría en un espantoso narcisismo.

El Padre está frente al Hijo en la Trinidad, el Hijo está frente al Padre en el beso del Espíritu Santo. Eso significa que Dios es una comunión, una respiración de amor, un despojarse, una infancia eterna, un nacimiento inagotable, una novedad que brota sin cesar y, por último, una

Pobreza infranqueable, como con tanta perspicacia advino Francisco.

LA TRINIDAD NOS ABRE EL CORAZÓN DE DIOS

La Trinidad nos abre el Corazón de Dios. Nos enseña que Dios no es alguien que se admira, se celebra, se incien- sa y se ama. Porque en Él toda la *vida* brota, brota, brota, como una comunicación que va del Padre al Hijo, del Hijo al Padre, en la unidad del Espíritu Santo.

La Trinidad nos enseña que en Dios está el *Otro*, que en Dios «Yo es *Otro*», que en Dios la *Vida* es «tú eres Yo», que el Padre lo dice al Hijo, el Hijo al Padre, y el Padre y el Hijo al Espíritu Santo, y este al Padre y al Hijo.

En Dios hay tres focos de luz, tres focos de amor, tres focos de comunicación donde toda la Vida divina se renue- va constantemente a través de una *entrega* inagotable.

LA TRINIDAD, REALIDAD SUPREMA

La Trinidad es un abismo de luz y de amor que podre- mos descubrir eternamente sin alcanzar nunca el fondo.

Y todos los dogmas del cristianismo no son más que los rayos de esta realidad suprema que Jesús nos ha reve- lado en confidencia.

Todos esos rayos nos conducen, finalmente, a esa liber- tad infinita que se fundamenta en la comunicación que Dios hace de sí mismo, puesto que Dios no dispone de otro modo de obrar sobre su ser que comunicarlo.

LA INMENSA CLARIDAD DE LA TRINIDAD

La inmensa claridad de la *Trinidad* consiste en que, de repente, aparece la vida del espíritu como una virginidad y un desapropiamiento totales en los que somos nosotros mismos a través de una pura mirada hacia el otro, en los

que, por decirlo de una vez, no experimentamos ya nuestro propio ser porque lo asimilamos, sino que lo aprehendemos entregándolo.

Todo se vuelve luz a partir de la *Trinidad*.

Todo se explica a través de esta confidencia única que nos hace Jesucristo, una confidencia que nos libera de ese Dios Causa primera de todo, de ese Dios dominante y aplastante, de ese Dios amo y propietario que deja caer de su mesa algunas migajas de pan para nosotros, y que nos castiga al menor paso que damos hacia delante. ¡Ese Dios es un dios falso! ¡Es un ídolo!

A partir de ahora, por fin, podemos respirar, porque Dios, el único Dios verdadero, no viene a nosotros de otro modo que como el Amor, el Amor que no nos toca más que por su Amor, un Amor tan grande e infinito que no podemos alcanzarlo nosotros mismos más que gracias a nuestro amor.

EL MISTERIO TRINITARIO ILUMINA EL PROBLEMA QUE SOMOS NOSOTROS

Al margen de la irradiación trinitaria sentimos la tentación de crisparnos contra nosotros mismos, de defender nuestra inviolabilidad como propiedad nuestra y excluir todo lo que no sea afirmación incondicional.

A través de la irradiación trinitaria, de repente, con la revelación de la Trinidad, estamos llamados a comprender que esta inviolabilidad significa el poder maravilloso e inalienable de convertir todo nuestro ser en una ofrenda, de no sentirnos condenados a padecer nuestra existencia, sino que podemos despojarnos de ella comunicándola.

Por último, podemos llegar a una transparencia virginal en la que toda la vida se consume en el amor a Otro (a Jesús, al Padre...), más íntimo a nosotros mismos que lo más íntimo de nosotros mismos, a Otro que está presente en todos los seres.

Llegados aquí, se plantea con toda su profundidad y toda su fuerza, el problema que somos, y se resuelve a través de esa extraordinaria experiencia que es la de Jesucristo y a través de esa revelación que es su luz.

El Dios trinitario es un *Dios desconocido*, un Dios al que no estamos acostumbrados, un Dios que los cristianos, en conjunto, no conocen.

TODO REVIVE A LA LUZ DE LA TRINIDAD

Hace falta, por tanto, repensarlo todo, revivirlo todo a esa adorable luz de la Trinidad que se inserta en el corazón de los santos.

Y es que no se da nunca un encuentro auténtico con Dios que no se atestigüe, se experimente y se afirme, sino a través de esta renuncia, de esta transparencia, de esta humildad y de esta pobreza eternamente vividas por Dios en el corazón de la Trinidad.

LA ENCARNACIÓN ARRAIGA A LA TRINIDAD EN NUESTRA HISTORIA*

No hay más que un solo centro de luz, deslumbrador, inagotable, que se ha insertado en la Historia con el nacimiento de Jesús: es la Trinidad divina, esa es la magna, la inmensa novedad.

El Dios eterno, que hasta entonces era conocido de manera imperfecta, se revela en Jesucristo como Trinidad, es decir, se revela como una eterna comunión de amor. Este acontecimiento colosal de la Encarnación es el que arraiga a la Trinidad en nuestra Historia.

EL MISTERIO DE LA
ENCARNACIÓN

No ha sido sólo el hombre el que ha sido creado a imagen del Dios Trinitario, sino toda la creación «que no puede ser, a imagen de Dios, más que una ofrenda de amor» (*Quel homme et quel Dieu?*).

Y es que Dios no puede crear más que según lo que es, Dios no puede crear más que en armonía con el Amor que es.

La comprensión del Misterio trinitario, la entrada en las profundidades, insondables, de este misterio –aun cuando nosotros no hagamos más que «rozar» su contenido, que rebasará siempre la inteligencia y la «sensibilidad» humana– nos resulta, con todo, indispensable para situar y comprender, en la medida en que es posible al hombre, no sólo todos los demás misterios, sino también todas las realidades de la Creación divina.

El vínculo existente entre el misterio de la Encarnación y el de la Trinidad nos interesa de una manera absolutamente particular; la razón es que esos dos misterios fundamentales de nuestra fe cristiana se iluminan mutuamente: ambos seguirán siendo siempre insondables, sólo pueden aclararse el uno por el otro, el uno en el otro. Y la luz que nos aporta su compenetración es necesaria para empezar a comprender cualquier realidad creada de una manera adecuada.

P. Debains

LA ENCARNACIÓN ES EL CAMINO NORMAL DE LA MANIFESTACIÓN DE DIOS

La presencia de Dios se acredita siempre bajo alguna modalidad de encarnación. Ya sea el profetismo, la santidad, el ingenio, la admiración o el asombro, se trata siempre (cuando tiene lugar) de un acontecimiento que se cumple en el hombre (y en el que Dios, de un modo determinado, se manifiesta siempre). Eso significa que Dios no se acredita más que a través de una transformación del hombre; en consecuencia, por vía de encarnación.

La Encarnación es el camino normal de la manifestación de Dios, pues Dios no puede actuar en este Universo más que convirtiéndose en él en un acontecimiento, y nosotros mismos lo reconocemos, de una manera incontestable, en nuestro interior, en la medida en que quedamos liberados.

Sólo cuando quedamos liberados a fondo, aunque sólo sea en el relámpago de un instante, percibimos su Presencia y su acción. Allí donde aflora la vida espiritual, aparece una modalidad de encarnación.

La Encarnación divina en Jesucristo es la cima, el caso límite, de todas estas encarnaciones imperfectas que jalonan la Historia en Israel o fuera de Israel. Todas esas encarnaciones convergen hacia esa cima que es la Encarnación definitiva e infranqueable en Jesús de Nazaret.

Y esta Encarnación divina en Jesús se distingue de todas las demás encarnaciones, imperfectas, por el arraigo de la naturaleza humana de Jesús, creada en el seno de María, en la subsistencia del Verbo en virtud de la cual la Pobreza divina en persona va a ser comunicada a la Humanidad de Jesús.

EL MISTERIO DE LA ENCARNACIÓN: LA ECLOSIÓN DE UNA HUMANIDAD PERFECTA

El misterio de la Encarnación es la eclosión, en el seno de María, de una Humanidad total, perfecta, incompara-

ble, única pero desembarazada de toda frontera, radicalmente consumada..., de una Humanidad diáfana, transparente, que, en vez de gravitar en torno a sí misma, gravita en torno al Sol divino que hay en nosotros, aunque seguimos permaneciendo exteriores y extraños al mismo.

Esa Humanidad de Jesús existe en ese estado de eterna oblación, de eterna ofrenda, de perfecta transparencia al Sol divino en torno al cual gravita, en el que subsiste y que constituye su *Yo* único: a causa de ello es Jesús *el Hombre* en un sentido absolutamente único.

DIOS QUIERE MOSTRARSE SIEMPRE A TRAVÉS DEL HOMBRE

Es siempre a través de una interiorización y de una liberación del ser humano como Dios se manifiesta.

Dios, el verdadero Dios y no el Dios concebido de manera conceptual que no tiene el menor fundamento en la vida, sólo puede hacerse conocer de este modo.

Es éste el Dios que nos convierte, que nos transforma y nos permite superar nuestro egoísmo. Es éste el Dios que nos conduce hasta la raíz de nuestro ser para convertirla en puro impulso de amor. Este Dios es el que experimentamos cada vez que nos encontramos frente a la santidad, un Dios que es siempre, en cierto modo, un Dios encarnado, un Dios realmente presente en una humanidad que le deja manifestarse.

Toda revelación es, a fin de cuentas, una forma de encarnación divina, es decir, una manifestación de la Presencia divina en una transformación del ser humano a través del cual se manifiesta Dios.

LA ENCARNACIÓN COMUNICA A LA HUMANIDAD DE JESÚS LA POBREZA MISMA DE DIOS

La Encarnación no es algo completamente inesperado e inimaginable en Cristo, no puede significar más que la

consumación de ese movimiento perpetuo en que se manifiesta lo divino a través de una transformación del hombre.

En consecuencia, estamos seguros a priori de que la Encarnación significará en Jesús una liberación, una liberación definitiva, es decir, una liberación cabal, infinita, infranqueable, una liberación de ese yo opaco que resiste a la luz divina y le impide invadir todo el ser. Para abreviar, diremos que, en la Encarnación de Dios en Jesús, se trata de la comunicación de la Pobreza misma de Dios a una humanidad.

En la medida en que vivimos la encarnación (de Dios en nosotros) en y por nuestra liberación, nuestro polo de atracción se sitúa en Dios, en Él nos encontramos a nosotros mismos, en él se realiza nuestra libertad.

Pero en nosotros tiene lugar el flujo y el reflujo, y esos momentos de liberación son raros y siempre susceptibles de ser negados por un retorno al yo posesivo.

JESÚS SE ENCARNA PARA REUNIR A TODA LA HUMANIDAD

Jesús nos llama al encuentro con el Dios vivo.

El sentido mismo de la Encarnación consiste en reunir toda la Historia, toda la Humanidad y todo el Universo en la luz y la Presencia de esta Personalidad divina que es la Personalidad del Verbo.

Eso significa que todo el Universo debe ser, al final, recubierto, abrazado, revestido, iluminado, liberado y llevado a plenitud en el *Yo* Divino que es el *Yo* único de la Santísima Humanidad de Jesucristo.

JESUCRISTO LLEVA A SU REALIZACIÓN CABAL A TODA LA HUMANIDAD*

Es la densidad misma de la Humanidad de Jesús, esa densidad incomparable de Su Presencia a todos los hom-

bres, es ese ser interior a cada uno, es esa universalidad de la Luz y del Amor en Él y por Él, es ese poder capaz de reunir todo el Universo y dar a la Historia su unidad... lo que hace de Jesucristo el Hombre que lleva sobre sí toda la especie humana y la lleva a plenitud. Eso es lo que revela en Él la Divinidad en un sentido absolutamente único.

AFIRMAR QUE JESÚS ES DIOS PUEDE PARECER ABSURDO

«El Verbo se hizo carne», Dios se hizo hombre, *«habitó entre nosotros»*, ¿cómo podemos admitir tales afirmaciones? ¿Qué es lo que significan? ¿Acaso Dios, el Señor de los espíritus, ha venido de verdad a pasearse por la tierra? ¿Acaso el Creador del mundo fue de verdad un artesano de Nazaret?

Es evidente que todas las resistencias a la afirmación de la Divinidad de Jesucristo proceden de que tal afirmación ha parecido imposible, mitológica y absurda.

De hecho, todas esas objeciones proceden de que tenemos una visión exterior de Dios: lo que nos hace chocar con todas esas dificultades es el hecho de que alojamos a Dios detrás de las estrellas, de que lo convertimos en un personaje infinitamente distante del hombre, de que partimos de una definición abstracta de Dios (como, por ejemplo, la de Dios Causa primera...).

LA ETERNA DIVINIDAD DE JESUCRISTO

La eterna Divinidad de Jesucristo –no hay otra– es la eterna Divinidad tal como esta es en nosotros, en lo más íntimo de nuestra alma, de nuestra conciencia y de nuestro corazón.

La eterna Divinidad de Jesucristo está siempre ya aquí en nosotros, somos nosotros los que no estamos, y el misterio de la Encarnación no es el misterio de un Dios que viene, es la ascensión de una humanidad hasta entonces ausente (a Dios y de Dios).

En el momento de la Encarnación de Jesucristo no pasa nada nuevo en cuanto a su Divinidad, pues Dios estaba ya ahí desde siempre: Él estaba, es siempre esa Luz que brilla en las tinieblas (Jn 1,5).

Es esa Luz por la que fue hecho el mundo (Jn 1,5.10) y el mundo no conoció, esa luz que viene a nosotros y no la recibimos, esa Luz que es interior a nosotros, mientras que nosotros nos quedamos fuera.

«DIOS ES MÁS ÍNTIMO A NOSOTROS QUE LO MÁS ÍNTIMO DE NOSOTROS MISMOS»

SAN AGUSTÍN

Si partimos de la experiencia mística, si nos situamos en el corazón de un conocimiento nupcial de Dios, desaparecen todos los fantasmas que conducen a negar la Divinidad de Jesucristo, porque el único Dios verdadero se caracteriza de inmediato como *interior*, como interior a nosotros mismos. No tiene, por tanto, la menor necesidad de bajar de un cielo imaginario situado fuera de nosotros, es «*más íntimo a nosotros que lo más íntimo de nosotros mismos*», tal como se manifestó en la experiencia mística de san Agustín.

Dios está siempre ya ahí en nuestro interior y no tiene necesidad de transformarse, puesto que es el Amor infinito que no puede perder nada porque lo ha dado todo, porque es la perfección misma de la pobreza a través de un desapropiamiento insuperable.

EL VERDADERO SANTUARIO DE LA DIVINIDAD SOMOS
CADA UNO DE NOSOTROS

Sólo Jesús puede revelarnos al verdadero Dios porque es interior a nosotros mismos, porque nos ama más que una madre, porque vive en el interior de cada uno, porque es el único que puede conducirnos a nosotros mismos.

Por último, Jesús nos conduce de nuevo al hombre Santuario de la Divinidad, porque para Él no hay ya templo de piedra que sea la expresión y la sede indispensable de la Divinidad. La verdadera catedral, el verdadero santuario, somos cada uno de nosotros.

Sería imposible que Dios fuera una Presencia real en la Historia si no pudiera encarnarse en nosotros y si, a través de nosotros, no apareciera hoy a todos los que nos rodean como el Rostro de Luz y de Amor tras el que todo el mundo suspira.

EL MISTERIO DE JESÚS Y DE LA CRUZ

La muerte de Jesús en la cruz nos revela el eterno y absoluto despojo del Hijo de Dios en el seno de la Santísima Trinidad; esa muerte proyecta una luz absolutamente nueva sobre el ser mismo de Dios. Dios es Dios porque en él cada Persona divina está, de una manera que trasciende de todo lo que podemos imaginar, despojada de sí misma.

Dios es lo que nos revela la Humanidad de Jesús en el momento de morir en la Cruz, despojado por completo de todo. Lo es de una manera completamente distinta al mismo tiempo que semejante a esta... y eso, hasta el infinito.

El despojo de cada Persona divina en la Santísima Trinidad supera infinitamente todo lo que el hombre pueda concebir, todo lo que pueda decirse con palabras humanas.

La transcendencia de Dios queda a salvo, pero la muerte de Jesús en la Cruz nos revela que esta es del orden de un infinito despojo.

P. Debains.

UN MISTERIO DESCONOCIDO POR LA MAYORÍA DE LOS CRISTIANOS

El misterio de Jesús es desconocido por la mayoría de los cristianos: la Humanidad de Jesús, en todo lo que hace, en todo lo que dice, en todo lo que sufre, es la manifestación y la revelación personales del Otro Divino.

No cabe duda de que la Humanidad de Jesús, en su paso por la tierra, no puede hacernos ver inmediatamente la vida Trinitaria, la vida eterna de Dios en Dios, pero todo lo que se realiza en Jesucristo es la traducción y la manifestación auténtica de Dios en nuestra lengua, en nuestra historia. Si Dios muere en la Cruz, no diremos que muere en la Trinidad, diremos que su despojo (eterno en el corazón de la Trinidad) es tan profundo, tan total, tan infinito, tan absoluto, que no puede expresarse en nuestra historia tal como es más que por medio de la muerte de Jesús, el Verbo encarnado.

ES DIOS QUIEN MUERE EN LA CRUZ

Es Dios quien muere en la Cruz, el Dios desarmado, el Dios frágil, Dios en ese espantoso exilio que le infligen nuestras negativas de amor. La Cruz nos revela a Dios en su *sí* eterno de una ternura incansable, que no cesará nunca de rodearnos y de esperarnos hagamos lo que hagamos.

La Cruz es Dios que muere y que se revela en la inmensidad de Su generosidad. El Jesús que muere y representa a Dios es el sacramento de la eterna divinidad y de la eterna pasión de Dios por el hombre, pero es también el representante de toda la humanidad. Al encargarse de la catástrofe engendrada por todos nuestros egoísmos puede pronunciar en nuestro nombre, en nombre de toda la humanidad y de todo el Universo, el *sí* que cierra el anillo de oro de los desposorios eternos del hombre con Dios.

Pero, sobre todo, no hemos de entender el misterio de la Cruz en el sentido de los sacrificios antiguos, como si Dios no hubiera querido darnos Su paz y su Amor más que al precio de una inmolación sangrienta, que sería la única capaz de restablecer sus derechos y afirmar mejor su imperio y su dominación.

¡De ninguna manera! En modo alguno es este su sentido, porque la inmolación de Jesús en la Cruz es la de Dios

mismo. Es Dios quien muere. Es Dios mismo quien hace de contrapeso con su Amor a todas nuestras ofensas. Es Dios quien se entrega a nosotros infinitamente, hasta morir en la Cruz, en el mismo momento en que nosotros nos separamos de Él y Le crucificamos, puesto que muere por esos mismos que lo cuelgan del madero de la salvación.

LA CRUZ NOS REVELA LOS SENTIMIENTOS ETERNOS DEL CORAZÓN DE DIOS

La Cruz, esa parábola incomparable y única, representa en el tiempo de los hombres un misterio eterno que Pascal sintió admirablemente cuando dijo: *«Jesús estará en agonía hasta el final del mundo, no hemos de dormir durante ese tiempo»*. Eso significa que los sentimientos que se expresan a través de la humanidad de Nuestro Señor son sentimientos eternos en el corazón de Dios, y que en la Divinidad está siempre presente ese amor, infinitamente materno, inclinado hacia nosotros para hacernos entrar en la intimidad de la luz y de la alegría infinitas de Dios, allí donde todo es don y nada más, desapropiamiento de sí y pobreza según el Espíritu.

El Sacrificio de la Cruz «satisface» a Dios porque se ofrece, no para desarmar su cólera o para llevar a cabo su venganza, sino para dar una salida a Su amor, que no puede entregarse a un mundo que lo rechaza.

ES PRECISO SALVAR A DIOS

«Amar a Dios es querer protegerle contra nosotros mismos» (Graham Greene).

Dado que la Pasión de Jesucristo revela en el tiempo la eterna pasión de Dios por el hombre, Dios seguirá estando eternamente crucificado en tanto haya un solo ser, una sola criatura que diga *no*. En Dios no existe parcialidad. Dios no es una madre que haga distinciones entre sus

hijos; cada criatura es objeto de una ternura infinita y, en tanto haya una sola que no haya sido entrojada en los graneros eternos, Dios seguirá crucificado.

Eso es el Infierno, el Infierno de Dios, el Infierno en la luz de la Cruz, el Infierno al que condenamos a Dios y del que hemos de liberarlo absolutamente.

Esa es la única manera de escuchar la llamada de la Cruz. No se trata del sacrificio de un inocente forzado y abandonado ofrecido a un Moloc, se trata de la inocencia del Dios revelado en Jesús. Se trata de la Pasión de un Dios que es madre, infinitamente más que todas las madres, y cuya justicia materna implica la sustitución de la inocencia infinita por la culpabilidad ilimitada.

Y si eso es verdad, es preciso invertir absolutamente todas las perspectivas: no somos nosotros, es Dios quien tiene que ser salvado. Es preciso salvar a Dios de nosotros mismos, del mismo modo que hay que salvar la música de nuestros ruidos, la verdad de nuestros fanatismos y el amor de nuestra posesión.

La Cruz es, a fin de cuentas, la cicatrización de todas las heridas que Dios ha ido padeciendo a lo largo de la Historia, puesto que todos los males y las catástrofes que han afectado al Universo, a la Vida y a la humanidad, han sido otras tantas heridas en el Corazón de Dios.

LA CRUZ NOS HACE CONOCER NUESTRA INMENSA GRANDEZA

La Cruz de Jesús es el Amor eterno de Dios que tiene sus manos hacia nosotros.

La Cruz de Jesús es Su presencia en lo más íntimo de nosotros mismos, herida en nosotros y para nosotros, que quiere hacernos presentes a sí misma a fin de que el Bien que ella es, el tesoro infinito que constituye, se convierta verdaderamente para nosotros en la fuente de todas las alegrías y en el espacio mismo donde respira nuestra liber-

tad. En una palabra, lo que la Cruz nos enseña es la inmensa grandeza del hombre.

«Un solo pensamiento del hombre es más grande que el mundo entero, y sólo Dios es capaz de llenarlo» (San Juan de la Cruz).

PARADÓJICAMENTE, LA CRUZ NOS LLAMA A UNA AVENTURA MARAVILLOSA

La Cruz es una llamada urgente y magnífica a nuestra potencia de vida, puesto que la Vida de Dios ha sido puesta en nuestras manos...

La Cruz es una llamada en favor de la vida de hoy, una llamada a una aventura maravillosa que es continuar la Encarnación de Dios y aportar a los otros la luz de Su Rostro y la ternura de Su Corazón...

La Cruz es una llamada a crear en nosotros esa catedral, que somos nosotros mismos, donde se recoge la Presencia de Dios.

Las catedrales del mundo, en su totalidad, no son más que imágenes al lado de esta catedral que cada uno debe erigir dentro de él, ese es el verdadero santuario.

Y ese santuario que hay dentro de nosotros lleva la Cruz como nuestra única esperanza, porque ella es la medida de nuestra aventura infinita, porque ella nos hace saber todo el crédito que Dios nos otorga, toda la ternura ilimitada que siente por nosotros y toda la nobleza que nos confía, pues el Bien consiste en amar a Alguien.

LA CRUZ, FUENTE DE VIDA SOBREABUNDANTE

La Cruz ha pasado entre nosotros para vencer al dolor y a la muerte, para revelar la vida y restaurarla en toda su dignidad y magnificencia, para hacernos tomar conciencia de esta colaboración necesaria a la obra divina a la que estamos llamados.

La Cruz no significa otra cosa que esa llamada irresistible del Amor que no puede convencernos a la fuerza ni puede violar nuestra intimidad.

No se trata de perpetuar la Cruz, pero sí es preciso, partiendo de ella y esforzándonos por descrucificar a Dios en nuestra vida, hacerlo aparecer como el Dios Vivo que nos da la Vida de modo sobreabundante y nos llama a la solitud de la alegría.

UNA APRECIACIÓN DIFERENTE DEL BIEN Y DEL MAL A LA LUZ DE LA CRUZ

El hecho de que seamos tan mediocres se debe a que vemos en el bien una exigencia exterior a nosotros mismos, y en la moral una regla que se nos impone desde el exterior para obligarnos y sojuzgarnos, para someternos y esclavizarnos a un poder que quiere mostrarnos su dominio.

Ante la Cruz no vemos más que el Bien, es Alguien para amar, es esa Presencia que se encuentra en lo más íntimo de nosotros mismos y *que no cesa de esperarnos* como la Belleza siempre antigua y siempre nueva que encontró Agustín el día de su conversión.

Y el Mal es Dios crucificado, es Alguien que agoniza en nosotros, por nosotros y para nosotros, y que, en último extremo, muere de amor por ese mismo que se niega a amarle.

Si el Bien es Alguien para amar y el Mal es Dios crucificado, entonces cambia todo; ya no se trata de configurar con una regla exterior, sino de proteger a Alguien, a Alguien que está dentro de nosotros. A Alguien que es la misma Vida divina confiada a nuestro amor.

LA LUZ DE LA CRUZ EN UN UNIVERSO DE PERSONAS

Existe un universo de cosas en el que el hombre dispone de los automatismos de la naturaleza en favor de sus

necesidades materiales, contando con la fidelidad de la naturaleza a sí misma. Eso está muy bien, pero no es aún un universo humano.

Y existe un universo de personas en el que hay presencias que se unen e intercambian, a través de la renuncia y del desapropiamiento que constituyen la ofrenda del amor.

En ese universo de personas no es posible ayudar a los otros a que escapen de su biología y a superar su animalidad, a vencer sus vértigos y sus hechizos, más que pagando con nuestra propia persona, tomando sobre nosotros sus desórdenes, sus faltas de amor, sus traiciones y sus locuras.

Bajo esta luz es preciso situar el sacrificio de la Cruz.

LA CRUZ ES LA REALIDAD MÁS ESTREMECEDORA

Cuando Francisco desciende del monte Alverna lo hace de una manera muy diferente a la de Moisés cuando baja del Sinaí: no trae consigo un código o un texto, sino la revelación viva de un Dios crucificado.

Hace falta tiempo para darse cuenta de que esto no es una fórmula, sino la realidad más estremecedora. En el centro de la Historia figura el juicio de Dios por el hombre (la muerte en la Cruz es el juicio de Dios por el hombre) y esta inexorable condenación de Dios por el hombre, juicio que se repite en cada vida, condena que parece renovarse con tanta frecuencia, aunque más que por mala voluntad, por ignorancia.

Y lo que constituye el carácter sagrado de toda vida humana es que compromete, por así decirlo, el destino de Dios mismo a través del consentimiento que esta puede dar a Su Reino o el rechazo que puede oponerle.

LA PASIÓN DE JESÚS AFECTA MUCHO MÁS AL FUTURO QUE AL PASADO

La Pasión de Jesús tiene un sentido ilimitado e infinito, un sentido cósmico, pero no es sólo retrospectiva, no

mira sólo hacia atrás, mira mucho más hacia delante de nosotros.

En nuestro caso, pues, al vivir la Pasión de Jesucristo, no se trata de sumergirnos simplemente en nuestro pasado y en el del Universo. Se trata más bien de tomar conciencia de nuestro pasado y de llevarlo a plenitud, se trata de comenzar a ser, de aceptar ser un comienzo, una fuente y un origen.

La antigua oración del ofertorio comenzaba así: *«Oh Dios que creaste al hombre en una admirable dignidad y lo re-formaste de un modo aún más admirable...»*.

Al entrar en este secreto de la Redención que nos ha sido confiado, daremos, pues, a nuestra vida su verdadera dimensión, y podremos experimentar en el fondo de nuestros corazones la certeza de que, si Cristo es Redentor, nosotros lo somos con Él, que la Cruz no es simplemente un acontecimiento de la Historia, un acontecimiento del pasado, sino que es acontecimiento actual, origen precisamente de esta esperanza que no tiene fin, y que nos permite esperar la recapitulación de todas las criaturas en Cristo.

EL SUFRIMIENTO DE DIOS Y SU FRAGILIDAD

EN DIOS PUEDE HABER UN DOLOR

El Amor de Dios toma la tonalidad de todos los estados del ser creado. En consecuencia, puede haber en Dios un dolor, hay en Dios un dolor tanto como hay un amor, no se trata de un dolor que le deshaga o le prive de algo, sino de ese dolor de identificación con el ser amado, un dolor tal que es preciso decir que todo lo que afecta al alma del hombre, ya sea la agonía, el sufrimiento, la enfermedad, la miseria, la soledad, la desesperación o el pecado..., todo eso, lo lleva Dios por nosotros, en nosotros, antes que nosotros, más que nosotros, del mismo modo que puede sentirse afectada una madre por todos los estados por los que pasa su hijo, porque se ha identificado totalmente con él.

Sería inconcebible que creyéramos en el amor de Dios por nosotros, que creyéramos que es verdaderamente Alguien que quiere nuestra felicidad y nuestra alegría, sin que creyéramos también que es el gran ser compasivo y el primero que sufre por todo lo que pueda sucedernos.

Por eso me pongo rabioso cuando oigo decir: «Dios permite el mal». ¡De ninguna manera! Dios no permite nunca el mal, lo sufre, muere con él, Él es el primer herido y, si hay un mal, es porque Dios es la víctima primera del mismo.

DIOS SUFRE PORQUE SE IDENTIFICA CON EL SER AMADO

Dios sufre por nosotros, en nosotros, antes que nosotros, más que nosotros, como una madre interior a nosotros mismos. *Ahora bien*, Dios no sufre con un sufrimiento que pueda afectarle destruyéndolo, *no*. Dios sufre por ese amor de *identificación* que es el amor puro, que es el amor sin reserva, el amor sin retorno, el amor puro don, que es la cuna eterna de nuestra vida.

Tenemos que ver a través de las sagradas llagas de Nuestro Señor y de su dolor impreso en los estigmas de san Francisco, el Rostro del Dios Madre, infinitamente más madre que la misma María.

Dios es Padre eternamente, pero también es Madre eternamente, y todo lo que hay de ternura, de grandeza y de generosidad en el amor de las madres no es más que un reflejo lejano y como el eco amortiguado de Su Amor.

EL EVANGELIO NOS ANUNCIA A UN DIOS FRÁGIL Y DESARMADO ENTREGADO EN NUESTRAS MANOS

Si yo pudiera resumir toda mi fe, quedaría verdaderamente así: creo en la vida de Otro en mí, creo en el riesgo infinito de Dios, creo en la tragedia eterna del Amor crucificado, creo en la fragilidad de Dios porque, si bien no hay nada más fuerte que el amor, tampoco hay nada más frágil.

Dios frágil: ese es el dato más conmovedor, el más estremecedor, el más nuevo y el más esencial del Evangelio: un Dios frágil entregado en nuestras manos, un Dios frágil confiado a nuestra conciencia.

Dios es frágil y está desarmado, hasta tal punto que nos corresponde a nosotros protegerle contra nosotros mismos. Esa es la luz de la Cruz: Dios muere de Amor por aquellos que se niegan obstinadamente a amarle.

EL DIOS FRÁGIL ES UN CORAZÓN Y NO PUEDE REVELARSE MÁS QUE A UN CORAZÓN

Hay un *yo* universal, un *yo* que está oculto en el fondo de toda alma humana, un *yo* que nos reúne, un *yo* que nos pone en comunicación, un *yo* frágil, secreto, silencioso como la llama del cirio, y ese es el verdadero Dios, no hay otro...

Un Dios frágil, infinitamente frágil, hasta tal punto que lo olvidamos con enorme facilidad, pues la menor distracción nos basta en cierto modo para volverlo nulo y aniquilar su existencia a los ojos de nuestra grosera conciencia que sigue estando presa en lo sensorial.

Sin embargo, de vez en cuando, cuando se da un momento de silencio profundo y total, entonces aparece de repente el fondo del ser, se revela el verdadero rostro, comienza la vida, nace el alma y, a través del alma que nace, es Navidad, porque Dios manifiesta también su Rostro. No puede hacerlo de otro modo.

Todo lo que podemos saber de Dios, lo sabemos por el hombre. Y es que Dios es una Persona, es una Intimidad, es Alguien, es un Corazón, y un corazón no puede revelarse más que a otro corazón, una persona no puede manifestar su secreto más que a otra persona, una Presencia real no puede ser experimentada más que por el impulso del corazón que responde a su llamada.

Dios viene, como dice Nietzsche, con paso de paloma. Hace tan poco ruido que es fácil no darse cuenta.

NUESTRA FUERZA ESTÁ EN LA FRAGILIDAD DEL AMOR ETERNO

La Presencia puede desaparecer en nosotros en un instante, porque, si bien penetra hasta el fondo de nosotros mismos, si nos libera, nos ilumina y nos apacigua, también

está afectada por una *fragilidad* infinita. Basta con un soplo para alejarla, para hacer desaparecer a ese verdadero Dios tan íntimamente presente en nosotros y tan únicamente revelador del hombre y del universo.

Y, si tomamos conciencia de esa *fragilidad*, si sentimos esa responsabilidad que llevamos encima, eso mismo basta para comprender que no existe otro problema para nosotros que salvar en nosotros esta Vida de Otro.

No existe otro problema para nosotros que volver siempre a esta luz maravillosa. Una luz que nos muestra que no estamos solos en nosotros mismos y que no somos nosotros quienes cuentan sino Él, Él que es la Vida eterna.

No es posible superar las pasiones humanas si no lo hacemos hoy, ahora y en este mismo instante, para vivir de una vida infinita que ya está ahí, aunque se trata de una vida infinita frágil y que, para consolidarse en nosotros y a través de nosotros, depende de la fidelidad de hoy.

Es hoy cuando hemos de arraigarnos en la vida eterna, y eso es lo que se desprende con mayor claridad de cualquier experiencia cristiana. En eso consiste la paradoja del Evangelio: la única protección, la única garantía, la única liberación auténtica de nuestra fragilidad, es la fragilidad del Eterno Amor que nos otorga un crédito infinito.

Dios es tan frágil en nosotros que, si no le ofrecemos nuestra fidelidad en este mismo momento, corre el riesgo de estar en nosotros como inexistente.

UNA DERROTA INIMAGINABLE

Nuestro Señor, con su fragilidad, marcha hacia Jerusalén, la mirada fija en la Cruz. Sabe muy bien que la más elevada manifestación del Poder de Dios, que es todo Amor, es esta derrota inimaginable que va a sufrir cuando muera en la Cruz, una locura que supera toda sabiduría, porque con ella alcanzamos el corazón de la generosidad.

LA CAMPANA DE NAVIDAD, EN NAGASAKI, NOS DA A CONOCER LA FRAGILIDAD DE DIOS

En *Las campanas de Nagasaki*, al precio de unos esfuerzos inauditos, consiguió hacer sonar el doctor Nagai, la noche de Navidad que siguió a la catástrofe atómica, una campana, iera todo lo que quedaba de la catedral!

Es una llamada a todos los hombres, una llamada a ser humanos, una llamada a crear un mundo digno de Dios y digno de nosotros mismos, una llamada a cumplir nuestra vocación y nuestro destino.

¡Qué conmovedora es esta llamada que, a través de nuestro destino, nos confía el destino del mundo y de Dios!

Y qué significa esta campana que resuena en la noche de Navidad (en el corazón de este mundo «roto» por la bomba) sino que Dios es frágil como el Niño de Belén, tan frágil que podemos ahogar Su voz, tan frágil que no puede revelarse más que a través de nuestra vida y en la medida en que esta se vuelve auténtica.

EL DIOS AMOR ES UN DIOS VÍCTIMA

Este Dios Amor, el gran compasivo, es también un Dios Víctima, pues no puede hacer otra cosa que amar, pero su amor podemos hacerlo fracasar nosotros, y ese fracaso es la Cruz.

En consecuencia, es verdad que Dios puede morir y que la criatura tiene el poder de matar a Dios. San Francisco de Asís no acabará de llorar nunca por la Pasión de Jesucristo hasta volverse ciego.

Dios no puede entrar en nosotros más que con el consentimiento de nuestra libertad y, si nuestro corazón se cierra, si nuestra alma queda bloqueada, Dios mismo queda exiliado, Dios mismo no puede hacer otra cosa que morir.

¿POR QUÉ ENTREGA DIOS SU VIDA POR NOSOTROS?

Nos encontramos aquí en el corazón del cristianismo.

Y es que, a fin de cuentas, lo que lleva a cabo Nuestro Señor en su Pasión es precisamente afirmar ante Dios la igualdad entre el hombre y Dios. Si Dios entrega Su Vida por el hombre, si no quiere reconquistarlo más que a este precio, es que para Él el hombre es igual a Dios mismo.

¿Nos damos cuenta verdaderamente, cuando miramos a la Cruz, de esta ecuación sangrienta: *Para Dios, el Hombre es igual a Dios?*

¿Nos damos cuenta de que Dios se ha comprometido hasta la muerte para no constreñirnos, para hacernos descubrir nuestra libertad y consumarla, para ser en nosotros el fermento de nuestra propia liberación?

LA RESURRECCIÓN

LA RESURRECCIÓN EN EL CORAZÓN DEL EVANGELIO

Cuando nos desprendemos de nosotros mismos, vemos lucir el alba de la Resurrección detrás de la Cruz: es preciso que nuestra alma resucite, que nuestro cuerpo resucite, que la tierra resucite, que el mundo entero resucite con nosotros, al mismo tiempo que aceptamos convertirnos en la cuna de Dios en todos y en cada uno.

Lo llevaremos a cabo intentando escuchar, escuchar detrás de esos rostros cerrados, contraídos, prefabricados, destrozados por el dolor y la angustia, intentando descubrir detrás de esos rostros el Rostro de la eterna infancia y de la inocencia desgarradora que se nos confía en cada uno. Este Rostro se pone en nuestras manos y quiere nacer hoy en nosotros, como todos los días y en cada momento, en cada mirada y en cada latido de nuestro corazón, porque eso es el corazón del Evangelio.

Lo que ahora nos toca a nosotros es vendar todas las heridas de Dios y, al desprender a Cristo de la Cruz, dejándole resucitar en nosotros, resucitar también a toda la Historia, a toda la Humanidad y a todo el Universo.

LA RESURRECCIÓN Y LAS APARICIONES

La Resurrección del Señor es la afirmación más evidente, la más profunda, la más conmovedora y la más magní-

fica de la voluntad eterna de Dios. Dios quiere que todo en nosotros sea vida, libertad, nobleza, grandeza y alegría.

El Evangelio de las apariciones del Señor puede transformar nuestra vida de manera radical... Nos llama a alcanzar la muerte a nuestra vez extirpando sus raíces en nosotros mediante la transformación de nuestra vida en una ofrenda de amor.

EN EL CORAZÓN DEL MISTERIO DE LA RESURRECCIÓN

Lo que estalla en el corazón del misterio de la Resurrección es que el amor es más fuerte que la muerte, porque Nuestro Señor ha entrado en la muerte únicamente por amor a nosotros.

Entró en esa espantosa soledad a la que alude el «*descendió a los infiernos*» del Credo. Eso significa que conoció, solo, la más espantosa y desesperante soledad, y lo hizo para liberarnos de ella, a fin de que no muramos ya solos, puesto que, en adelante, Él atravesará la muerte con nosotros. Y cuando ya no estamos solos en la muerte, cuando la Vida nos transporta en la muerte, cuando en la muerte nos asiste el Amor, entonces la muerte queda vencida y superada definitivamente en lo que tiene de más inaceptable.

El poder del Amor es un poder de despojo y de liberación. El que ama no se mira, se desprende de sí mismo, se convierte en un espacio para acoger al otro. Quien ama ya no presenta batalla a los ladrones ni a los fenómenos ni a la muerte, como de una manera tan magnífica nos reveló san Francisco en su propia muerte acogéndola con júbilo y admiración, porque sabía que iba al encuentro de este Amor que habitaba en él y estaba oculto como un inmenso secreto en el fondo de su corazón.

Y este secreto lo llevamos en nosotros mismos, puesto que Jesús no nos espera sólo en el momento de la muerte, sino ya desde ahora, en cada latido de nuestro corazón.

LA RESURRECCIÓN Y PENTECOSTÉS

La Cruz no fue la última palabra, la libertad del Espíritu se acreditó en la Resurrección; ahora bien, la Resurrección fue una confidencia hecha a los íntimos y no una proclamación a los cuatro vientos. Jesús no fue a confundir a sus enemigos mostrándose a ellos en un desafío que los mataría, fue en una confidencia a sus íntimos como se manifestó en cuanto vencedor de la muerte con una forma de hombre libre, puesto que sus manifestaciones se adaptaron a cada uno, según lo que pretendían significar para cada uno.

Por otra parte, los discípulos no supieron qué hacer con esta Resurrección... hasta el momento en que... consumidos por el fuego de Pentecostés, recibieron el bautismo que los interiorizó y los condujo a reconocer a Jesús como interior a ellos mismos, dado que Jesús es interior al hombre.

La Resurrección afecta hoy a nuestra vida y cada uno de nosotros está llamado, con una urgencia infinita, a resucitar.

Si Dios no es para nosotros la respiración de la libertad y del amor, entonces no es interesante. No lo es más que si aparece de verdad en el corazón de la vida como una fuente que no cesa de renovarla convirtiéndola en una aventura infinita.

CRISTO, UNA VEZ RESUCITADO, RESTABLECE LA ARMONÍA QUERIDA POR DIOS

La Humanidad de Cristo resucitado no depende ya del Universo, aunque conserva el poder de manifestarse en él... El estado de Cristo resucitado nos estremece por ello, aun cuando manifieste una independencia (respecto al Universo) cuyo deseo más ardiente llevamos en nosotros.

El pecado original afirma justamente el carácter monstruoso de esta asociación o, más bien, de esta dependen-

cia del hombre respecto a las energías cósmicas de las que depende y le dominan, cuando en realidad deberían estar a su servicio y no constituir nunca una amenaza para él.

Dios no ha querido nunca esta situación de dependencia en que nos encontramos, puesto que Cristo resucitado, en la plenitud de la vida que hay en Él –es el *Príncipe de la Vida* (Hch 3,15)–, afirma que el estado normal de la Creación es justamente esa independencia del hombre respecto al Universo.

Jesús restablece la armonía que hay eternamente en el pensamiento de Dios, y afirma también en su Resurrección que Dios no ha querido nunca otra cosa que esta libertad de un hombre señor del Universo, capaz, no de someterlo, sino de transfigurarlo y convertirlo en una ofrenda de amor.

EL MISTERIO DE LA
CREACIÓN

**LA POBREZA DE DIOS SE ENCUENTRA EN EL CORAZÓN
DEL MISTERIO DE LA CREACIÓN**

Es preciso que apoyemos constantemente nuestra conducta en el despojo de Dios en Dios.

Pero hemos de comprenderlo bien: ser perfectos como el Padre celestial es perfecto consiste en tener un alma de pobre y realizar la primera bienaventuranza en la que la alegría perfecta es la alegría del don.

Eso nos introduce en el corazón del misterio de la Creación.

La Creación no es obra de una varita mágica que suscita el ser a partir de la nada.

La Creación tiene su secreto, su misterio, en esta Pobreza radical donde Dios se expropia de Sí mismo, donde no cesa de vaciarse y de dar para ser la plenitud del amor.

Eso equivale a decir que la Creación es el fruto del Amor.

Eso equivale a decir que el Dios que no es más que amor, que no puede poseer nada, que es el antinarciso y el antiposesión, no nos toca ni puede tocarnos más que por el Amor.

LA CREACIÓN INAUGURA UNA HISTORIA NUPCIAL

La Creación inaugura una historia nupcial, una historia con dos personajes, que no puede llevarse a cabo sin el

consentimiento de criaturas inteligentes, del mismo modo que la educación dada por un padre ideal no puede lograr su objetivo más que con el sentimiento del hijo. Si este no da su consentimiento, ni todo el amor del padre podrá obligarle al don de sí mismo; en consecuencia, el padre puede fracasar a pesar de la intensidad y la generosidad de su amor. También Dios puede fracasar, porque no puede obligar a esta libertad que ha entregado a sí misma.

El Amor no puede nada si no cuenta con el consentimiento del amado.

El *sí* del novio no basta, hace falta también el *sí* de la novia para que tenga lugar el matrimonio.

La Creación no puede ser obra sólo de Dios, la Creación es una historia con dos personajes.

El universo es como una casa que no puede ser construida más que por el amor, y ese amor ha de ser necesariamente un amor de reciprocidad. Dios no puede construir el mundo él solo, necesita el consentimiento del hombre, o de una criatura semejante al hombre si es que las hay en otros planetas, porque Dios no puede haber creado el Universo de otro modo que por Su Amor.

Y el Universo no puede recibir esa irradiación del Amor de Dios más que por un Amor recíproco, y si en el Universo no hay nadie para amar, nada llega a ser, el mundo no puede hacer otra cosa que deshacerse, descrearse. Esa es la razón por la que es preciso decir que el mundo no existe aún en tanto el hombre (en tanto todos los hombres) no responde (no responden) mediante su amor al amor de Dios.

NECESIDAD DEL DIÁLOGO DE AMOR

El mundo, en su armonía y su belleza, no puede constituirse más que a través de ese diálogo de amor en el que Dios conversa con nosotros y nosotros con Él. Y cuando ya no hay amor, ya no hay creación o, al menos, la crea-

ción aborta y se convierte en un fracaso, como ocurre siempre en un hogar cuando no está construido sobre el amor. En cuanto se interrumpe el diálogo, en cuanto el amor decrece, toda la casa se hunde.

LA CREACIÓN ES OBRA DE UN DIOS VERDADERAMENTE PADRE

Un padre, si es digno en verdad de ese nombre, sabe muy bien que existe, en la conciencia de sus hijos, un ámbito inviolable. Sabe que no tiene derecho a recurrir a su dependencia material respecto a él para obligarles a pensar como él y a querer lo que él quiere. Sabe que, para formar las conciencias de sus hijos en el respeto a sí mismas, debe ser el primero en respetarlas y anulará en cierto modo su dependencia respecto a él, anulará todos sus beneficios en el orden material mediante la delicadeza de su amor. Quiere tomarlos así en ese nivel de igualdad en el que una conciencia se ve confrontada con otra.

Dios, como el mejor de los padres, quiere «anular» todo lo que le debemos por el hecho de haber sido creados por Él¹, todo lo que debemos a la Creación que realiza en nosotros al darnos el ser, pues eso no es más que la condición de una relación nupcial entre Él y nosotros, una relación de puro amor, de suerte que Dios no querrá nunca hacer interferir su poder creador en el interior de esa relación que quiere ser enteramente libre.

Para un padre digno de este nombre nada cuenta más que esta eclosión de la persona y esta maduración de la conciencia cuando se trata de su hijo, pues el sentido mis-

1. Es como si, para que estemos en una relación de igualdad con Él, Dios quisiera hacer que nosotros fuéramos como seres que no han sido creados, dado que Él mismo no lo ha sido. El amor más grande, cuando es verdadero, no puede hacer otra cosa más que querer hacer de aquel o de aquella a quien ama su perfecto igual.

mo de la paternidad consiste en suscitar una personalidad inviolable que descubra en el fondo de sí misma al Dios Vivo como fundamento de su dignidad.

LA CREACIÓN NO ES LO QUE DEBERÍA SER

Tenemos que reconocer que la Creación no es lo que debería ser, no es tal como Dios la quiere, no es lo que Dios quiere más que en esperanza (Rm 8,20s).

En consecuencia, no es prudente partir de la Creación tal cual es como base de la demostración de la existencia y de la perfección de Dios.

Dios no es el Creador de este mundo en el que vivimos. Dios no es el Creador de este mundo en el que corren las lágrimas y la sangre, de este mundo donde la muerte es la condición de la vida.

Dios es inocente, Dios no tiene nada que ver con la muerte, no tiene nada que ver con el sufrimiento.

Dios no tiene nada que ver con el mal, y Su Grito de inocencia resonará a lo largo de toda la Sagrada Escritura hasta el magno grito de la Agonía de Jesús: «Padre, si es posible, aleja de mí este cáliz», hasta el magno grito, el último, el que lanza Jesús en la Cruz justo antes de morir: «¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has abandonado?».

LA VERDADERA CREACIÓN ESTÁ EN COMPÁS DE ESPERA

«La creación, en efecto, fue sometida a la caducidad, no espontáneamente, sino por aquel que la sometió, en la esperanza de ser liberada de la esclavitud de la corrupción para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Pues sabemos que la creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto» (Rm 8).

Eso significa que el mundo, el verdadero, no existe aún, que la verdadera Creación está en compás de espera, que está delante de nosotros y que, por consiguiente, el verda-

dero Dios no será conocible más que en el momento en que la verdadera Creación haya recibido su culminación.

Si este desarrollo cabal de la Creación puede parecer realizado ya en la Biblia o en los catecismos, es en la medida en que, precisamente, la Biblia y el catecismo se muestran a veces retrospectivos, en la medida en que nos conducen a un pasado ya superado y no nos muestran las perspectivas propias del Evangelio y a las que se refiere el apóstol Pablo a través de una visión más profunda cuando nos presenta el Universo como esperando la realización del amor.

UNA TORPE JUSTIFICACIÓN DE NUESTRAS CREENCIAS

La mayoría de los creyentes intenta justificar su creencia presentándola, de manera muy torpe, como una explicación del mundo. El mundo ha empezado a existir, en consecuencia hace falta alguien para crearlo. Nosotros existimos, pero no somos los dueños de nuestra existencia, podemos morir en cualquier momento, en consecuencia dependemos de alguien.

Estos argumentos, y todos los parecidos, no me afectan en absoluto: primero, porque es muy difícil de probar que nuestro mundo ha comenzado; a continuación, porque, si hay verdaderamente alguien detrás de una naturaleza organizada de este modo, detrás de todos estos sufrimientos cuya suma es infinita, ese alguien corre gran riesgo de aparecer como un monstruo, o como mínimo como alguien absolutamente indiferente, pero que sería entonces más demoníaco que divino.

DIOS CREA TODO PARA EL ESPÍRITU Y PARA EL AMOR

Dios no ha creado los guijarros para los guijarros, ni la tierra para la tierra. Ha creado todo eso para el espíritu, para el pensamiento, para la verdad, para el amor.

Y todo el Universo es nuestro cuerpo al que debemos infundir un alma a su medida (un alma infinitamente gran-

de), porque somos llevados y alimentados, primero, por él, él nos abastece de oxígeno y nos protege contra los rayos cósmicos.

Ahora bien, si es la tierra la que nos lleva primero, a nuestra vez hemos de ser nosotros quienes la llevemos a ella y a todo el Universo.

Tenemos que cargar con todo el Universo, con ese gran cuerpo que es el nuestro, un Universo que no puede respirar el amor más que a través de nosotros.

Y tenemos como tarea llevar el Universo a su acabamiento para convertirlo en una ofrenda que responda a ese Amor infinito que es el Dios vivo, ese Dios que no puede más que ofrecerse eternamente, sin imponerse jamás.

La negativa a ser origen, todas las experiencias que el hombre ha podido y puede hacer, todas las tomas de conciencia de esta negativa que constituye propiamente la falta original, del mismo modo que toda falta..., todo eso nos hace comprender que la historia del mundo es una historia con dos personajes, una historia de amor que Dios no puede llevar a su fin solo.

Y es que Dios es Espíritu, Dios es intimidad, Dios es Amor, y no dispone de otro medio para obrar sobre otra realidad más que el espíritu, el amor.

Por eso la bisagra del Universo, la bisagra del acto creador, es el pensamiento, es el corazón, es el amor de la criatura inteligente y libre.

A través de ella se comunica el impulso creador y, si falta la criatura inteligente y libre, si está ausente, si se niega, es toda la creación la que aborta, la que fracasa y la que se vuelve una decreación.

ES PRECISO QUE NUESTRA ALMA ABANDONE SUS LÍMITES

«El abismo de mi espíritu no cesa de invocar con un grito al abismo de Dios. Dime, de estos dos abismos, ¿cuál es el más profundo?»

Eso es lo que dice Angelus Silesius en un magnífico cuarteto, y acierta plenamente: los abismos de Dios, Sus abismos de luz y de Amor no pueden sernos conocidos más que a través de los abismos de nuestra alma, cuando nuestra alma ha abandonado sus límites, cuando ha superado sus fronteras, cuando se ha convertido en un espacio de luz y de amor.

LA ÚNICA MANERA DE CONCEBIR EL GESTO CREADOR

El Dios Espíritu, el Dios Trinidad, es eterna comunión de amor, es infinitamente libre de sí mismo, es puro *don*. ¿Qué quiere suscitar entonces? ¿Cosas? ¿Cosas que serían opacas a Su luz? ¿Cosas que no serían capaces de conocer Su amor ni darle una respuesta?

¿O bien quiere comunicarse Él mismo y suscitar seres semejantes a Sí mismo?

No puede más que querer crear personas y suscitar en ellas ese bien supremo que es la libertad de un ser que se asume plenamente y que no se alcanza a sí mismo, como ocurre en Dios en primer lugar, más que entregándose del todo a través de la alegría del amor.

Parece ser que, a la luz de la Santísima Trinidad, no podemos concebir el gesto creador más que en esta dirección y animado por esta intención, dada la intensidad con que la libertad, en el sentido en que resplandece en el corazón de la Trinidad, aparece como el fin mismo del acto creador.

NUESTRA VOCACIÓN COMO HOMBRES CONSISTE EN LLEGAR A SER ESPÍRITUS

Esa es, por tanto, nuestra vocación más misteriosa y profunda: espiritualizarnos y, con ello, trascender este mismo mundo exterior no viendo ya en él más que un signo y un Sacramento de la eterna Presencia, escapar así a

las servidumbres del mundo exterior y circular por toda realidad con una libertad soberana, tras habernos liberado totalmente, en primer lugar, de nosotros mismos.

El Hombre debe volver incesantemente sobre este descubrimiento del pensamiento y sobre su importancia. Este descubrimiento es urgente porque todos los problemas que nos planteamos se reducen al fin y al cabo a uno solo: ¿Qué es el hombre? ¿Cómo puede realizarse el hombre de manera cabal? ¿Cómo crear al Hombre en sí mismo para que se convierta en un bien universal?

Esto nos abre unos inmensos horizontes, porque convertirse en un bien universal es la única grandeza que se pueda proponer a todos y a cada uno sin mentir.

La experiencia nos muestra que todas nuestras relaciones humanas se basan en una *reciprocidad* de amor, y allí donde no hay amor (en el hombre que lo rechaza), no puede revelarse el Amor.

Y el fracaso de la Cruz, el fracaso de la Agonía hasta el don de Su Vida, el fracaso de Dios es, a la vez, precisamente la revelación más excelsa de lo que es Dios: el Amor que no es más que Amor, y de aquello que nosotros tenemos que llegar a ser: espíritu, es decir, pura interioridad, independencia absoluta, valor universal.

No cabe duda de que aún no somos «espíritu», pero tenemos que llegar a serlo, tenemos esta vocación inmensa y maravillosa que hace de la vida humana lo más precioso y más capital que pueda existir en el Universo, porque el espíritu es una realidad que se sostiene a sí misma, una realidad que es fuente, origen y fin.

EL MUNDO ESTÁ PENETRADO DE ESPÍRITU

Tenemos que aprender esta dialéctica (esta manera de superar la contradicción o la oposición), tenemos que comprender que todos los problemas tienen dos caras (que se oponen), que la materia hace de (joue) o, más bien, que deja

actuar (jouer) en ella al espíritu, que el espíritu se expresa a través de la materia, que el hombre es una aspiración a Dios y que Dios se aloja en ese hueco que nuestra libertad va dibujando a medida que nos despegamos del animal.

El mundo no es una mecánica ciega, sino un cuerpo dotado de razón. Está penetrado de espíritu y es capaz de introducir nuestro pensamiento en una contemplación inagotable.

LA MATERIA ES TRANSPARENTE AL ESPÍRITU

Si queremos corresponder a la expectativa de nuestros contemporáneos y luchar contra este materialismo espeso y bestial que se muestra por doquier (aquí se trata del materialismo como estado de espíritu orientado hacia la búsqueda de los placeres y de las satisfacciones materiales), no hemos de olvidar que procede de un equívoco profundo mantenido por la ciencia y divulgado por los periódicos. Esta ciencia, divulgada por la ignorancia y deformada por la publicidad, le ha dado la impresión al mundo moderno de que la materia es todo y lo explica todo, y que no hay nada más allá (volvemos aquí al sentido primero de la palabra materialismo, como doctrina que afirma que no existe nada al margen de la materia y que el mismo espíritu es también enteramente material).

Sí, la materia es todo, aunque en estado de superación. Sí, la materia es todo, aunque transparente al espíritu. La materia es todo, aunque abierta al pensamiento y capaz de transformarse gracias a las manos del hombre, que la pliega a su lógica, que la hace entrar en los espacios de su saber y va extendiendo cada vez más la marca de su humanidad sobre el Universo.

Es absolutamente necesario que entremos en este mundo que nos rodea como los testigos de una vida total, de una vida armoniosa, de una vida en la que todos los aspectos de la existencia están integrados: la materia y el espíri-

tu, el determinismo y la libertad, el mundo y Dios, sabiendo que la libertad es, al cabo, el pensamiento que alcanza su cima convirtiéndose en una llama de generosidad.

NOSOTROS NO ESTAMOS ATADOS YA POR NUESTRO PASADO

El mundo comienza, la Creación vive un nuevo comienzo a cada latido de nuestro corazón, y hoy, cada día, es el día primero. No estamos atados ya por nuestro pasado, sabemos que un solo movimiento de nuestro corazón nos vuelve a poner frente al Dios Vivo y que con Él la vida se vuelve nueva del todo, pues cada vez que nos acercamos a Él se produce un nuevo nacimiento.

«*Yo es Otro*» (expresión del poeta Rimbaud que a Maurice Zundel le gusta repetir con gran frecuencia ampliando su sentido al Infinito), *Yo es Otro* en el que todos tenemos las mismas raíces y nos permite reunir a todos los vivos y a todos los muertos, los próximos y los más alejados. Todos están dentro de nosotros, o bien nosotros dentro de ellos, es lo mismo, porque no hay más que un solo Punto focal, ese único Punto en torno al cual gravita esa circunferencia inmensa que incluye toda la Historia y todo el Universo.

Ahora bien, en ese Punto todo está presente, en él se derrumban todos los muros de separación y se recuperan todas las ausencias. Ya no hay vivos o muertos puesto que todos son *uno* en el Corazón de Dios que late en el nuestro.

LA VERDADERA CREACIÓN ESTÁ DELANTE DE NOSOTROS Y EMPIEZA CUANDO EL HOMBRE SE CONVIERTE EN ÉL MISMO

San Pablo nos presenta toda la Creación como sometida a la vanidad, es decir, alienada de sí misma y mantenida fuera, presa de los dolores de parto mientras espera nuestra liberación.

La Creación está alienada de sí misma, mantenida fuera como Agustín cuando todavía era esclavo de su cómplice.

Me parece que esta visión corresponde a la de un Universo y a la de una humanidad *embrionarios*, a la de un mundo-robot que hemos de abstenernos de mezclar con Dios si no queremos convertirlo en una caricatura.

«*No estamos en el mundo, la verdadera vida está ausente*». ¡Qué justas y profundas son estas palabras de Rimbaud! Es la traducción más breve y más sencilla de la concepción de san Pablo.

Todo lo prefabricado, todo ese ser prefabricado que empezamos siendo nosotros, nos oculta la verdadera Creación que hay delante de nosotros y que comienza en el momento en que llegamos a ser, por fin, nosotros mismos a través del diálogo nupcial que entablamos con Aquel que es más íntimo a nosotros mismos que lo más íntimo de nosotros mismos. Todo está por hacer, puesto que nuestra primera tarea es la de hacernos en vez de sufrimos.

La inmensa mayoría de los hombres están pegados y fijados a sí mismos por un cordón umbilical imposible de cortar y, al final de sus aventuras, se encuentran (semejantes a) ellos mismos, inalterados, tal como eran el día de su nacimiento, cargando con el fardo intolerable del determinismo de las cosas prefabricadas.

Está muy claro que, si la vida humana se limita a eso, si no podemos salir de nosotros mismos, si estamos fijados a nuestro pasado, la vida humana carece de toda significación. Si la vida humana tiene un sentido, sólo viviremos saliendo de nosotros mismos.

II

EL HOMBRE

EL HOMBRE NO HA NACIDO TODAVÍA

Cuando vemos que casi todos los recursos de la humanidad están monopolizados por la guerra y que, a causa de la rivalidad entre los dos Grandes, se cierne una amenaza sobre todos los continentes, no es posible dejar de pensar que el hombre no existe. No digo sólo que el hombre está loco, sino lisa y llanamente que no existe.

El hombre no ha nacido todavía. Los hombres pueden contarse con los dedos. Hay momentos, instantes de humanidad, pero, con mayor frecuencia, la mayoría de los seres de la mayor parte de las familias y de las naciones no son hombres. Son biología, impulsos pasionales, resentimientos, ambiciones, son corrientes salidas de glándulas o de nervios.

¡No hay nadie! ¡No hay nadie! Y, sin embargo, detrás de todos esos rostros hay posibilidades infinitas. Es preciso que volvamos a encontrar, brotando de *Una temporada en el infierno*, la expresión de Rimbaud: «*Yo es otro*». Esa expresión se equilibra con aquella otra de Sartre: «*El infierno son los otros*», permitiéndonos superar nuestra desesperación.

EL NACIMIENTO DEL HOMBRE VERDADERO*

El padre Kolbe, ahora san Maximiliano Kolbe, se ofreció en lugar de un padre de familia tomado como rehén,

para morir con otros nueve detenidos en un búnker del campo de Auschwitz.

En el campo tuvo lugar una respiración verdaderamente humana. Por fin, se veía a un Hombre, a un hombre que era más grande que la muerte, que otorgaba a la vida un valor infinito, puesto que entregaba la suya a uno de sus hermanos.

Y se notaba que iba a entrar en la muerte como un gran viviente, porque iba a llevar a cabo a través de la muerte esa plenitud del bien, de la grandeza y de la libertad en la que todos los hombres se reconocen a sí mismos como en su vocación esencial.

Y, tras el inmenso terror, apareció en el campo esa especie de alegría pascual, esa amplia respiración humana, esa impresión de vivir un encuentro con la Presencia única, al margen de la cual no puede realizarse ninguna presencia. Y, para acabar esta obra maestra, el padre Kolbe, entrado en el búnker del hambre con sus compañeros, los hizo cantar, como si la vida triunfara, porque estaba triunfando, en efecto, en este Hombre único.

Había bastado con este Hombre único para que esta humanidad quedara transfigurada un instante y reconociera aquello a lo que estaba llamada. Justamente aquí se transparenta Dios en el hombre, como el hombre se transparenta en Dios. Es también el único encuentro auténtico con el Hombre: esta transparencia del hombre en Dios, y este transparentarse de Dios a través del hombre.

EL MOMENTO EN QUE EL HOMBRE LLEGA A SER DE VERDAD ÉL MISMO

El grito de admiración que el heroísmo del padre Kolbe arranca a los verdugos de Auschwitz atestigua que cuando se llega a un determinado grado de generosidad la vida se convierte en luz. Se convierte en una luz tan penetrante que se insinúa en las conciencias más cerradas, como la revelación de un mundo desconocido y maravilloso donde

el hombre es promovido, por fin, a sí mismo a través de un encuentro que le libera de sí mismo. Estamos perdidos si nos quedamos solos con nosotros mismos.

El hombre no es verdaderamente él mismo más que en el diálogo silencioso con ese Más-que-él-mismo cuyo encuentro suscita el espacio en que respira la libertad.

LA EXPERIENCIA DE SAN AGUSTÍN NOS HACE ASISTIR AL NACIMIENTO DEL HOMBRE AUTÉNTICO*

Agustín se dirige a Dios: *«Tú estabas dentro, y yo estaba fuera». «Tú estabas siempre conmigo, pero yo no estaba contigo».*

Lo que estalla de inmediato en esta confesión, que cada uno de nosotros podría hacer suya por lo actual y por lo despojada que está de toda contingencia, es ese paso del exterior al interior. Agustín se desalienta del robot prefabricado que era hasta entonces y que estaba situado entre las cosas, como simple objeto en medio de otros objetos.

De repente, se ve lanzado a su propia intimidad, inexistente e inaccesible hasta ese momento, y estalla ahora en él en un diálogo silencioso, en una conversación liberadora con esta Presencia que le esperaba y estaba ya ahí desde siempre.

Esa Presencia más íntima a él mismo que lo más íntimo de sí mismo se opone muy poco a su autonomía, que es, por el contrario, su clave, su revelación y su única garantía.

Por eso Agustín llamará a esta Presencia la Vida de su vida: *«A partir de ahora mi vida estará viva, repleta toda de Ti».*

La experiencia de Agustín nos hace asistir al nacimiento del Hombre auténtico en él. Pues ¿cómo vamos a recibir todo de nosotros mismos cuando estamos enteramente prefabricados, a no ser desapropiándonos de ese ser prefabricado que padecemos? Desapropiándonos con un impulso de amor hacia Otro, interior a nosotros mismos, hasta no tener más contacto con nosotros mismos que a través de ese don liberador donde nos unimos en Él y para Él.

El yo cómplice (de nuestro yo prefabricado) no puede cesar, en efecto, de mantenernos en la servidumbre más que transformándose de manera radical en un yo oblativo en el que se revela la personalidad y se constituye precisamente como *entrega* de sí.

Entonces es cuando empieza a nacer el Hombre auténtico.

EL YO ANIMAL APRISIONA AL HOMBRE

Es ese yo animal, ese yo cósmico, ese yo que padecemos y que es nuestra verdadera prisión, el que constituye el principal obstáculo para nuestro desarrollo cabal, para la libertad, para la grandeza, para la dignidad de toda nuestra vida, tanto la que se afirma exteriormente como esa otra que llamamos vida interior.

Para salir de la prisión donde nos tiene encerrados nuestro yo animal, tenemos que convertirnos a nosotros mismos en un valor universal que corona toda la Creación a través de un acto de libertad.

Sin embargo, todo se vuelve incomprensible en Dios y en nosotros, y también en el Universo que constituye el centro de gravedad de la Revelación, si esa Revelación no es la revelación de nuestra inviolabilidad en el misterio de la Cruz.

El Evangelio nos es infinitamente próximo, nos revela a nosotros mismos. Nos enseña cosas magníficas que no podemos descubrir nosotros mismos en nuestra propia intimidad más que permaneciendo en estado de gracia, es decir, de luz, de transparencia, de despojo, de apertura, en una adhesión total a Dios.

Cuando decimos: «yo» y «mí», ¿qué es, en realidad, ese «yo» y ese «mí»? Lo más frecuente es que no sea nadie.

Tengo aquí mismo un texto de Malraux absolutamente curioso y simpático: «*Mientras eres joven crees que hay personas importantes en la vida... Te pones a esperar. Más tarde*

empiezas a envejecer y te das cuenta de que no es verdad, no hay personas importantes. Nunca hay personas importantes, nunca.

SEGUIMOS ESTANDO ENGANCHADOS A NUESTRO YO INFANTIL

Seguimos estando enganchados a nuestro yo infantil.

Cuando empezamos a decir «yo» y «mí» éramos aún niños. Y ese «yo» y ese «mí» tenía que ver con lo que éramos entonces: un niño proyectado a la existencia por una herencia que no ha elegido, educado según principios que no ha elegido, repleto de los prejuicios de su raza, de su continente, de su siglo, de su lengua, de sus supersticiones, sin haber elegido ni siquiera su religión.

Es este ser (que hemos sido y que tal vez seguimos siendo), justamente este ser, puro resultado, haz de necesidades y de determinismos, el que empieza a decir «yo» y «mí», es decir, pronombres personales que pretenden significar un poder original de creación. Y dice estas palabras aplicadas a sí mismo, que no es más que resultado y colección de determinismos.

Y eso es lo que (¿tal vez?) hemos seguido haciendo a lo largo de toda nuestra vida. Hemos dicho «yo» y «mí» apoyados en ese ser infantil que hemos seguido siendo, y defendemos con garras y uñas algo que no somos.

La gran tragedia consiste en que ese «yo» y ese «mí» que defendemos y que respinga sin cesar, ese «yo» y ese «mí» vulnerable que constituye todos los resentimientos de nuestro amor propio, es un «yo» y un «mí» que nos ha sido impuesto.

Ese «yo» y ese «mí» al que estamos enganchados no es en modo alguno el nuestro, y se debe a un error ancestral e inveterado que sigamos llamando «yo» y «mí» a ese simple resultado ante el que nos encontramos el día en que empezamos a hablar y a pensar. Todo ese yo estaba ya prefabricado, y no tuvimos ni siquiera la posibilidad de elegir.

LA ÚNICA TAREA ESPECÍFICAMENTE HUMANA ES HACERSE HOMBRE

De nada sirve extrañarse, y menos aún indignarse, de las consecuencias que se desprenden por necesidad de una existencia truncada (como lo es necesariamente la del hombre incapaz de superarse), de una existencia entregada por eso mismo a todas las contradicciones.

Lo único que puede tener sentido para nosotros es reconocer que la única tarea específicamente humana es hacerse hombre, reconocer que todos nuestros problemas confluyen en este único problema, cuya mejor formulación debemos a Shakespeare: *«Ser o no ser, esa es la cuestión»*.

Tenemos una misión que cumplir, una misión inmensa, urgente y magnífica, y consiste en entrar a fondo en ese respeto al Hombre y al Universo aprendiendo nosotros mismos a superarnos.

Ni el alma tiene sentido, ni Dios está vivo más que para un ser que esté abierto, que se haya vuelto transparente y no haya cesado de querer superarse.

Mediante esta superación, constantemente perseguida e incesantemente recomenzada, es como daremos testimonio de Dios, del espíritu y de la libertad.

Si de verdad alcanzamos toda la talla del Hombre en nosotros, si existimos en plenitud, en forma de generosidad y de amor, ese testimonio será irrecusable. Y se verá en nosotros esa maravillosa revelación del Hombre cuya vocación consiste justamente en superar su naturaleza.

LLEGAMOS A SER VERDADERAMENTE PERSONAS PASANDO DEL EXTERIOR AL INTERIOR

Cuando san Agustín nos habla de su conversión como de un paso del exterior al interior, no habla, por supuesto, de un exterior físico, habla de un exterior metafísico (que supera y trasciende el exterior físico). *«Yo estaba fuera»* sig-

nifica: yo era un extranjero para mí mismo, sufría mi vida, era esclavo de todo lo que me había sido impuesto por mi nacimiento, yo obedecía a mis nervios, a mis humores, a mi temperamento, a mis glándulas, no era el creador de mí mismo, no era ni un comienzo, ni un origen, ni un espacio, no era más que una cosa. En vez de ser alguien era algo.

Pero el encuentro con Dios, haciéndome pasar del fuera al dentro, me hizo pasar de algo a alguien, y todo mi ser fue cogido por dentro.

Al decir dentro quiero decir en ese universo inviolable que escapa a toda constrictión y que es el universo de la Persona.

ES PRECISO LLEGAR A SER PERSONA PARA LLEGAR A LA VERDAD

A Claudel le debemos este juego de palabras que se ha hecho célebre: «*Conocer es co-nacer*», lo que significa que, para conocer de verdad, es preciso nacer a una vida auténtica. Es preciso «*algo que somos antes* (o en lo que nacemos antes), *llegar a ser alguien*», como decía Flaubert.

Nos hace falta llegar a ser alguien y, según la terminología agustiniana, eso se lleva a cabo pasando del exterior al interior.

Dicho de otro modo, para alcanzar la verdad (de nuestro ser) hemos de convertirnos en *Persona*.

Eso implica inmediatamente que la verdad se sitúa y se revela, no en el universo de las fuerzas ciegas que agitan nuestras pasiones, sino en el Universo-Persona que hemos de constituir liberándonos de nuestro yo biológico.

CAMBIAR DE MIRADA

Es imposible llegar a la verdad en un estado pasional. La mayoría de las discusiones están viciadas por las exigencias de una subjetividad cómplice de sus límites. Cada

uno quiere que lo que él afirma sea la verdad, las razones vienen sólo después, las descubrimos para las necesidades de una tesis planteada *a priori*. Y aunque después podamos decir cosas que son verdaderas, las falsea la iluminación pasional. Aumentamos el peso de los argumentos favorables, callamos y escamoteamos las objeciones.

Vemos según somos. O, dicho con mayor exactitud, según lo que hemos elegido ser. Lo que significa que, con mayor frecuencia, vemos según los apetitos del yo posesivo con el que, por lo general, estamos inclinados a identificarnos tomando el partido de nuestros prejuicios individuales o colectivos.

Para ver de otra manera, sería preciso que *cambiáramos de mirada*. Y para cambiar de mirada, deberíamos *cambiar de ser* evacuando el yo pasional que nos hechiza, negándonos a padecer el ser prefabricado que tenemos de nuestro nacimiento, con todos los límites que nos impone.

ES PRECISO HACERSE HOMBRE PARA ENCONTRAR AL ÚNICO VERDADERO DIOS

Meter a Dios entre lo prefabricado, mezclar a Dios con todo este universo embrionario y todavía infrahumano (que está detrás de nosotros) es hacer de Dios una caricatura impensable e inaceptable. Sabremos quién es Dios sólo cuando nos hayamos hecho nosotros mismos. Sabremos quién es Dios cuando nos hayamos convertido en un espacio de luz y de amor donde Él pueda difundirse. Entonces todos los problemas cambiarán esencialmente de aspecto, porque seremos nosotros mismos los que seremos puestos en tela de juicio por esos problemas.

Cuando nos hayamos hecho hombres, en la medida en que nos hayamos convertido en hombres, en la medida en que hayamos realizado la *dignidad* de nuestra persona y en la que seamos verdaderamente fuente y origen, en la medida en que triunfemos sobre lo prefabricado en noso-

tros transfigurándolo, en esa medida encontraremos (y podremos encontrar) al único Dios verdadero, al Dios Vivo, al Dios Espíritu que no puede revelarse más que en ese espacio de luz y de amor ilimitado en que nos habremos convertido.

NUESTRA VIDA DEBE BROSTAR DE UNA OPCIÓN LIBRE

¡Que toda nuestra vida brote de una opción libre!

Ser un hombre significa negarse a padecer cualquier cosa que no haya sido primero pesada, probada y hecho a la vez infinita y transparente. En cuanto padecemos, nos convertimos en *cosas*.

Para ser *personas* es preciso que nuestro ser, nuestra existencia, nuestro organismo, toda nuestra vida brote de una opción totalmente libre, cosa que, como es evidente, no se puede llevar a cabo más que convirtiéndonos a nosotros mismos en una ofrenda a la Luz que subsiste en nosotros y que es la Presencia infinita.

Hemos de surgir, hoy, como seres completamente nuevos y dar al mundo, mediante la creación de nosotros mismos, su verdadera significación. Le añadiremos lo que no puede existir sin nosotros, convirtiéndonos en el Cuerpo de Dios, y permitiendo al Dios Vivo realizarse y revelarse a través de nuestro rostro.

NUESTRO ORIGEN PROPIAMENTE HUMANO Y NUESTRA VERDADERA VIDA ESTÁN DELANTE DE NOSOTROS

Nuestra humanidad se sitúa delante de nosotros. Nuestro origen humano está delante de nosotros y no detrás. El Hombre verdadero está delante de nosotros y no detrás.

Detrás de nosotros están nuestros orígenes animales; delante de nosotros están nuestros orígenes humanos. Esta división es capital, pues no es posible comprender nada del hombre si lo buscamos en sus orígenes animales y en su

dimensión «prefabricada» (recibida en su nacimiento), en lo que ya está hecho y se nos impone, en lo que tenemos sin ser en modo alguno nuestro.

Nuestra verdadera vida está delante de nosotros. Nuestro verdadero origen depende de la opción que vayamos a tomar. Nos corresponde a nosotros hacernos, crearnos en nuestra dimensión humana. Nos corresponde a nosotros inscribir en la Historia algo que no puede existir sin nosotros, algo que llevaremos a cabo transformándonos de manera radical a través de ese nuevo nacimiento del que habla Jesús a Nicodemo como algo absolutamente esencial. La Historia humana comienza con nuestra iniciativa creadora.

EL HOMBRE «ESPÍRITU» ESTÁ DELANTE DE NOSOTROS

Todas las historias del pasado, todos los resultados registrados por la ciencia sobre la paleontología, la geología y el nacimiento de los mundos es algo infinitamente precioso e indispensable, pero no explica más que lo hay detrás de nosotros.

Muchas de las enormes confusiones que reinan en el mundo científico y también en el mundo religioso, que se oponen entre sí, proceden precisamente de que se ha limitado al hombre y al universo a la consideración del pasado, de habernos atenido sólo a los orígenes animales de la humanidad, de no haber visto que todo eso no es aún el Hombre.

El hombre, en cuanto fenómeno espiritual, en cuanto dignidad, en cuanto sujeto de derecho y capaz de grandeza, se sitúa delante de nosotros.

Pero lo que está delante de nosotros no lo conoceremos hasta que lo hayamos creado. Sabremos lo que es el Hombre cuando nosotros mismos nos hayamos hecho Hombres.

UN INMENSO DESCONCIERTO

La Revolución francesa se embriagó con sus declaraciones de derechos del hombre. Esos derechos fueron publicados y promulgados como las Tablas de la Ley. Parecía que la humanidad iba a vivir un nuevo comienzo, y que ese comienzo anunciaba un futuro incomparablemente más hermoso que todo lo que había precedido.

Y, bien poco después, vino el Terror. Fue preciso triturrar a todo el pueblo para hacerle entrar en nuevos marcos. Para implantar la justicia, fue preciso proceder a un inmenso baño de sangre, que, por otra parte, no resolvió nada, puesto que las guerras han seguido y la misma Revolución fue una inmensa empresa militar que terminó por somete a toda Europa.

Nosotros nos encontramos en medio de un inmenso desconcierto porque no hemos percibido lo Universal como idéntico a lo personal. No hemos comprendido que toda la riqueza del mundo está contenida en el corazón de cada uno y que, si existe alguna igualdad posible, no puede ser más que una igualdad de despojo y de liberación.

El marxismo se ha equivocado de una manera radical y trágica... La humanidad no subsistirá más que a golpes de porra si no recupera el sentido de una libertad que es una exigencia formidable de liberación.

NO SABEMOS YA DÓNDE SITUAR AL HOMBRE

«Hay demasiados hombres sobre la tierra. No hay que hacer más. Tener hijos se va a convertir en pecado, porque no sabemos ya dónde ponerlos». Pero cuando se habla de esa guisa surge una especie de duda que procede de que no sabemos ya dónde situar al hombre, o es que tal vez nunca lo hemos sabido.

No sabemos ya dónde situar al hombre. Ya no sabemos qué significa lo universal; fue confundido, primero, con el

conjunto de los hombres, pero se vio entonces que ese conjunto es algo extremadamente elástico y que, a fin de cuentas, ese conjunto, al crecer, se convierte en un peligro para sí mismo.

Así las cosas, ¿dónde se sitúa la humanidad y cuál es el fundamento de los derechos del hombre?

¿Qué es el hombre? ¿Adónde está el hombre? ¿Qué es lo que fundamenta los derechos del hombre? ¿Qué es lo Universal? Es en Cristo donde podremos responder, porque, en Cristo, la personalidad revelada en Dios a través de la Trinidad aparecerá no sólo como el lugar de lo Universal, sino como el *Universal* mismo.

LA VERDADERA NATURALEZA DEL HOMBRE

El mono no se plantea problemas, porque está enteramente contenido en su naturaleza, en los poderes que ha recibido al nacer. Es incapaz de superarlos.

El hombre, por su parte, al contrario, no está contenido por completo en la red de sus instintos. Tiene perspectiva, es capaz de tomar distancia. Puede juzgar su vida y plantearla del mismo modo que puede rechazarla. Puede hasta matarse cuando encuentra la vida demasiado pequeña para ese algo que hay en él y no es el animal.

Y lo que vuelve patética nuestra situación es que ya no podemos ser animales. Lo somos, claro está, por una parte, pero, por esa otra parte de nosotros mismos, aquella en que nos despegamos del animal, se ha acabado para siempre.

Y es ahí donde descubrimos la verdadera naturaleza del Hombre, que consiste en superar su naturaleza y superar todas las naturalezas y todo el Universo...

Y tomando distancia de este modo respecto a su biología y a su animalidad es como el Hombre revela su alma, pues ¿qué es el alma sino una potencia de superación?

El alma consiste en superarse sin cesar y constantemente. Somos la materia en estado de superación, esa

materia que quiere absolutamente (a través de nosotros y por nosotros, pues no puede hacerlo de otro modo) ir más allá de sí misma y de todo. Y en ese hueco que se forma cuando nos distanciamos de nuestra animalidad es donde se dibuja el Rostro de Dios.

Y es que si bien nos resulta imposible no abandonar el animal que hay en nosotros, si podemos superarnos sin fin, no puede ser para la nada, sino para llevar a cabo ese encuentro dentro de nosotros mismos con esa Presencia, con esa Luz, con ese Amor que no cesa de esperarnos.

LA ANUNCIACIÓN LLEVA A CABO UN CAMBIO RADICAL EN EL MUNDO

En la Anunciación, el diálogo entre Dios y la humanidad se lleva a cabo en lo más secreto de la *Persona*.

Posiblemente recuerde el lector aquella visión tan emotiva de Pasternak cuando nos habla de las antífonas de la Anunciación, y nos muestra cómo, a partir de Cristo, se produce un cambio prodigioso que consiste en que el diálogo entre Dios y la humanidad se realiza ahora en lo secreto de la Persona.

Ya no son multitudes en marcha, tampoco los ejércitos dispuestos a la invasión, ni las migraciones incontables, movimientos colectivos todos ellos, los que van a decidir el futuro del mundo. Ahora es un *diálogo* secreto entre Dios y una muchacha, porque Dios quiere revelarse en su intimidad más personal suscitando en ella una respuesta que constituirá nuestra personalidad.

Es algo enorme, ¿no les parece?

LA ETERNIDAD DE SAN FRANCISCO DE ASÍS

Un solo ser como Francisco tiene infinitamente más importancia que cientos de miles de individuos anóni-

mos que no crean nada. Y es que un hombre como san Francisco de Asís es una fuente que no se agota, una luz que no se apagará, una libertad creadora que engendra a miles de seres para la libertad.

Es la *Persona* quien constituye el fin de todo, es la Persona quien posee un valor universal, es la persona quien, por sí sola, constituye todo un mundo, es la persona quien, por su sola presencia, constituye un fermento de liberación. Basta con que haya una sola persona para que el mundo quede transformado.

HABRÍA QUE REVISAR TODOS LOS PROBLEMAS HUMANOS

Está claro que el fin del ser humano es la persona, es ese poder de iniciativa en el que ya no se sufre la vida, sino que la creamos a través del *don* de nosotros mismos que se une al don infinito que es el Dios Vivo.

Habría que revisar todos los problemas humanos a la luz de una exigencia interior. No se trata de convertir esto en una ideología obligatoria, eso sería precisamente la negación de lo que deseamos emprender. Se trata, más bien, de establecer esa rectitud primero en nosotros mismos, de obtener esa (nueva) mirada sobre la humanidad, *en nosotros* y en los otros, como sobre una realidad esencialmente personal, que es tanto más personal por el hecho de que se construye del modo más secreto en las raíces más íntimas de nuestro ser.

Dios es en verdad el cemento y el vínculo de todas nuestras ternuras, la eternidad de todos nuestros amores y es también, en la vida terrestre más arraigada en el suelo, la condición misma de una coexistencia pacífica. Y es que no nos será posible superar las fronteras de todo tipo y trascenderlas más que con esa mirada que apunta a lo universal en cada uno respetándola primero en nosotros mismos.

CRISTO DA UN VALOR INFINITO A LA PERSONA

Existe la igualdad de reivindicación. Esta última es con mayor frecuencia un asunto visceral.

Y existe la igualdad de *valor*, en la que cada uno dispone, si consiente a ello, de la posibilidad de abrir en su corazón un espacio a toda la humanidad y a todo el Universo.

Es esta igualdad la que interesa a la humanidad en cuanto que esta última es un fenómeno único e incomparable, en cuanto que se diferencia y se distingue de todas las demás especies, justamente por el hecho de que en ella no es la especie lo que cuenta, sino la persona.

Se trata de suscitar personas, algo que no es posible hacer más que si nosotros mismos lo somos.

Toda la educación quedará transformada de raíz según la procreación esté ordenada al nacimiento de una persona o que la concepción de un hombre siga siendo simplemente fruto del azar o del placer.

LA PROCREACIÓN DEBE ESTAR ORDENADA A LA PERSONA

La procreación, que parte de la persona y está ordenada a la persona, supondrá que queremos dar al niño una educación que sea una relación de persona a persona, es decir, una educación en la que todo estará orientado a partir de este Universo interior que tratamos de suscitar en el secreto del corazón de cada uno. La riqueza incomparable consiste en lo que está escondido en el fondo del corazón, consiste en ese espacio interior, en esa acogida, en ese abandono, en esa pobreza, en ese despojo y, en última instancia, en esa libertad infinita. En esa libertad que es el don del amor más grande.

¿Qué podemos intercambiar mejor que un espacio virgen, que una libertad que abarca todo el Universo, que esa Presencia de Dios que es la respiración del amor?

EL HOMBRE QUE PIENSA LLEVA EN ÉL TODO EL UNIVERSO

Cuando se habla de lo Universal en Cristo, lo Universal se revela como concentrado en la Persona. Se trata entonces de un Universal de *valor*. Es un espacio interior suscitado por el *don* de nosotros mismos, y es el vacío que hacemos en nosotros mismos lo que procura ese espacio y lo que permite a un ser singular convertirse en el centro del mundo.

No sólo le está permitido a un ser singular, sino a *todos* los seres humanos, ser el centro del mundo, porque el pensamiento es creador de origen. El hombre que llega a *pensar*, que llega a pesar el mundo en la balanza de su espíritu, a pensar y a pesarse a sí mismo y a toda la historia de la que es garante y responsable, ese Hombre lleva en él *todo el Universo*, no para confiscarlo o poseerlo, sino para entregarse a él y enriquecerlo con su amor.

BUSCAR A DIOS SÓLO ALLÍ DONDE SE ENCUENTRA EL HOMBRE VERDADERO

Todo el Universo de la fe versa sobre una realidad que no es aún, sobre una realidad y una verdad que hemos de crear creándonos a nosotros mismos.

Ahí se encuentra la fuente de nuestra dignidad. Esta consiste en que hemos de llegar a ser una realidad inviolable para Dios mismo y para los otros: para Dios, porque nos revela nuestra inviolabilidad a través del misterio de la fe; y, para los otros, porque no pueden llevar nuestra dignidad más que en su propia dignidad, y para nosotros.

Y así es como podremos penetrar en el secreto de nuestras conciencias como en un estado de perfección radical, tal como lo dijo de un modo magnífico san Agustín: «*Estamos fuera de nosotros mismos, como extraños para nosotros mismos, y no podremos llegar hasta nosotros más que a través de una apertura total a Dios*».

En consecuencia, deseamos conservar abierto nuestro corazón y no encerrarlo en un pasado que no contiene nuestro secreto. Contemplaremos nuestros orígenes delante de nosotros mismos y buscaremos a Dios allí donde se encuentra el Hombre.

Llevaremos esto a cabo dando constantemente a nuestra vida más dimensiones humanas, haciéndola más amplia, más fraternal y más bella, a fin de que el Rostro de Dios pueda reflejarse en ella sin convertirse en una caricatura. Dios y nosotros, la autenticidad humana y la Verdad de Dios, son dos realidades esencialmente unidas.

GRANDEZA Y DIGNIDAD

LA ADMIRABLE DIGNIDAD DEL HOMBRE

Hay quien se imagina espontáneamente a los creyentes como si se trataran de pobres desgraciados que tienen miedo y se ponen en manos de una potencia indiscutible para tapar los agujeros de su impotencia. Se considera a Dios como el tapagujeros de todo lo que ignoramos y de todo lo que no podemos. Eso da un Dios esmirriado, un Dios, y también un hombre, más que despreciables en última instancia.

Es preciso que tomemos conciencia de nuestra admirable dignidad. A Dios no le gusta esa pretendida sumisión de esclavos a la que estarían obligados los cristianos. Lo que espera es nuestra confianza de amigos, quiere convertirnos en colaboradores de la construcción de un mundo que no puede ser acabado sin nosotros.

El Evangelio nos hace conocer el Corazón de nuestro Dios, un Dios que no quiere convertirnos en siervos, sino en amigos suyos, en seres a los que ama infinitamente.

EL EVANGELIO SE SITÚA BAJO EL SIGNO DE LA GRANDEZA

No hemos de pensar nunca el cristianismo desde una perspectiva de achicamiento. No hemos de limitar nuestras ambiciones a algo irrisorio, bien al contrario.

Lo que se nos ha pedido es no querer nunca menos que el Infinito, el verdadero Infinito.

Ahora bien, ese verdadero Infinito no es tal más que por ese don y esa ofrenda (vivida en Dios y por Dios) que convierten a Su Corazón en un brasero ardiente. Ese verdadero Infinito es la llama eterna de la Caridad infinita en el Corazón de Dios.

Cristo nos libera de toda humillación, de todas esas jerarquías en las que hay un «arriba» y un «abajo», donde hay amos y súbditos.

Nos libera de todo eso no impulsándonos a la revuelta, sino haciéndonos comprender que la verdadera grandeza se encuentra siempre en la línea de la existencia (en la línea del ser, no en la del parecer). Quiere hacernos comprender que aquel cuya presencia basta para crear luz y aportar alegría, para ser fuente de fraternidad y de paz, ese tal actúa de una manera soberana.

El Evangelio no es en modo alguno una especie de consolación dada a una humanidad débil y llorona, el Evangelio se sitúa bajo el signo de la grandeza. Nos llama a una acción magnífica, inmensa y discreta al mismo tiempo, y también a una acción silenciosa. Esta acción somos nosotros mismos, comprometidos en esta acción nupcial a la que Dios nos llama solicitando eternamente nuestro *sí*, ese *sí* que debe cerrar el anillo de oro de los desposorios eternos.

SER HOMBRE, SER CRISTIANO, ES ALGO MARAVILLOSO

Ser hombre es algo prodigioso.

«¡Cuán bella es la humanidad!», exclamaba Shakespeare.

Existe una inmensa aventura en la que se ha enrolado Dios y, con Dios, toda la Creación y todo el Universo; una aventura que tiene lugar en lo más íntimo de nosotros mismos.

¡Qué relieve infinito adquiere entonces nuestra vida interior, esa vida interior en la que quiere realizarse, o al menos así lo desea, ese proyecto divino tan maravillo!

Es preciso que alimentemos en nosotros el sentido de la grandeza.

Nosotros queremos escuchar esa llamada a la grandeza que resuena en lo más profundo de la Historia, del mismo modo que resuena en lo más íntimo de nuestros corazones: *«Recuerda, cristiano, tu dignidad y, ahora que participas de la naturaleza divina, no vuelvas a caer en una conducta degenerada, en tu bajeza de antes, recuerda de qué Cuerpo eres miembro y quién es su Cabeza».*

Recordemos aquellas grandes palabras de Bergson: *«El mundo es una máquina de hacer dioses».*

La Pasión de Jesucristo es como la respiración de ese mundo creado por Dios para que haga creadores, para que haga dioses.

LO ÚNICO QUE QUIERE DIOS ES VER CRECER NUESTRA ALMA

Dios no considera agradable más que las manifestaciones de amor. No quiere, en efecto, más que una cosa: realzar la dignidad en nuestra alma.

Dios no puede buscarse a Sí mismo en nuestras obras, dado que no tiene necesidad de nada. Lo único que le complace es ver crecer nuestra alma. Ahora bien, en nada puede engrandecerla tanto como igualándola a Sí mismo y por eso el alma no le resulta agradable más que por el amor.

Lo propio del amor es, en efecto, poner al mismo nivel al que ama y al objeto amado y, como el alma posee aquí el amor perfecto, lo que le merece el título de esposa del Hijo de Dios, se encuentra en estado de igualdad con Él, una igualdad de afecto que implica la posesión en común de todos sus bienes.

Santa Catalina recibió este mensaje de Dios en sus *Diálogos*: «No quiero violar los derechos de vuestra libertad, pero, en cuanto lo deseéis, Yo mismo os transformaré en Mí y os haré uno *conmigo*».

PARA LOS HOMBRES, GRANDEZA ES IGUAL A DOMINACIÓN

La humanidad no ha comprendido nunca la grandeza de otro modo que bajo la forma de la dominación. El faraón es dios, esa es la impresión que se siente de inmediato en Egipto ante el espectáculo de esas estatuas gigantescas en que el faraón ha multiplicado su rostro como si fuera el rostro de la divinidad... Y así fue como los hombres dieron a sus reyes, en la Antigüedad, el rostro de la divinidad.

Sin embargo, dieron también a la divinidad el rostro de sus reyes y así es como nosotros mismos concebimos la grandeza. Esta consiste en dominar, en estar por encima de los otros, en ser aplaudidos, en tener súbditos... Y todos nosotros estamos infectados y envenenados por esa imagen de la grandeza, puesto que también nosotros, devorados como estamos por nuestro amor propio, no pensamos más que en ensalzarnos, en eclipsar a los demás haciendo hablar de nosotros.

Esa imagen de la grandeza considerada como dominación corrompe nuestro espíritu, pero corrompe también nuestra religión (cuando, en nombre de la Revelación, convertimos a Dios en un Amo soberano y dominador), porque el Evangelio nos proporciona otra escala de valores, una nueva escala de valores, increíble y maravillosa, cuyo alcance aún no hemos empezado a comprender.

JESUCRISTO NOS INTRODUCE EN UNA GRANDEZA INCOMPARABLE

Nadie puede vivir sin creer en el valor de su existencia.

Ahora bien, ¿cómo ser grande sin halagar a la opinión pública, sin depender de los otros, sin adular su gusto y

hacernos, a fin de cuentas, esclavos de sus deseos y de sus pasiones?

Jesucristo nos ha introducido en una grandeza incomparable. Ha conmocionado todas nuestras ideas. Ha transmutado todos nuestros valores. Los trastornó en el Lavatorio de los pies del Jueves santo, para estupor y escándalo de sus discípulos.

¿Cómo es posible que el Señor se arrodille delante de nosotros? ¿En qué se convierte así la grandeza? ¿Cómo no va a quedar profanada y escarnecida la dignidad divina si Dios toma de este modo el lugar de los siervos?

JESUCRISTO, DE RODILLAS ANTE SUS APÓSTOLES, NOS REVELA LA GRANDEZA DE DIOS

Jesús mismo se puso un delantal y se puso de rodillas delante de sus Apóstoles para que aprendiéramos nosotros en qué consiste la verdadera grandeza: en convertirnos a nosotros mismos en un *valor*, en un valor interior, en un valor a través del cual nos transfiguramos, en un valor a través del cual nos convertimos en un bien común y universal, a través del cual podamos abrir a toda la Creación un espacio nuevo y convertirnos en un fermento de generosidad para los otros.

En el Lavatorio de los pies se desgarró el velo de la Alianza y aparece el verdadero Rostro de Dios, y con ello se nos revela, por fin, la nueva escala de valores. La verdadera grandeza es la generosidad. El más grande es el que más da, el que lo da todo, el que da infinitamente, aquel que no tiene nada, el que no es más que Amor y no puede hacer otra cosa que amar.

Por fin, se revela el verdadero Rostro de Dios, ese verdadero Rostro, desconocido, insospechado, imprevisible y maravilloso, ese Rostro de Dios que espera el mundo de hoy y que no conoce todavía.

LA ATENCIÓN AL REINO INTERIOR

Jesús está de rodillas delante de ese Reino de Dios en el que hemos de convertirnos, y no hay ningún otro reino de Dios.

El Reino de Dios es la realeza del Amor de Dios en lo más íntimo de nosotros mismos.

Pero Dios no puede concluir esta Realeza solo. Si fuera de otro modo, Jesús no estaría de rodillas delante de sus discípulos para que exista realmente esta realeza.

Hace falta nuestro consentimiento. Es preciso que se abra el corazón de Judas, que el corazón de Pedro acepte, que se despierten los corazones de Santiago y de Juan, que todos los otros salgan de su sueño y pronuncien ese *sí* sin el que nada puede realizarse.

Y para despertar este consentimiento, para hacer que preste atención cada uno de sus discípulos, y nosotros mismos con ellos, a este Reino interior, está Jesús de rodillas. Jamás había recibido el hombre tanto honor. Nunca había recibido una dimensión tan amplia la libertad humana como en este arrodillamiento del Señor delante de sus discípulos y delante de nosotros mismos.

Ese es el verdadero Rostro de Dios. La Realeza de Dios consiste en tocarnos con su libertad para suscitar la nuestra.

Nuestro *sí* es condición en este matrimonio que Dios quiere contraer con nosotros, ese *sí* condiciona nuestra entrada en un mundo nuevo, desconocido, insospechado y maravilloso.

EL HOMBRE FRENTE A LA HUMILDAD DIVINA

El hombre no puede encaminarse hacia la grandeza sin correr el riesgo de perder el equilibrio. Necesariamente querrá dominar y estar por encima de los demás, ser reconocido por ellos y recibir su homenaje. Al final, querrá desposeerlos de su misma humanidad.

Lo que tiene de incomparable la Revelación de Cristo es que la grandeza divina se realiza en ella a través de una suprema Humildad, puesto que se lleva a cabo en medio de un total desapropiamiento de sí mismo; pues la única propiedad en Dios es el desapropiamiento.

Frente a la Humildad divina, frente a ese don transparente y virginal realizado eternamente en el corazón de la Divinidad, es como podemos comprender, por fin, el sentido de nuestra grandeza y realizarla a través de una entrega sin retorno. Se trata de acoger a Alguien que es la Suprema Grandeza proporcionándole el espacio donde podrá difundir Su Vida.

EL YO PROPIETARIO SUPONE EN NOSOTROS UN OBSTÁCULO PARA LA GRANDEZA

Lo que obstaculiza la grandeza del hombre no es su corporeidad, es el espíritu de posesión que le deja clavado en sí mismo, es ese yo en el que estamos envasados, ese yo propietario que se erige en el centro de todo y quiere acapararlo todo, ese yo que no es más que una resultante de nuestra prefabricación que no hemos elegido y que nos ha sido adherida desde nuestra concepción, desde nuestro nacimiento y desde nuestra historia infantil.

Estamos dominados así por un yo que es simplemente la proyección y el resultado de todas las influencias cósmicas que han gravitado sobre nosotros y sobre nuestros antepasados.

Por nuestra parte, seguimos siempre el camino que nos marca nuestra gravedad. La maravilla es que, de vez en cuando, surja la luz de esta Presencia infinita, que nos veamos de pronto rebasados, invadidos y transfigurados por ella, que dejemos de expresar nuestros pequeños intereses, que no seamos –al menos por un instante– más que un *impulso hacia ese Otro* que habita en nosotros, y que es la Vida de nuestra vida.

Esa es la única esperanza de la existencia: ese tesoro que ha sido confiado a nuestra vida, esa posibilidad de arrancarnos de nosotros mismos, de perdernos en el Otro y ser, hasta el final, la afirmación de Jesucristo.

LA LLAMADA A LA GRANDEZA

En el régimen de la Encarnación nos encontramos en un régimen de crecimiento y de progreso, en un régimen de continuo descubrimiento que hace de la vida cristiana, vivida a fondo, un asombro perpetuo.

Einstein lo dijo en su propio campo: *«El hombre que ha perdido la facultad de asombrarse y quedar impresionado de respeto, es como si estuviera muerto»*. Esta afirmación se verifica de una manera incomparable en el plano de la fe en la medida en que nos dejamos guiar por esa llamada a la grandeza en la que llegamos hasta nuestras raíces divinas, hasta ese momento en que tocamos en silencio la Presencia que nos revela a nosotros mismos revelándose Ella misma.

Es el mismo camino para todos, la misma dimensión, la misma grandeza, la misma humildad que no humilla sino que glorifica. Es la humildad en la que, simplemente dejando de mirarnos, quedamos fascinados por el Rostro que llevamos en nosotros, y no esperamos más que a darle la posibilidad de revelarse, de transparentarse y comunicarse.

PARA ENTREVER UNA VERDADERA GRANDEZA PERSONAL

Existe esta realidad grandiosa en Cristo: que el hombre crece, crece al infinito, a medida que Dios se va revelando más como la pobreza de un amor en el que no hay más que amor.

Ahora bien, esta grandeza del hombre es en sí misma una grandeza de pobreza, una grandeza de renuncia, porque Jesús ha introducido en el mundo una nueva escala de valores que es la escala de la generosidad.

Es preciso que tengamos al menos un cierto presentimiento de este desapropiamiento creador en el que se manifiesta plenamente el yo oblativo para entrever una verdadera grandeza personal que sea algo distinto a la exaltación paranoica de un individuo o de una colectividad.

En este yo oblativo se acredita Dios mismo como espacio ilimitado en que respira nuestra libertad, Dios se acredita como un poder infinito de desaparición, Dios se acredita como esa misteriosa pobreza que sedujo al corazón de san Francisco, Dios se acredita como ese silencio en el que toda música tiene su cuna y que san Juan de la Cruz llama la música callada.

GRANDEZA SUPREMA Y NUEVO ROSTRO DEL HOMBRE Y DE DIOS

La relación entre Dios y el hombre, en la nueva situación del hombre y del Universo en Jesucristo, se convierte en una relación nupcial. El hombre es libre o, más bien, está llamado a serlo, libre de sí y libre de Dios.

El hombre ya no tendrá que soportar a Dios, porque Dios le va a comunicar lo que Él tiene de más íntimo, lo que fundamenta su inviolabilidad.

Dios no va a tomar al hombre como un objeto, no se va a imponer a él como una fuerza ciega e inconsciente. Dios va a llamar al hombre para que se entregue a Él, y Él va a entregarse primero al hombre, del todo, hasta morir.

¡Qué grandeza! ¡Qué Universo tan absolutamente nuevo! ¡Qué nuevo rostro luce el hombre! ¡Y qué nuevo rostro, enormemente nuevo también, el de Dios! ¡Cómo hubiéramos podido ni siquiera sospechar que pudiéramos ser llamados a semejante grandeza y a tamaña dignidad!

LA GLORIA DE DIOS ESTÁ EN LA GRANDEZA DEL HOMBRE

En el cristianismo hemos de ver la grandeza del hombre como inseparable de la grandeza de Dios. Nada pue-

de herirnos más que ver glorificar a Dios en detrimento del hombre, como si fuera estableciendo la nada del hombre como se hace destacar la gloria de Dios. Pues no. La gloria de Dios está en la grandeza del hombre. Y cuando Dios aparece, el hombre se transfigura. Cuando Dios está verdaderamente presente, la vida alcanza su plenitud. Por esa razón todos los que son discípulos del Dios Verdadero llevan en ellos una llamada a la grandeza. En el fondo, es lo mismo escuchar en nosotros la llamada del Dios Verdadero que encaminarse hacia la grandeza.

LA VERDADERA GRANDEZA MEDIANTE EL VACÍO INTERIOR

Para otorgar al hombre toda su talla y toda su grandeza no hay más que un solo camino: que el hombre se vacíe de sí mismo, que renuncie a toda posesión y sea liberado de todos sus apegos; que se convierta en un espacio ilimitado de luz y de amor, que sea capaz de conducir, revivir y acabar toda la Historia dando al Universo un nuevo punto de partida.

Pero esto no es posible más que a través de este vacío interior y esta evacuación de nosotros mismos que es, tanto en el hombre como en Dios, la condición de toda grandeza, de toda libertad y de toda eficacia.

Toda nuestra existencia está incluida en esta alternativa: o estoy en mí o estoy en Dios. No hay término medio.

Cuando dejo de dar conmigo, es que Dios está realmente presente en mí. Cuando me pierdo de vista, es que le miro a Él. Cuando ya no oigo, es que le escucho a Él, y entonces el Bien, en todos los ámbitos, consiste justamente en perderme en Él.

El programa es sencillo, pero su realización es difícil, porque no podemos decretar un encuentro ni fijar la hora en que ha de brotar el amor. No hay camino que desemboque infaliblemente en un intercambio de intimidades. No hay nada más libre, más imprevisto ni más gratuito.

Todo lo que podemos hacer es apartar los obstáculos que hacen imposible ese intercambio, y se resumen todos ellos en el ruido que hacemos con nosotros mismos y a nuestro alrededor.

La única posibilidad de salir de nosotros mismos es neutralizar nuestra atención, retirar apaciblemente nuestra audiencia a toda esa mezcla confusa de apetitos y de reivindicaciones, apagar la corriente psíquica que alimenta este tumulto, a través de un recogimiento en el que se ahonda cada vez más el vacío que nos hace disponibles.

Cuando se ha establecido el silencio total, es que se anuncia ya la Presencia que colma el espacio engendrado por la retirada del yo.

**EL HOMBRE TIENE LA TAREA DE CREARSE A SÍ MISMO,
EN ESTO CONSISTE SU PRIVILEGIO, SU GRANDEZA Y SU
DIGNIDAD**

Siempre seguirá siendo verdad que nuestros orígenes humanos se encuentran delante de nosotros, del mismo modo que nuestros orígenes animales se encuentran detrás de nosotros. Encierra un enorme interés recapitular la evolución de la materia inorgánica, su promoción en la vida y su ascenso hacia el hombre.

Con todo, no hemos de hacernos ilusiones. La discontinuidad entre el robot y la persona sigue siendo espontáneamente infranqueable y ni las fuerzas naturales, ni el eugenismo de laboratorio, ni siquiera la organización social más perfecta conseguirán crear nunca un hombre auténtico. Si este fuera el caso, entonces ya no habría nada que hacer.

Sin embargo, es imposible y siempre seguirá siendo verdad que el privilegio inalienable del hombre, toda su grandeza y su dignidad, consisten precisamente en que tiene que hacerse él mismo y que en esta creación de sí mismo es absolutamente irremplazable.

LA SUPREMA CONSIGNA DE JESÚS

Nada resulta más sorprendente que el espacio otorgado al hombre en las conversaciones que el cuarto Evangelio presenta como las confidencias más íntimas de Jesús. Su consigna suprema, en efecto, no es amar a Dios, sino amar al hombre *«cuya libertad tiene la medida de la Cruz y cuya dignidad tiene la garantía del lavatorio de los pies»*.

La conversación de Jesús con la Samaritana orientaba ya hacia una inversión de las perspectivas tradicionales hasta entonces, puesto que Jesús revela en ella al hombre como el verdadero santuario de la Divinidad, y la Presencia divina como una fuente que brota para la vida eterna en lo más íntimo de nosotros mismos.

El anuncio de la ruina del Templo (Mc 13,2) confirma este traslado de lo Sagrado desde un edificio cultural hasta la vida humana, traslado que nos hace sensible esta admirable afirmación del papa san Gregorio: *«El Cielo es el alma del justo»*.

LIBERTAD Y LIBERACIÓN

**CRISTO RESPONDE A NUESTRA PRINCIPAL PREOCUPACIÓN:
SER LIBRES**

Un ser humano no es verdaderamente humano más que si es libre. Nada es más importante que comprender esto en la búsqueda que nos caracteriza hoy en función de las preocupaciones contemporáneas, en función de esta toma de conciencia que nos resulta tan consubstancial (forma unidad con nuestro ser). No somos realmente hombres más que en la medida en que somos libres de verdad.

Es Cristo quien nos hace descubrir que un ser humano no es verdaderamente humano más que si es libre. ¿Somos conscientes de que Cristo nos aporta en este punto una respuesta única en su profundidad y en su plenitud a la principal preocupación de nuestros días?

EL SENTIDO DE LA LIBERTAD

Al hablar constantemente de libertad, nos esforzamos por mostrar que esta tiene un contenido, una estructura y una dirección, puesto que comporta una exigencia esencial. «Libertad» no quiere decir hacer cualquier cosa y todo lo que nos venga en gana. «Libertad» significa construirnos, hacernos hombres, hacer desaparecer las sombras de nosotros, así como los límites y las opciones pasionales; en fin, todo aquello que nos impide ser fuente y origen de nosotros mismos.

El Evangelio de Jesucristo es el Evangelio de esta libertad absoluta que no se desarrolla de manera cabal más que a través de una liberación total.

Ser libre no significa hacer lo que me venga en gana. El mismo Jesús tuvo que aprender a no hacer lo que Él quería (Mt 26,39).

Ser libre significa: ser libre de mí mismo, dejar de estar encerrado en mi narcisismo, dejar de ser esclavo de mis posesiones, convertirme en un espacio ilimitado en el que pueda ser acogido todo el Universo.

Nos encontramos en terreno perfectamente sólido cuando afirmamos que la libertad es algo que carece de sentido si no significa liberación; por consiguiente, exigencia total, infinita y creadora.

Esta exigencia creadora hace frente dentro de nosotros al Encuentro o, mejor aún, a la Presencia de esta «*Belleza tan antigua y tan nueva*», que arrebató el corazón de san Agustín.

LA EXPRESIÓN MÁS AUDAZ DEL CRISTIANISMO

«... Y lo que incita al alma al amor de Dios es la Humildad de Dios, pues Dios se ha sometido a los ángeles fieles y a las almas santas como un esclavo que se compra en el mercado, como si cada una de sus criaturas fuera Su Dios»¹.

Me parece que nunca se ha ido tan lejos en la expresión del cristianismo en función de la irradiación de la Santísima Trinidad.

El autor concibe aquí a Dios creando un mundo absolutamente libre ante Él, un mundo que es Dios para Él. Y comunicando esta libertad de decisión a sus criaturas, a imagen de su propia libertad, es como se pone en sus manos, puesto que su respuesta lo va a decidir todo.

Un ser que, al entrar en contacto con un verdadero cristiano experimente una sensación de liberación ya no nece-

1. Estas palabras pertenecen, sin duda, a santo Tomás.

sita explicaciones ni tiene necesidad de ser catequizado, se encuentra ya en el mismo corazón del Evangelio.

Todo se ordena, a fin de cuentas, a esta liberación que es un nuevo nacimiento en el corazón de un Universo nuevo.

EL AMOR TIENE UNA ESTRUCTURA E INCLUYE TAMBIÉN UNA EXIGENCIA INFINITA

Escribió Nietzsche, en *Así habló Zaratustra*, esta frase maravillosamente cruel: «*Que vuestro amor –el amor del hombre y de la mujer– sea piedad por esos dioses que sufren y están velados, pero con mayor frecuencia es una bestia que domina a otra*».

Esta afirmación, tan emotiva, constituye un testimonio extraordinario de parte de un hombre completamente extraño a la moral tradicional. Muestra que ese hombre tiene una conciencia perfectamente clara de una exigencia infinita que anida en el corazón de esa realidad que es el amor humano, una exigencia infinita en razón de una Presencia a la que llama «*dioses que sufren y están velados*».

Nietzsche poseía, de una manera particularmente meritoria, ese presentimiento y esa intuición de que el amor no puede ser cualquier cosa, que el amor no puede ser la proyección al infinito de un instinto desenfrenado, sino que tiene una estructura e incluye también una exigencia infinita. El amor no puede ser él mismo más que permaneciendo atento a presencia de «*dioses que sufren y están velados*», que están implicados en todo amor.

ES URGENTE LIBERAR A DIOS DE MÍ MISMO

La libertad cristiana, o la vocación a la libertad que caracteriza a todo hombre, tiene frente a sí una urgencia infinitamente grande dado que he de liberar a Dios de mí mismo.

Si sigo siendo esclavo de mis opciones pasionales, si sigo estando sometido a mis prefabricaciones, la Presencia adorable en mí de un «*dios que sufre y está velado*» no podrá manifestarse nunca a la luz o, por lo menos, no podrá expresarse más que con ciertas limitaciones que desfigurarán a la vez el Rostro de Dios y el del hombre.

Si el hombre lleva en sí mismo la preocupación por liberar a Dios de él mismo, si llega a tener esta preocupación y a ser consciente de que ha sido confiada a su vida una vida infinita, ¿cómo no habría de sentirse estimulado en su generosidad y en su amor?

Y es que resulta más que evidente que no es posible renunciar a la ambición, a la grandeza y al valor en el mundo, no es posible amar al hombre y a todo hombre, si no vamos hasta el fondo, hasta la raíz, si no descubrimos que está en juego un valor infinito y que la misma Vida divina depende de nuestra colaboración.

NECESIDAD DE LIBERARNOS DE NOSOTROS MISMOS

Si debo liberarme de mí mismo, si estoy invitado a hacer desaparecer en mí todas las prefabricaciones o, por lo menos, a superarlas y a convertirlas en libertad creadora, es porque soy teóforo. Llevo a Dios. La Vida del mismo Dios está entre mis manos.

Y se trata de hacer de mí mismo un espacio bastante amplio para que Dios pueda infundir en mí Su Vida y, a través de mí, comunicarla a toda la humanidad y al mundo entero.

DIOS ASUME UN RIESGO AL CREAR A UN HOMBRE Y UN UNIVERSO LIBRES

Dios no puede constreñir a una libertad que Él ha querido inviolable, pero es posible que esa libertad, fascinada por sí misma, niegue a Dios y se desinterese de cerrar el

anillo de oro de los desposorios eternos (que Dios quiere concluir con el hombre) privando a toda la Creación de su sentido...

Ese es el riesgo divino que parece contenido en la revelación de la Santísima Trinidad. Dios es amor, no puede obligar, de ahí el riesgo de rechazo del hombre.

Si Dios es completamente libre de Sí mismo, si no Se mira nunca, si Su mirada es siempre una mirada hacia el Otro, Dios no puede querer otra cosa que un Universo libre, libre, un Universo llamado a decidirse frente a Él, un Universo que va a ser «*Su Dios*».

PARA HABLAR DE DIOS DE MANERA VÁLIDA, ES PRECISO SER LIBRE DE SÍ MISMO

Por último, no hay otro discurso verdadero sobre Dios, un discurso que pueda ser reconocido como tal, más que el que se convierte en una Presencia real a través de una transformación verificable del hombre que lo anuncia.

Y, para que la propia liberación del hombre que habla sea total y perfecta la revelación, es preciso que la humanidad del hombre que anuncia este discurso quede radicalmente expropiada de sus límites y se convierta en ese puro sacramento que revela y comunica al Dios Vivo. Esto ocurrió sólo en Jesús, y eso significa que la Revelación se confunde en Jesús con su misma Persona.

EL AMOR ES MÁS FUERTE
QUE EL MAL

NO ES DIOS QUIEN HA INVENTADO EL MAL*

Para abordar el dogma del pecado original, es preciso ponernos primero frente a la Intimidad divina, es preciso escuchar a Dios a través de esa Intimidad.

¿Escuchar qué? Escuchar el grito de la inocencia de Dios que dice: *«No fui yo quien inventó la muerte, no fui yo quien inventó el mal, no fui yo quien inventó el dolor. Yo lo sufrí. Más aún: muero por él».*

El pecado original, en esta lectura íntima que hacemos del mismo en el Corazón mismo de Jesucristo, significa que Dios es inocente del mal, que no fue Él quien inventó ni la muerte, ni el dolor, como tampoco inventó el pecado. Es la Víctima del mismo, muere por él.

Y no se trata de algo que pasó un día, es algo que está pasando ahora, siempre, todos los días, porque, desde que existe Creación, existe reciprocidad.

LOS DOS HUERTOS*

El primer huerto bíblico no es aún más que la imagen remota del segundo huerto: el de la Agonía, donde el pecado original adquiere por fin todo su sentido en la muerte de Dios.

Si hay algún momento en que la inocencia de Dios resuena hasta perforarnos el corazón, es este en que Jesús se debate en su agonía pidiendo que se aleje de Él el cáliz. Jesús está ahí, tan pobre, tan abandonado, tan hundido por el dolor, que busca entre sus Apóstoles una amistad que estos no le dan.

Dios es totalmente inocente de cualquier mal que nos llegue. Es inocente hasta tal punto que Jesús se debatió en un cuerpo a cuerpo inexpresable con la muerte para vencer nuestra muerte con la Suya, para revelarnos el Rostro de un Dios que no cesa de estar nunca con nosotros, y que no deja nunca de querer en nosotros la armonía, la belleza, la juventud y la alegría.

Jesús nos revela a un Dios herido de muerte por la muerte, a un Dios herido de muerte por el mal, herido de muerte por todas las veces que le negamos el amor, a un Dios que no cesa de esperarnos y que constituye en nosotros la Fuente de esta conciencia del mal de donde manaba la noble revuelta de Camus.

EL MAL APARECE COMO UNA TRAGEDIA DIVINA

Hemos de situarnos en el corazón mismo de la verdad evangélica, en el ámbito del Corazón Vivo y atravesado del Señor. Es ahí donde el pecado adquiere su verdadero rostro. Es ahí donde aparece el mal como una tragedia divina. Es ahí donde estalla la inocencia de Dios, y es ahí donde se encuentra ese mensaje eterno que lleva en él su propia luz y que, de inmediato, le da la vuelta a todas nuestras posiciones.

Ahora ya no se trata de acusar a Dios como si no cumpliera con su oficio de Creador. Se trata de comprender nuestra dignidad y el alcance infinito de nuestra libertad. Ese alcance es infinito, puesto que nuestra libertad puede hacer fracasar al mismo Dios y convertir la Creación en algo abortado, disonante y dislocado.

¿POR QUÉ EL MAL? LA DIFICULTAD DE CAMUS

Camus no sabía que, detrás de ese escándalo y de ese infortunio del hombre entregado a un Universo capaz de aplastarle, había un Amor infinito y eterno que no cesa de velar sobre nosotros, de esperarnos y de llamarnos.

Ahora bien, ese Amor no puede hacer nada sin nosotros porque no es más que Amor, y porque ese Amor es esencialmente libertad, una libertad que se dirige a nuestra libertad y no puede nada sin ella, sin su consentimiento.

Camus no pudo resolver el problema del mal desde este lado del velo, pero lo sintió de una manera profunda y lo expresó magníficamente.

No pudo aceptar el escándalo de que un ser llamado a crearse él mismo, inviolable para sí mismo y para todos si es fiel a su dignidad, sea entregado en sí mismo a un Universo capaz de aplastarle.

El Amor es más fuerte que el mal: esa es la respuesta al problema que dominó toda la existencia y todo el pensamiento de Camus: «¿Por qué el mal? ¿Cómo el mal?».

Y Camus no salía de ahí más que diciéndose: «¡Pero es que no hay nadie! ¡No hay nadie!»

Así no puede haber respuesta al mal y todo lo que podemos hacer es procurar que sea menos intolerable y ponerle remedio en la medida en que nos lo permitan los medios de que disponemos.

¿POR QUÉ EL MAL? LA RESPUESTA CRISTIANA

En el fondo de cualquier realidad, detrás de todas las catástrofes, está el Amor. Esa es la respuesta cristiana a las preguntas que tantos filósofos se han planteado con tanta angustia y, a veces, incluso con tanta desesperación.

La respuesta cristiana va más allá que la de Camus. Consiste en mostrar, primero, que el Mal es infinito y que

puede serlo, y, a continuación, que el Mal, en efecto, tiene en ocasiones tales proporciones que es absolutamente intolerable y que, para comprenderlo, hay que darle unas dimensiones propiamente divinas.

Y eso es lo que significa la Cruz: el Mal puede tener proporciones divinas, el Mal es, a fin de cuentas, el Mal de Dios. En el Mal es Dios quien sufre, y por eso es el Mal tan terrible. Ahora bien, si es Dios quien padece en el Mal, hay, por consiguiente, en el corazón del Mal ese Amor que no cesará nunca de acompañarnos y de compartir nuestra suerte.

Y aún tenemos que decir más: Dios será alcanzado (por el Mal, por todo mal) antes que nosotros, en nosotros y por nosotros.

¿PUEDE SER ALCANZADO DIOS POR EL MAL?*

Pero ¿cómo es posible que el mismo Dios sea alcanzado por todo mal antes que nosotros, en nosotros y por nosotros?

Es algo que se vuelve (pensable y) posible cuando pensamos en lo que puede sufrir el amor de una *madre* cuando es verdadero. Una madre puede sufrir a través de su hijo, más que su hijo y por su hijo mediante un amor de identificación. Una madre repleta de salud puede vivir la agonía de su hijo con más dolor que él mismo, en virtud de esta identificación del amor con el ser amado. Su amor es capaz de ello.

¿Cómo podemos pensar que el amor de Dios sea menos materno que el amor de una madre, cuando el amor de todas las madres, incluido el de la misma Santísima Virgen, no es más que una gota en ese océano de la ternura materna de Dios?

Por eso ningún ser recibe una herida sin que Dios quede herido, en él, antes que él, más que él y por él.

DIOS NO QUIERE EL MAL, ÉL ES SU PRIMERA VÍCTIMA*

¿Por qué anida en nosotros esa voluntad de triunfar del mal y esa revuelta contra él? Y, sobre todo, ¿por qué ese mal de los inocentes torturados por la enfermedad? ¿Por qué ese mal de los genios a los que de manera estúpida se lleva por delante un microbio que devora su substancia y nos priva de sus luces?

¿Por qué existe en nosotros esa sensación de que todo eso es monstruoso, a no ser porque Dios es pisoteado en nosotros, ese Dios que es el guardián, la garantía y el revelador de nuestra dignidad?

Si no existiera en nosotros esa inocencia de Dios como una llamada infinita, no sabríamos lo que es el mal. Y cuanto más monstruoso es el mal, más nos parece que Dios es su primera víctima en nosotros.

Dios no quiere el Mal, Él es su primera víctima. Y si hay mal, es en la medida en que Su amor no es recibido, en que Su amor es ignorado y rechazado, pues el mundo –con su armonía y su belleza– no puede constituirse más que a través de ese diálogo de amor en que Dios conversa con nosotros y nosotros con Él.

Si el mal tiene, por tanto, esta dimensión de ataque a Dios, tiene que haber una herida divina... que hemos de curar, una herida divina que no cesa de apelar a nuestra generosidad. Ahora podemos comprender que todo el cristianismo, y toda la Revelación desde el Génesis, es el grito de la inocencia de Dios.

LA ÚNICA FUENTE DEL MAL

Lo que importa no es que nuestra conducta desborde de ambición, avaricia y sensualidad, no es eso lo que constituye el Mal de entrada. La única fuente del Mal es adherirnos a nosotros mismos, rechazarnos a nosotros mismos, no entrar en el «juego» del Amor, no dar crédito a la

inmensa ternura de Dios, quedar fuera de la casa en la que siempre se nos espera y siempre se nos acoge.

Es en la ausencia del Otro (en el hecho de ausentarnos del Otro Divino) donde se encuentra el abismo de todas las tinieblas. Todo lo que Dios espera de nosotros no es otra cosa que nuestra Presencia, nuestro consentimiento y nuestro amor. Eso es lo único indispensable en Su Plan creador y redentor, eso es lo único que nos ilumina y nos colma.

Y, desde la mañana a la noche, en cada gesto y en cada acción, en cada latido de nuestro corazón, podemos renovar ese don, confirmar ese consentimiento, ahondar esa comunión, descubrir cada vez más esa Luz y esa Belleza que es nuestra casa dentro de nosotros y la espera eterna del Corazón de Dios.

En cuanto salimos de ahí caemos en la idolatría. En cuanto salimos de esa entrega de nosotros mismos todo empieza a ser falso, Dios mismo se convierte en una abominable caricatura y ya no podemos unirnos a nosotros mismos.

LA LLAMADA A LA GENEROSIDAD

El dogma del pecado original nos invita a manifestar esta generosidad que hará de nosotros una respuesta viva a la Ternura de Dios. Se trata de entrar, por fin, en esta Creación que ha sido puesta en nuestras manos, a fin de que llegue a ser lo que quiere ser eternamente en el Corazón de Dios: una Creación de armonía, de gracia, de juventud, de belleza y de amor.

Y así ocurre con todos los dogmas. El dogma no es un límite, una esclerosis, un inmovilismo. No es una prevención contra todas las curiosidades del espíritu. Es la prohibición de limitarnos. Es tomar todas las realidades en esta amplitud de amor y en este día infinito que es el Día de Dios.

EL CRISTIANISMO,
FERMENTO DE UNA
EXISTENCIA UNIVERSAL

EL CRISTIANISMO ES UNA PRESENCIA*

Todo el cristianismo es una Presencia, una Presencia que es un Presente, un regalo y una Luz, una Presencia que es la gracia de la eterna Belleza.

No se trata de hacer una propaganda indiscreta y de estorbar a los otros con nuestras convicciones, sino de dejar resplandecer una Presencia, de dejarla transparentarse y de presentarla «graciosamente», sin decir nada.

Se trata de estar ahí y de rodear a cada ser humano con ese honor con el que debemos anticiparnos los unos a los otros, como nos pide Pablo en la carta a los Efesios: rodear a cada uno de honor y crear a su alrededor ese espacio de luz y de respeto que le permitirá descubrir, en el centro de él mismo, el amor que buscaba en vano fuera y le estaba esperando dentro.

¿Quién podrá resistir a esa Presencia? ¿Quién podrá rechazar ese regalo? ¿Quién podrá permanecer insensible a este respecto? ¿Quién no respiraría en este espacio donde circula el Eterno Amor?

Por eso somos cristianos: el mundo está en nuestras manos, nuestra tarea es consagrarlo, revelar el hombre a sí mismo y glorificar la vida.

PARA MÍ, VIVIR ES CRISTO

La vida cristiana está centrada en la vida de Jesucristo que quiere expresarse en la nuestra: «*Para mí*, decía san Pablo, *vivir es Cristo*».

La santidad, el bien, la virtud, la plenitud de la alegría y de la libertad es siempre Jesús que vive en nosotros. No se trata de otra cosa más que de dejar a Jesús vivir en nosotros. Él será en los otros, a través de los otros, una acogida infinita. Será en nosotros el corazón de la Historia y el mundo empezará en nosotros, hoy, a través de Él, que es la Vida de la nuestra, y la Creación adquirirá su sentido último que es ser ofrenda eterna del amor.

Ser cristiano, dar testimonio de la Presencia de Jesús y comunicarla es una y misma cosa. Eso significa que la vida mística es consubstancial a la vida cristiana.

Recibir el bautismo, la confirmación o la eucaristía no significa nada si no nos unimos con ello a la persona de Nuestro Señor para vivirla, para dar testimonio de ella y para comunicarla. Estar inscrito en un registro sin vivir nuestro propio bautismo, participar en unos ritos sin hacerlos pasar a nuestra propia vida, es poner a Nuestro Señor fuera de nosotros y delante de nosotros, en vez de llevarlo dentro de nosotros.

Únicamente este acceso a Nuestro Señor por el interior puede ponernos en contacto con Él, establecer el contacto entre Él y nosotros y arraigar Su Presencia en la Historia humana.

El vínculo nupcial entre Dios y nosotros no es una especie de lujo en la vida espiritual. Se ha presentado con frecuencia la vida mística como una especie de floración suprema de la vida cristiana, pero la vida mística no es eso: es la vida cristiana sin más, pues la vida humana no puede realizarse más que a través de este vínculo nupcial con el Dios vivo.

EL CRISTIANISMO NO ES UNA RELIGIÓN ABSTRACTA

Si con tanta frecuencia tenemos la impresión de aburrirnos en la conversación con mucha gente, que, no obstante, quisieran ser de Dios, y si también nos aburrimos con esas lamentables fórmulas de oración inventadas a lo largo de los últimos siglos, unas fórmulas que asesinan nuestra alma y nos comunican la náusea de ese lenguaje, es porque detrás de esas palabras no sentimos a nadie.

Necesitamos renovar nuestra mirada y escuchar al Señor para imitarle: la religión es Alguien.

El cristianismo no es una religión abstracta ni una religión de principios. El cristianismo es esa vida infinita que se manifiesta en la humanidad cuando esta es transparente a Nuestro Señor, la Vida que es infinita y, por consiguiente, no puede agotarse.

Los santos son aquellos que siempre han visto en Dios a una Persona, una Presencia, una vida desbordante, ardiente, consumidora, que les penetraba hasta lo más hondo de ellos mismos, una vida que eran capaces de comunicar (mediante su transparencia de Jesucristo) incesantemente a los demás.

ES IMPOSIBLE AMAR DE VERDAD A DIOS SIN AMARLE APASIONADAMENTE

San Francisco había comprendido muy bien que, si Dios es esa pasión eterna e infinita, si es ese fuego devorador, es imposible conocerle y encontrarle, es imposible amarle, sin ser arrebatados por una misma pasión, sin ser lanzados a través de este impulso, sin sentirse arrastrados por este altruismo infinito.

Y entonces comprendemos que todos los hombres sean parientes, con un parentesco infinito y eterno, porque todos estamos, o estamos llamados a estar, conectados en el mismo circuito de la eterna comunicación.

Sobre este parentesco se funda el apostolado de los santos. Tienen ese deseo invencible de hacer circular esta vida divina, de revelar este parentesco que hace que todos los hombres sean una sola persona en Jesucristo. Eso es la Iglesia.

EN EL CORAZÓN DE LA VIDA CRISTIANA

Tenemos que ver en cada hombre la dimensión divina. Tenemos que abordar a cada hombre como si fuera único, porque cada hombre es único y necesario, único porque es necesario: sin él no se podría consumir la creación; a través de él es Cristo quien se revela y nos implora. Nos encontramos aquí en el corazón de la vida cristiana, porque esta es una historia de amor, una historia vivida en pareja.

¿SOMOS VERDADERAMENTE CRISTIANOS?

Nuestra vida cristiana es con frecuencia una representación teatral, una falsa apariencia... Nos las arreglamos para hacer buenas obras que nos den la impresión de estar en regla. Recibimos los sacramentos y esperamos que nos santifiquen a pesar de que no adoptamos un compromiso total y radical. De cada uno de nosotros podría decirse lo que decía un poeta árabe a su novia Leila cuando venía a él con una ornamentación extravagante y envuelta en una nube de perfumes: *«¡Quítate de ahí! ¡Quítate de ahí! Me impides ver a Leila, a la verdadera Leila»*.

Eso significa que eres y que has hecho de ti mismo un personaje truco. No es eso lo que busco en ti. Ve a buscarme a la verdadera Leila, a la auténtica Leila, a esa que es para mí una fuente, un origen, un comienzo, un misterio inagotable.

LA PASIÓN DIVINA DEL CRISTIANO

El verdadero cristianismo, el que está contenido en el Evangelio, es una llamada siempre nueva a un nuevo nacimiento, a la dignidad, a la grandeza, a la juventud, a la Belleza, a la victoria incesantemente lograda sobre la muerte. Es una llamada a resucitar.

Y sería necesario que nuestro ideal estuviera marcado por esta divina pasión y que tuviéramos ese deseo de vivir con una intensidad cada vez más grande para dar testimonio de este Cristo que es la Vida de nuestra vida, de este Cristo en quien todo es Vida, y en quien «*la Vida se convierte en la Luz de los hombres*» (Jn 1,4).

El cristiano está llamado a construirse por dentro cada día, a penetrar de la vida divina las mismas fibras de su carne. Está llamado a ir hacia su juventud inmortal y hacia su nacimiento eterno; entonces la muerte será para él, no ya la disolución de sí mismo, sino el último impulso de una vida unificada hacia la Fuente eterna.

Si el envejecimiento significa el triunfo de la biología sobre la libertad, el triunfo de la fealdad sobre la belleza y el del dejarse ir sobre la dignidad, entonces el cristiano no debe envejecer, porque debe estar orientado a partir de la eterna juventud de Dios.

Debe dar testimonio de Su Presencia tanto a través de su cuerpo como a través de su espíritu. Y ese espíritu no puede comunicarse a los demás más que a través del cuerpo que, en consecuencia, debe conservar siempre su dignidad.

EL EVANGELIO VIVIDO NOS TRANSFORMA DE MODO RADICAL

El Evangelio quiere evangelizar, primero, nuestra humanidad en nosotros mismos. Se dirige a nuestra carne, a

nuestra sensibilidad, a nuestro corazón, para hacer de nosotros «*un hombre nuevo*» (Ef 2,15). El Evangelio quiere llevar a cabo una transformación radical en nosotros.

En una vida cristiana normal debería quedar superada incesantemente la biología, y las pasiones deberían estar tan bien armonizadas que, al alcanzar su plenitud en el ámbito del Corazón de Dios, se convirtieran en el registro de las virtudes.

EL CRISTIANO ES TRANSPARENTE A DIOS

Si fuéramos cristianos, seríamos hombres nuevos, y el mundo entero quedaría iluminado por nuestra presencia, porque llevaríamos en nosotros ese inicio de absoluto que es la Presencia del Señor.

Esa Presencia escondida, esa Presencia nos alcanza en lo más íntimo de nosotros mismos, pero no puede manifestarse al mundo sin nuestra transparencia.

Si fuéramos cristianos, viviríamos nuestro mundo interior intensamente y comprenderíamos entonces que el otro mundo no está fuera de nosotros, sino que forma una misma realidad con nosotros.

TENEMOS QUE SALVAR A DIOS EN NOSOTROS Y EN LOS OTROS

El cristiano sería entonces alguien que siente en cada instante que Dios está en peligro, y que iría en ayuda de Dios en cada instante tanto en él como en los otros, y que se esforzaría, superando sus propios límites, por hacer de su vida un espacio para dar cabida al Eterno Amor. ¡Un niño puede comprender eso! ¡Un niño puede comprender las lágrimas de Jesús!

Para el cristiano no hay más que un solo problema, una sola llamada, la del Cristo peregrino y viajero que llama a todas las puertas de la Historia, y nos pide entrar en noso-

tros, del mismo modo que pedía la hospitalidad del caravasar la noche de Navidad.

Y como entonces, tal como ocurre con tanta frecuencia, no hay sitio para Él, y debe continuar Su marcha en las tinieblas y la soledad, en medio del fracaso y del oprobio hasta su muerte en la Cruz.

EL CRISTIANISMO APORTA UNA EXISTENCIA UNIVERSAL

Gandhi, que leía el Evangelio, no veía en el cristianismo, como la gran mayoría de los hombres de nuestro tiempo, más que una opción posible, pero en modo alguno una obligación. Gandhi no llegó a ver que el cristianismo no pretende, en primera instancia, aportar un pensamiento, una doctrina o una enseñanza, sino una existencia universal.

El cristianismo nos aporta una existencia universal y sin fronteras. Los cristianos tenemos el deber de existir universalmente porque estamos ligados a Cristo y porque Él mismo es la fuente de una existencia universal.

La existencia universal brota de Cristo infinitamente. Por eso Le amamos e intentamos vivir de Él.

Los cristianos tenemos el deber de existir universalmente, el deber de existir para todos. Todos están incluidos en este amor sin fronteras, no para encontrarse limitados o para renunciar a sus modos de vivir y de pensar, sino para superarlos.

Hay algo más grande que todos los conceptos y sistemas, es esa *Presencia* imposible de formular y que ningún lenguaje puede traducir, esa Presencia que es el Dios vivo y el Cristo Eterno.

LA VOCACIÓN CÓSMICA DE SANTA TERESA DE LISIEUX

Santa Teresa de Lisieux comprendió la inmensidad de la vocación humana. Comprendió que no se trata de san-

tificarnos para nosotros mismos, para alcanzar nuestra propia felicidad.

Lo que quería y se sentía llamada a ser era el corazón de la Iglesia. En consecuencia, su visión abarca de inmediato todo el mundo y siente que su misión es llevarlo sobre sí.

Y sabemos que, efectivamente, lo llevó. Sabemos que su oración silenciosa de clausura y su actividad insignificante franqueó todos los muros y todas las fronteras e hizo florecer la gracia en millones de almas, simplemente por haber aceptado, sin emplear palabras, aunque entrando plenamente en su realidad, ser verdaderamente un origen, un comienzo, un creador.

La vocación de santa Teresa es también la nuestra. No estamos frente al Cristo crucificado para conmemorar una historia pasada y conmovernos a flor de piel por un suplicio inexorable. Estamos frente a Él para volver a encontrar el sentido mismo del gesto creador, para consumir y acabar este gesto y darle toda su plenitud, para liberar al mundo de sus desórdenes y al Universo de sus gemidos, a fin de que se vuelva digno de Dios y digno de nosotros.

SER CATÓLICO

Estamos convencidos de que no hay nada mejor para el hombre que una existencia universal, abierta a todas las perspectivas, que no conozca ninguna frontera ni de tiempo, ni de raza, ni de clase, ni de continente.

Se trata únicamente de ser esta ofrenda, este Corazón y esta Vida de Dios. Se trata de ser Jesús como un espacio en el que toda libertad se sienta acogida, en el que toda existencia tenga la revelación y la consumación cabal de sí misma.

«Dios ha dilatado mi corazón y lo ha hecho tan inmenso como la orilla del mar» (Liturgia para la fiesta de santa Teresa de Lisieux).

Es en Jesucristo donde estamos llamados a encontrarnos, a reconocernos, a consumarnos y a reunirnos. Sólo Él, Jesús, puede hacerlo.

Dado que Él no tiene fronteras, sólo Él puede liberarnos de las nuestras y convertirse en nosotros en un fermento de liberación que nos universaliza y nos hace «católicos» en el verdadero sentido de la palabra.

Y es que «católico» no es el nombre de una secta, es el nombre inefable de la Caridad. Ser «católico» es ser universal. Ser católico significa no tener fronteras, no poseer nada, no monopolizar nada, convertirse en *don* respecto a toda criatura, como el mismo Jesús, que se revela y comunica personalmente en Su Santa Humanidad, en Su eterna comunicación de luz y de Amor.

«Oh Dios que creaste al hombre en una admirable dignidad y lo re-formaste de un modo aún más admirable...».

Esta re-formación magnífica, sobreabundante y prospectiva de la Creación es una mirada hacia adelante. Ella nos invita a entrar hoy en nuestra vocación de creadores, a tomar conciencia de la inmensidad de nuestra vida, del poder infinito de nuestra libertad y de la catolicidad y universalidad del acto humano.

EL UNIVERSO ES NUESTRO CUERPO

Toda la Creación y todo el Universo tendrían, por consiguiente, su sentido en esta vocación que invita al hombre a desprenderse de sí mismo, a ofrecerse, a llegar a ser transparente a la Presencia divina que es la Vida de nuestra vida.

Y todo el Universo estaría ligado a los seres inteligentes y constituirá su cuerpo. Y es que el Universo es nuestro cuerpo, puesto que nos alcanza, puesto que somos solidarios con él y no podemos conocer nada de él sin experimentar su acción sobre nosotros.

Esta visión del Universo, cuya vocación sería ofrecerse a través del hombre y volverse transparente a la Presencia divina, nos introduce de inmediato en la concepción y en el descubrimiento de un compromiso de Dios a través de su obra, pues, si ese es el designio creador (la mediación necesaria del hombre para que el Universo sea lo que Dios quiere que sea), la Creación no puede ser más que una historia de pareja.

La tarea del hombre consiste en interiorizar este inmenso cuerpo que es el Universo en su conjunto y hacerlo transparente a la Presencia divina, coronar finalmente esa libertad creadora en que toda criatura se entrega a través del corazón del hombre, llamado a animar todo el Universo.

LA TRANSFORMACIÓN DEL UNIVERSO ESTÁ LIGADA A LA CALIDAD DE NUESTRA VIDA

La historia del mundo es una historia vivida en pareja, una historia de amor. Por eso el relato de la falta original nos hace oír el grito de la inocencia de Dios. Dios no tiene nada que ver con el mal, con el sufrimiento. No tiene nada que ver con la muerte, nada que ver con los desórdenes y los cataclismos cósmicos, porque Él está siempre presente, es siempre don, siempre amor, se ofrece siempre sin imponer nada.

Sin embargo, está necesariamente desarmado ante las negativas de nuestro amor y por eso la pasión de Jesús tiene una grandeza y una significación cósmicas. No afecta sólo a la humanidad, sino a todo el Universo, del mismo modo que es la recuperación y la recapitulación de toda la Historia.

En la medida en que comencemos a vivir humanamente y en la medida en que, por medio de la sobriedad, la castidad, la justicia y el amor, nos desprendamos del bruto y de nuestros instintos ancestrales, liberándonos de las pul-

siones animales, el Universo, al mismo tiempo que nosotros mismos, se transformará. Ya no será una cárcel, sino que se convertirá en el altar de la contemplación de los auténticos sabios y de los artistas dignos de ese nombre.

LA EUCARISTÍA, CUSTODIA DE LA PRESENCIA QUE QUIERE INVADIR TODA LA CREACIÓN

No hemos de atacar o subestimar el mundo visible, puesto que transparenta un mundo invisible. Con todo, no tenemos que estar sometidos a los elementos del mundo encerrándonos en el rechazo a lo invisible y encerrándonos a cal y canto en nuestro yo propietario, un yo totalmente incapaz de entablar ninguna verdadera comunicación consigo mismo, con la humanidad, con el Universo.

Todas las músicas del mundo dan testimonio de una Presencia en el Universo. Todas las artes del mundo, cuando son espontáneas y sinceras, cuando no son puro exhibicionismo, dan testimonio de esta presencia que aflora hasta en los fenómenos visibles.

La Eucaristía está en el centro de esta transparencia del Espíritu a través de la materia, porque es la custodia inmensa de esta Presencia que quiere invadir toda la Creación, a fin de que toda ella respire en Dios.

EL REALISMO DEL CRISTIANISMO Y SU DATO FUNDAMENTAL

Existe en el cristianismo un realismo infinito, puesto que todo tiene lugar aquí y ahora. La eternidad se sitúa aquí y ahora. Aquí y ahora encontramos a Dios y se revela, y es aquí y ahora cuando la libertad se realiza a través de una opción original que hace de nosotros, en cierto modo, los creadores de nosotros mismos.

Nuestro universo es un universo de pasiones, un universo en el que nuestra energía vital puede difundirse espontá-

neamente, puesto que, al fin y al cabo, no hay para nosotros otra realidad que la que abarca nuestra pasión.

Y si descuellan algunos hombres, si hay santos, los hay en la medida en que la pasión de estos hombres es una pasión que asciende, una pasión generosa y universal.

Y justamente el dato fundamental del cristianismo es que Dios mismo es una pasión devoradora e infinita.

San Francisco es, a buen seguro, el hombre que más se ha acercado a Dios, el hombre que ha comprendido con mayor profundidad que Dios es una pasión, y esto tuvo lugar cuando comprendió que Dios *es* la pobreza.

LA CRISIS DE LA MORAL
CRISTIANA

NECESIDAD DE LA MORAL CRISTIANA PARA QUE EL
HOMBRE CONQUISTE SU LIBERTAD

La moral evangélica, una moral creadora por excelencia como lo es también el mismo dogma –fuente a su vez de esta moral–, no es más que una invitación a liberarnos del Universo, a fin de que no dependamos más de esas fuerzas oscuras que actúan en la naturaleza.

La moral quiere liberarnos de los instintos del bruto. Pretende que, de esa poca cosa que empezamos siendo, lleguemos a ser alguien, a fin de que la vida sea verdaderamente original en nosotros y brote de la fuente, para que seamos los creadores de nosotros mismos en esta vida de ofrenda a la que nos llama el Evangelio.

El mundo empezará a existir auténticamente, y Dios aparecerá en él de verdad como el Creador, cuando nos hayamos consumado como hombres, esto es, cuando hayamos conquistado nuestra libertad, cuando nos hayamos creado a nosotros mismos a la luz del Amor Eterno.

Jesús no nos trae una moral ya hecha y prefabricada, una especie de esquema al que tendríamos que configurar para obedecer a una voluntad despótica que nos impondría su dominio, nada de eso.

Jesús nos revela que no podemos realizarnos más que siendo los creadores de nosotros mismos y los creadores

de un Universo en expectativa que no es aún porque no puede existir más que con nuestra colaboración.

LOS ORÍGENES DE LA MORAL

Los orígenes de la moral hemos de situarlos en el hecho de que el hombre es una realidad incompleta e inacabada, dicho de otro modo, que el hombre no está enteramente determinado por sus instintos y sus inclinaciones. Está abierto a posibilidades que están mal definidas, pero que son evidentes.

En el mundo animal reina un determinismo bastante riguroso destinado a que el individuo no sea un problema para él mismo... El animal no reflexiona sobre su conducta.

El hombre, por su parte, está dotado, naturalmente, de instintos y de inclinaciones. Es un animal, pero no es sólo un animal justamente en virtud de esta apertura y del carácter inacabado que le caracterizan, en virtud de las iniciativas que se le piden. El hombre tiene que tomar decisiones que no se desencadenan a partir de sus mecanismos internos ni emanan automáticamente de ellos.

LA MORAL TRADICIONAL CAE HOY FÁCILMENTE EN RIDÍCULO

Ya desde el origen tomó conciencia el hombre de su carácter inacabado. Por eso sintió la necesidad de una moral que preservara al grupo contra la anarquía y la destrucción.

La moral desembocará, a continuación, en una religión, intentará fundamentarse en un absoluto, porque la regla, para ser obedecida, buscará apoyo en una divinidad capaz de castigar las transgresiones.

Y fue con esta forma como la moral llegó primero hasta nosotros. Todos fuimos formados para la vida moral por el Decálogo basado en una revelación divina y garantiza-

do por sanciones divinas: no es posible escapar al castigo de la Divinidad si nos revelamos contra las reglas que ella nos impone.

La moral así fundamentada ya no es aceptada hoy, incluso ha caído en ridículo. Se constata un abandono total respecto a ella, una puesta en tela de juicio de todas sus prohibiciones, incluso entre las personas honestas y entre la gente conformista. La sociedad primitiva tenía que recurrir a este freno de la moral para no destruirse: hoy no queremos ya esta moral-freno. En consecuencia, es preciso volver al principio.

Existe un origen de la moral que es eterno en el Corazón de Dios.

Existe un origen de la moral que es infinito en la Revelación de Cristo. Existe una moral que no es un freno, sino un principio de expansión y el fundamento de nuestra liberación, una moral que, bien lejos de limitar el ser, lo crea, una moral cuya exigencia es infinita, porque apunta a una liberación interior.

NO QUEREMOS YA UNA MORAL DE PROHIBICIONES

El carácter de freno de la moral le proporciona este aspecto negativo que encontramos, en el seno de nuestra propia tradición, en el Decálogo: «*No cometerás... no matarás...*».

Así pues, en la tradición, la moral es mucho más negativa que positiva; subraya la prohibición que es preciso observar para salvar la cohesión del grupo y la paz en la colectividad.

Este aspecto de freno es el que pone hoy en tela de juicio a la moral; y la crisis moral que detectamos hoy en la Iglesia, mucho más manifiesta que la crisis «metafísica» o dogmática o teológica, tiene su fundamento en una determinada concepción errónea y exteriorizante de Dios.

EL ERROR SOBRE DIOS HA TRAÍDO CONSIGO LA CRISIS DE LA IGLESIA Y LA CRISIS DE LA MORAL

La crisis de la Iglesia tiene su fundamento en una determinada concepción de Dios: la crisis ha tomado hoy esta envergadura y esta expansión porque se equivoca sobre Dios.

Hemos alojado a Dios fuera y todavía no lo hemos encontrado dentro. Es natural que se rechace a este Dios exterior que aparece como una amenaza y un límite impuesto desde fuera a la vida humana. Es natural que sintamos la intrusión de una autoridad que se impone y parece ser la negación de la libertad y de la dignidad humanas como una ofensa al espíritu y como una agresión contra este.

Nos hemos equivocado sobre Dios, no lo hemos reconocido, en consecuencia es muy natural que la moral que estaba enganchada al Dios «tradicional» haya quedado ella misma conmocionada. Si no admitimos ya a ese Dios, tampoco podemos admitir la moral de que era garante. Si no admitimos ya a ese Soberano, Rey de reyes, que tiene su trono en el cielo y nos somete a su omnipotencia, tampoco vamos a admitir las prohibiciones «bíblicas» ni los mandamientos... de Dios.

Este rechazo de Dios puede ser superado y debe serlo, puesto que el verdadero Dios está delante y no fuera, puesto que el verdadero Dios es el fundamento de nuestra dignidad. Es Él el espacio donde esta dignidad se consuma, es Él quien constituye toda la luz y toda la alegría de nuestra intimidad, es Él quien nos hace existir en plenitud. A través de Él es como nos encontramos, en Él nos amamos, y gracias a Él podemos vencer a la muerte y alcanzar la eternidad.

EL DESCUBRIMIENTO DEL AMOR CANCELA EL TEMOR

Hacia falta a buen seguro, siempre hace falta al comienzo, la sensatez, un régimen de temor. El hombre debía ser

sometido primero a mandamientos provistos de sanciones, pero ahora que Jesús lava los pies de sus Apóstoles, ya no hacen falta ni prohibiciones ni siquiera mandamientos. No hay más que el amor, el Amor que es víctima y revela el Bien como Alguien, el Amor que revela el Bien como Amor, y el Mal como la muerte de este Amor crucificado por aquellos, para aquellos y en aquellos que le rechazan.

El gran descubrimiento es que el bien no es una prohibición que viene de fuera, sino una Luz que brota de dentro.

El Bien es una Presencia que nos ha sido confiada, un Amor que nos espera, el Bien tiene un rostro, el Bien es un Corazón, como nos revela Jesús en su agonía.

El Bien es una Persona que se ofrece a nuestro amor, no es algo que tengamos que hacer. Sólo desde esta perspectiva podemos situar, comprender y admitir una nueva moral. Ahora bien, esta nueva moral es eterna y, cuando decimos que es nueva, se trata de la novedad del Evangelio, puesto que esa moral nació con el Corazón de Cristo y ese Corazón es Amor.

De ahí, pues, la única sanción: quien no se libera de sí mismo y se desprende de sus servidumbres internas no existe. No llega a conseguir su humanidad, se queda cual embrión, al menos en su experiencia terrestre, dispuesto a proseguir la experiencia más allá, en ese «purgatorio» que tal vez sea una posibilidad para que esos seres embrionarios, que se han quedado como tales, puedan consumarse y encontrarse.

LA IMPORTANCIA CAPITAL DEL DON DE SÍ A TRAVÉS DE LA TRANSPARENCIA

El carácter inacabado del hombre es una llamada dirigida a él, una llamada para que se cree él mismo en su *dignidad* y su *grandeza*. Si el hombre permanece abierto

a infinitas posibilidades, es porque está llamado no a sufrir su vida, sino a darla. Este carácter inacabado del hombre es una llamada dirigida a cada uno de nosotros: cada uno debe hacer de sí mismo un bien común, un bien universal.

Y eso quiere decir que existe una moral positiva, una moral creadora, una moral en la que el hombre se hace hombre asumiéndose a sí mismo, no para consentir a los instintos de la bestia que hay en él, sino para desprenderse de ellos, para interiorizar toda disciplina, para convertir toda regla en ocasión o en expresión del *don* de sí mismo, para escapar a su esclavitud interior, para convertirse de verdad en la fuente y en el origen de un Universo del que es creador.

Y es preciso decir más todavía: el hombre tiene la tarea de hacerse hombre para expresar por medio de su vida esa Presencia que fundamenta su dignidad, para dejar transparentar a través de él ese Bien infinito que es Alguien.

Es Cristo quien nos revela ese espacio interior que hemos de «cultivar» en nosotros mismos, es Cristo quien dará un sentido a ese espacio interior en nosotros mostrando y revelando en la Trinidad Divina el sentido mismo de nuestra libertad.

Va a mostrarnos que no podemos realizarnos más que entregándonos por completo, volviéndonos totalmente transparentes al Eterno Amor, «virginizándonos» porque tendremos un contacto oblativo con nosotros mismos, como Dios, que no tiene consigo mismo más que un contacto oblativo, un contacto en el que se comunica y en el que no cesa de despojarse a través del *don* que constituye el misterio mismo de su Vida íntima.

NO HAY MORAL, SINO UNA MÍSTICA*

No hay moral, sino una mística, y esa mística, que es todo el Evangelio, es también la más alta revelación de

Dios. Dios es el Ser. Es el Ser infinito porque es el Amor sin límites, porque no es más que el Amor, porque no hay nada en él que no sea el Amor, porque «existir» es salir de sí.

Es absolutamente digno de destacar que la palabra «existir» y la palabra «éxtasis» tengan en el fondo las mismas raíces y el mismo sentido: no existimos más que saliendo de nosotros mismos, no existimos más que yendo hacia el otro, no existimos más que en la intimidad del ser amado, no existimos más que entregándonos.

Y, si Dios existe en plenitud, es porque es todo don y nada más que esta comunicación de Sí mismo en el seno de la Trinidad.

LAS EXIGENCIAS DE LA MORAL CRISTIANA

La moral que tiene su origen en el Corazón de Dios incluye una exigencia infinita, porque apunta a una liberación interior.

Esa moral pide no padecer nada, nos pide la virginidad del corazón y del cuerpo, nos pide tal respeto a la vida que nos lleva a tratarla siempre como un fin y nunca como un medio, cosa que ya pedía el mismo Kant.

Esta moral nos pide una justicia que está basada en el reconocimiento de una soledad (de una vida interior) que lleva a Dios en cada uno y cuya dignidad está fundamentada en esta Presencia divina.

Exige una justicia infinitamente rigurosa, pero que incluye esencialmente el respeto a esa soledad humana.

VOLVER A ENCONTRAR LA PRESENCIA PARA NO SER ENTREGADOS A NUESTROS INSTINTOS PRIMITIVOS

Es verdad que la crisis moral actual no quedará superada sino en la medida en que volvamos a encontrar al verdadero Dios en el fondo de nuestros corazones, en que volvamos a encontrar el sentido de Su Presencia en nues-

tra intimidad como una exigencia creadora, como una exigencia de grandeza, de libertad y de universalidad.

La moral no es un freno, es *el único medio* de consumir nuestra vocación de dioses, el medio de que disponemos para llegar a ser dioses.

En ausencia de Dios, nuestro cuerpo nos escapa como una cosa, como un objeto entregado a las incitaciones más ciegas. Nuestro espíritu se descarría en la oscuridad de sus juegos y curiosidades nocivas, nuestros contactos con los otros se distancian y se rompen porque no nos encontramos ya en el circuito de luz y de amor donde se afirma el ser en la plenitud de su ofrenda. Es precisamente en ese circuito de luz y de amor donde «*existe*» el ser como un «*éxtasis*», como un impulso hacia el otro, como un don que responde al *don* eterno que es Dios.

UNA VIDA INTERIOR CADA VEZ MÁS INTENSA

Es preciso proceder a toda una reconstrucción del hombre, a toda una re-creación del hombre, cuya exigencia se ilumina a la luz del Evangelio.

Y es que, si el hombre se encuentra (hoy) en tamaña confusión, es porque, al no poder soportar más una moral que es un freno, no ha descubierto la moral nueva, una moral ontológica (esto es, una moral que le permite llegar a ser hombre). No ha descubierto una moral que le revele el sentido de su iniciativa. Su ser-hombre le obliga a la iniciativa, pero no sabe qué dirección debe tomar. No ha descubierto una moral que le revele el sentido de su carácter inacabado y le abra ese inmenso espacio del que nos ha hablado Pascal.

La misma crisis por la que pasa la Cristiandad nos apremia a regresar a una vida interior cada vez más intensa y a un silencio contemplativo incesantemente reconquistado, para no perder nunca de vista ese campo infini-

to de posibilidades. Somos nosotros quienes tienen que ser puestos en tela de juicio, nosotros con todas nuestras servidumbres, si es que no queremos apagar el Espíritu. Dejémonos de rodeos. No podemos concedernos permisos, porque no se trata de nosotros.

«*En el principio fue la relación*», decía el filósofo Bachelard, y nuestra vida es una relación con el Dios Vivo.

NEGARNOS A CONVERTIRNOS EN HOMBRES ES DEJAR DE EXISTIR

El hombre que se niega a hacerse hombre se queda por debajo de su humanidad. No existe como hombre, ya que anda muy lejos de ser un valor y un bien común.

Se convierte en un parásito de la humanidad y del Universo y, lo que es aún mucho más grave, rechaza la encarnación de Dios en él y a través de él. Se niega a comunicar ese Bien infinito que le espera en lo más íntimo de sí mismo y se convierte en un obstáculo permanente en el Reino de Dios, que es la condición del reino del hombre.

LA NUEVA MORAL ES UNA MORAL DE ENCARNACIÓN

Nunca llegará el hombre a su grandeza, a su libertad, a su dignidad y a su universalidad si no se revela y no se desarrolla, en la soledad de cada uno, ese Bien Divino que hace de cada uno de nosotros la encarnación de Dios.

Y es que, a fin de cuentas, la moral creadora es una moral de encarnación, una moral que permite a Dios expresarse a través de nosotros, comunicarse entre nosotros y convertirse precisamente en el fermento de nuestra unidad: entre los hombres, entre los individuos y los pueblos, así como también en el fermento del Universo, que está llamado todo él a entrar en la libertad del Amor Eterno.

EL INMENSO ENVITE QUE SUPONE LA CRISIS ACTUAL DE LA MORAL

Si no nos encontramos ante el Rostro de Dios oculto en el fondo de nosotros mismos, si no nos damos cuenta de que Él entra en juego en cada una de nuestras decisiones, puesto que es su misma Vida lo que se ventila en cada una de ellas, no nos encontramos todavía frente al verdadero Absoluto.

Porque hay un Absoluto, es ese Amor Crucificado, ese Amor frágil, ese amor que nos otorga todo su crédito y que se ha puesto Él mismo en nuestras manos confiándonos el destino de toda la Creación.

Lo que está en juego en la crisis actual de la moral es todo el Universo, toda la Historia, *todo el mismo Dios*.

Estamos llamados a ser con Dios los creadores de un universo cuya única exigencia es el Amor, según las palabras de Agustín: «*Ama y haz lo que quieras*».

Ahora bien, esas palabras tienen ahora un sentido absolutamente preciso. No se trata en modo alguno de hacer lo que queramos en el campo de los instintos no conquistados. Se trata de hacer lo que queramos porque no queremos más que una cosa: el Amor, el Amor en Persona, el Amor que es Alguien, el Amor que nos espera en lo más íntimo de nosotros mismos, que nos ha sido confiado y que se ha puesto en nuestras manos.

LOS DERECHOS Y LA MORAL DE LA PROPIEDAD

LA DECLARACIÓN DE LOS DERECHOS DEL HOMBRE SUPONE QUE ESTE HA LLEGADO A SERLO DE VERDAD

Hemos de situarnos frente al hombre como frente a un problema: se trata de conferir unos derechos o, más bien, de reconocerlos, no al hombre animal, sino al hombre en que debemos convertirnos.

Lo que tiene derechos en nosotros es la *persona*, es decir, el ser que ha conquistado, el ser que tiene una dignidad y respeta esa dignidad en sí mismo y en los otros.

En sentido contrario a lo que afirma la Declaración de los derechos del hombre, estos no nacen libres, deben conquistar su libertad. Ni tampoco nacen iguales, puesto que los dones de cada uno son diferentes.

La única igualdad consiste en que todos se encuentran situados ante la misma exigencia, a saber: que tienen que llegar a ser hombres y tienen que negarse a padecerse para convertir su vida en un espacio ilimitado de luz y de amor en el que podrá expresarse, revelarse y comunicarse el valor infinito que les ha sido confiado.

Todos los debates sobre la *justicia* están envenenados por este equívoco y todas las declaraciones de los derechos del hombre son humo y se muestran quiméricas porque suponen realizado lo que no lo está. Suponen que existe el hombre, cuando en realidad aún no es así.

LOS DERECHOS DEL HOMBRE SUPONEN EN ESTE UN VALOR INFINITO

Si el hombre no es más que tripas y conductos, si no es más que vísceras y glándulas, no tiene más derechos que una chinche o un chacal.

Los derechos deben corresponder a una rectitud, a una creación posible, a un bien universal que es el bien de todos.

No se trata de proteger la libertad privada de cada uno para que, detrás de la cortina de su vida privada, cada uno pueda hacer cualquier cosa sin que nadie tenga derecho a mirarlo.

El derecho supone una toma de conciencia de la inviolabilidad del ser humano y de tal valor en cada uno que, atentar contra él, representa un crimen. Practicar el lavado de cerebro es el crimen de los crímenes, precisamente en el sentido de que se atenta así contra lo que hay de más específicamente humano en el hombre.

EL DERECHO DEBE GARANTIZAR A CADA HOMBRE UN ESPACIO DE SEGURIDAD

«El 85 por ciento de los hombres de la tierra viven en la miseria para garantizar el superconfort del otro 15 por ciento y pronto del 10 por ciento de los mismos» (Monseñor Helder Câmara).

¿Cómo sanear esta situación y llegar a la justicia?
¿Cómo establecer el derecho?

Primero hace falta empezar por descubrirlo y definirlo:
«El derecho es lo que garantiza a cada uno en el mismo grado un espacio de seguridad que le permita convertirse en un espacio de generosidad».

Si el derecho se funda sobre esto, vemos de inmediato que el derecho, todos los derechos, y el derecho de propiedad en primer lugar, se fundan en la Pobreza según el espíritu.

Si definimos el derecho como algo que debe garantizar a todo hombre un espacio de seguridad para que pueda convertirse en un espacio de generosidad, si tiene como origen y como fundamento la pobreza según el espíritu, si no puede legitimarse más que en razón del *don* que estoy llamado a hacer de mí mismo, ese derecho concierne a todos los hombres. Todos tenemos que hacer frente a la misma exigencia de hacernos hombres; todos tenemos que liberarnos de nosotros mismos, todos hemos recibido la vocación de convertir nuestra vida en una ofrenda de luz y de amor.

Habría que pensar, por tanto, en una refundición completa de la estructura de la sociedad, no incitando a los hombres a la revolución, sino recordando simplemente que todos tenemos que hacernos hombres y que todos los derechos del hombre se fundamentan en esta vocación esencial de convertirnos en una fuente y en un origen.

EL DERECHO DE PROPIEDAD SE LIMITA A LAS NECESIDADES LEGÍTIMAS

Santo Tomás nos explica que el hombre, que es el propietario legítimo de sus bienes, tiene derecho a llevarlos, administrarlos y repartirlos según el juicio de su conciencia, pero no tiene derecho a usarlos de una manera discrecional (en el sentido de arbitraria e ilimitada). Tiene derecho a usar sus bienes para uso personal y en la medida de sus necesidades legítimas, pero todo lo que pase de ahí corresponde, según el derecho natural, a los demás, de ahí procede incluso el derecho a robar en caso de extrema necesidad, porque entonces el hombre que toma lo que le es indispensable, toma lo que es suyo.

Lo que es nuestro no es nuestro, sino de Dios.

Lo que hay en nosotros está en los otros como en nosotros, y para los otros como para nosotros.

No tenemos más títulos que los otros para poseer lo que creemos ser nuestro.

En consecuencia, todo lo que está más allá de lo necesario, tanto para nosotros como para todo el mundo, corresponde según el derecho natural a los otros...

UNA SOLA CONCIENCIA HUMANA PUEDE CONVERTIRSE EN UN BIEN COMÚN PARA TODA LA HUMANIDAD

Hay un contagio de luz que se lleva a cabo de una conciencia a otra cuando una de ellas se ilumina, porque, si una sola conciencia es auténticamente fiel a las exigencias del ser-verdaderamente-hombre, se convierte por ello mismo en un bien común que toda la humanidad está interesada en defender. Es entonces y ahí donde surgen los verdaderos derechos del hombre, cuando aparece ese bien universal en el interior de una conciencia humana, ese bien que enriquece a todos los demás porque se convierte para todos en un fermento de liberación.

«Me dices: “muéstrame a tu Dios”. Y yo te respondo: “Muéstrame primero lo que eres y yo te mostraré a mi Dios”» (Teófilo de Antioquía). Muéstrame si están abiertos los oídos de tu corazón, muéstrame si están purificados los ojos de tu alma, muéstrame si eres capaz de llegar al manantial de la Fuente y beber en ella con toda la pureza de un amor transparente, y yo te mostraré a mi Dios: muéstrame el hombre que eres y yo te mostraré a mi Dios.

Hoy es el ateo quien dice al creyente: «Muéstrame el hombre que eres, y quizás pueda yo creer en tu Dios».

LA IGLESIA

LA IGLESIA ES CRISTO

La Iglesia es mucho más que un simple vínculo con Jesucristo. La prueba de ello la tenemos en el testimonio apostólico y en la conversión de san Pablo.

Pablo quiso extirpar el cristianismo a causa de su peligrosa novedad y, cuando cayó fulminado por la gracia ante Damasco, recibió esta respuesta: *«Yo soy Jesús a quien tú persigues»*.

Esta respuesta de Jesús a Pablo aclara el sentido de la Iglesia, puesto que, en la visión de Pablo, existe identidad entre Cristo y la comunidad que Pablo persigue y quiere destruir. El apóstol aprende, por tanto, del mismo que lo transforma radicalmente, que esta comunidad, la Iglesia, es Él mismo.

La Iglesia aparece para la fe de san Pablo y para la nuestra como una transparencia de Jesús: se trata de Su Persona, que es toda Luz, de su Amor, que es todo libertad, de su Presencia, que nos va a transformar en la medida en que la acogamos.

Sin embargo, también está claro que la Iglesia ha dado lugar a las mismas confusiones que Dios, visto y representado como el Dios Pantocrátor. Del mismo modo que está claro que el cristianismo, en su curva histórica, no ha correspondido a esta vocación primera e inalienable de despojo que es la única que puede justificar nuestras rela-

ciones con la Iglesia, ni tampoco ha correspondido a la llamada de la Iglesia a nuestros espíritus y a nuestros corazones.

Tenemos que volver a descubrir de pronto, como Pablo en las puertas de Damasco, a Jesús en persona, Vida de nuestra vida, a través de ese inmenso sacramento comunitario que es la Iglesia.

Y si lo descubrimos, entonces no habrá otra salida para nosotros que seguir las huellas de Pablo y dar testimonio de esta Presencia (aquí y ahora) reconociéndolo en nosotros y en los otros.

NORMALMENTE, NO LLEGAMOS A JESÚS MÁS QUE A TRAVÉS DE LA IGLESIA

No tenemos acceso a la Persona de Jesús más que a través de esta comunidad primitiva que tomará el nombre de Iglesia.

Ella fue la que escribió los documentos de que disponemos y reconoció el carácter inspirado de esos escritos, sólo ella nos vincula con la Persona de Jesús.

Para que persista la revelación cristiana, es preciso que también lo haga Jesús. Por eso la revelación cristiana no podrá desprenderse nunca de la Persona de Jesús. Sin esta Persona, y contando sólo con los textos del Nuevo Testamento, habríamos quedado reducidos a los comentarios y a los comentarios de los comentarios.

Para que persista la revelación, hace falta que todos los hombres tengan la posibilidad de encontrar a Jesús en Persona, sin que nadie se interponga entre Él y el hombre. Es preciso que cada hombre pueda entrar en contacto con la Fuente divina. Es preciso que cada hombre pueda recibir a Cristo en Persona como el fermento de su liberación. Y ese es, sin duda, el sentido de las palabras dichas a Saulo cuando se convirtió en Pablo: *«Yo soy Jesús a quien tú persigues»*.

De ahí se desprende que la comunidad visible que llamamos Iglesia no es más que un sacramento, un sacramento de esta Presencia personal de Jesucristo.

LA IGLESIA GARANTIZA LA PRESENCIA PERMANENTE DE JESÚS EN EL MUNDO

En nuestro caso, y en la medida en que la Iglesia nos afecta, se trata de descubrir su esencia a la luz de la fe, es decir, a la luz de la intimidad del mismo Cristo. Y aquí tenemos que concentrar toda nuestra atención en esta misión esencial de la Iglesia revelada a Pablo: ser Jesús presente en el mundo hasta el final de la Historia.

Si la Iglesia es eso y si nos afecta, si percibimos su carácter sacramental, si vivimos de ella, ya no se trata, en nuestras aspiraciones limitadas, de nosotros, de nuestras conveniencias y gustos personales, a menos que no vayan hasta la cima del despojo y del amor, se trata de la Vida de Cristo, de *Su Presencia* y de *Su Persona*.

LA CONSUMACIÓN DE TODA MISIÓN EN LA IGLESIA

La misión de la Iglesia no puede llevarse a cabo más que en estado de abandono, es decir, en estado de total desaparición en la Persona de Jesucristo.

La misión en la Iglesia se lleva a cabo a través del abandono y remontando hacia Dios, puesto que en Él toda la vida se manifiesta como un abandono del Padre en el Hijo, del Hijo en el Padre, en el abrazo del Espíritu Santo¹.

1. La Iglesia, ese inmenso Cuerpo místico de Cristo, está llamada a ser a semejanza de Dios, a responder del modo más perfecto posible al proyecto de Dios cuando crea al hombre y todo el Universo. Y las relaciones de los miembros de la Iglesia entre ellos se modelarán a partir del «estilo» eterno de las relaciones intradivinas: en Dios se manifiesta la vida, eternamente, como abandono de cada Persona divina en la Otra.

El desapropiamiento del Apóstol en la Iglesia es un desapropiamiento sacramental: el Apóstol ha recibido una misión en la que debe desaparecer por completo. Recibir el apostolado a la luz de Pentecostés es renunciar, de manera inmediata y radical, a nosotros mismos para no ser más que testigos de Jesucristo y transmisores de Su Presencia.

Y esta renuncia institucional, si así podemos llamarla, o, mejor aún, sacramental, debe insertarse, como es natural, en toda la vida, tanto en la de los Apóstoles como en la de aquellos que se asociarán a su palabra y a través de ellos recibirán a Cristo.

Esta renuncia debe insertarse siempre en su vida con el mismo significado de liberación y de consumación de nuestra libertad, siempre con el mismo sentido de no limitar la Presencia infinita que es la respiración de nuestra libertad y la fecundidad ilimitada de nuestra acción.

EN LA IGLESIA SÓLO ESTAMOS LIGADOS DE MANERA PERMANENTE A JESÚS

El hombre que es miembro de la Iglesia o jerarca de la misma tiene que suprimir siempre en él al hombre.

Lo esencial es que no estemos sometidos nunca a los límites de los hombres de Iglesia, ni a sus eventuales negaciones.

En la Iglesia sólo estamos vinculados a Jesucristo. Cuando celebro la Eucaristía, sé que no soy yo, sino *Él* y sólo *Él*, y cuando me confieso, sé que lo que me conduce al sacerdote es únicamente la Presencia de Cristo a través de él –e incluso, si hiciera falta, a pesar de él– quien me va a transmitir la luz de Su gracia en la alegría de Su paz.

Existe por tanto una sustracción, que se realiza espontáneamente en la fe, y que consiste en hacer desaparecer al hombre en el hombre que es miembro de la Iglesia o

jerarca: «*No fue ni Pablo, ni Pedro, ni Apolo quienes murieron por vosotros, no fuisteis bautizados en su nombre*» (1 Co 1,12).

Lo esencial es que no estemos sometidos a los límites de los demás, aunque sean jefes, y que no estemos limitados por sus posibles negaciones ni por las nuestras.

CONDICIONES PARA LA REALIZACIÓN DE LA MISIÓN EN LA IGLESIA

La Iglesia es una sociedad sacramental que reposa en la soledad de cada uno, puesto que no tiene otra misión que comunicar la Presencia de la Libertad en Persona que es el Verbo hecho carne.

La Iglesia no puede realizar, por tanto, su misión, ni nosotros podemos ofrecernos nosotros mismos a su luz más que yendo hasta el final de esta renuncia liberadora, más que ofreciéndonos a este poder de renuncia que es el Dios Vivo.

Está claro que a los ojos de la fe, de la fe de san Pablo y de todos los grandes místicos, la Iglesia no ha podido ser nunca otra cosa ni ha podido ser vivida a otra luz.

PUEDA SUCEDER, EN LA IGLESIA, QUE EL TESTIGO TRAICIONE A CRISTO

El hombre que lleva el mensaje y que, por la misión que ha recibido de Cristo, es testigo de su Resurrección, el hombre que lleva a Cristo y está llamado a comunicar Su Presencia, ese hombre puede traicionar a Cristo.

Pedro fue el primero en traicionarlo cuando dejó de desaparecer en la Persona de Jesús. Sí, hasta Pedro, que había recibido este nombre del mismo Jesús en razón de la función que iba a desempeñar, puede convertirse en Satán cuando deja de desaparecer en la Persona de Jesús, porque no está ya libre de sí mismo y padece de nuevo su ser prefabricado.

LA IGLESIA DEBE DIRIGIRSE HUMILDEMENTE A LA DIGNIDAD DE CADA HOMBRE

Todo hombre pide ser tratado como una persona, nada le ofende tanto como el desprecio de su dignidad, nada concurre más a su liberación como hacérsela notar a través del respeto que le atestiguamos. La Cruz es la medida más alta de esta dignidad humana.

Cómo mirar la Cruz sin reconocer que Dios nos trata como personas y cómo dudar, refiriéndose a la Cruz, de que el cristianismo no esté ordenado por esencia a este elemento común a todos los hombres y que es precisamente su dignidad.

En consecuencia, la Iglesia debe dirigirse a esta dignidad, y debe hacerlo con tanta humildad que cada uno pueda sentirse incluido en su universalidad por aquello mismo que le hace hombre. Únicamente bajo este aspecto reconocerá todo hombre a la Iglesia el derecho a hablarle.

No todos tenemos la misma función, no todos somos jerarcas, no todos somos responsables sacramentales de la vida comunitaria, pero sí tenemos todos la misma misión: la de ser «Cristóforos» y comunicar al mundo la luz de su rostro.

REFORMA DE LA IGLESIA

Lo que parece seguro es que el Concilio, que el conjunto de la Cristiandad, no ha tomado conciencia aún de que la verdadera reforma se llevará a cabo cuando la Iglesia haya cambiado de Dios.

Tenemos que explicarnos, ¿no es así? La Iglesia es inmaculada, es virginal, es el sacramento del que vivimos en la medida en que vivimos de Cristo. Ella es incluso nuestra misión, puesto que toda gracia es una misión, y no podemos adherirnos al segundo Adán sin asumir toda la humanidad y todo el Universo, sin ser responsables de la

liberación y de la salvación de todos los hombres y de toda la Creación.

Con todo, si queremos transformar las apariencias, si queremos llegar a una conciencia común y simbolizar en las instituciones visibles la identificación de la Iglesia con Jesucristo, si queremos que el hombre de la calle no pueda tener dudas sobre esta identificación, es preciso desprendernos por necesidad del Dios, mal conocido, del Antiguo Testamento, del Dios todavía envuelto en los límites de un profetismo, por supuesto en progreso aunque nunca definitivo, para llegar al Dios de la eterna Pobreza

L A E U C A R I S T Í A

LO ESENCIAL PARA COMPRENDER BIEN LA EUCARISTÍA

Lo esencial en cuanto al misterio de la Eucaristía, aun manteniendo con la misma firmeza que en la Eucaristía tenemos el sacramento del Cuerpo y de la Sangre del Señor, aun manteniendo que a través de ella tenemos un acceso absolutamente auténtico e infalible a la presencia de Nuestro Señor, cuerpo, sangre, alma y divinidad... aun manteniendo todo esto, lo esencial es que este misterio adorable de la Eucaristía se sitúa en el corazón del misterio de la Iglesia y que el misterio de la Iglesia y el de la Eucaristía son indisolubles.

La Eucaristía y la Iglesia son indisolubles porque a través de la Eucaristía es como la Iglesia no cesa de engendrarse. Y nosotros no podemos asociarnos efectivamente a Cristo más que ensanchándonos a las dimensiones del Universo, entrando en la catolicidad de este amor y constituyendo juntos este Cuerpo místico del que Cristo es la Cabeza, ese Cuerpo místico que es el único que tiene derecho a invocarle y a evocarle.

Por eso toda consagración que no esté basada en la llamada del Cuerpo místico es *a priori* inválida... No cabe duda de que un sacerdote indigno conserva el poder de consagrar, aunque sólo en la Iglesia, por la Iglesia y para la Iglesia.

LA EUCARISTÍA NOS HACE PRESENTES A JESÚS

«Dios estaba en el mundo, pero el mundo no le reconoció» (Jn 1,10).

La Encarnación de Jesús no significa que Dios ha bajado del cielo para venir a la tierra, que aún no habría visitado: «Estaba en el mundo, pero el mundo no le reconoció». La Encarnación significa la venida a nosotros de una Humanidad que ha llegado a ser infinitamente presente a Dios.

Tampoco la Eucaristía significa que Jesucristo, Nuestro Señor, se hace presente como si no lo estuviera antes, pues Jesús está siempre presente a la humanidad no sólo por Su divinidad, sino también por Su humanidad.

Más aún: la Humanidad de Nuestro Señor está presente siempre en cada uno de nosotros. Jesús es la luz que ilumina a todo hombre, y por su Humanidad nos vienen todas las gracias.

La Humanidad de Nuestro Señor no cesa nunca de sernos presente, somos nosotros los que no nos hacemos presentes a la Humanidad de Nuestro Señor.

Nuestro Señor está presente, somos nosotros quienes estamos ausentes, y al misterio de la Eucaristía le corresponde abrirnos a esta Presencia y hacerla circular en nosotros. Si me permiten, y para tomar una comparación muy imperfecta y que debemos olvidar de inmediato, Nuestro Señor está siempre presente por su divinidad y por su humanidad, como están presentes las ondas de la radio: la Consagración es la apertura de la radio que permite captar esta Presencia ya dada, pero con la que no hemos sintonizado.

LA EUCARISTÍA ES EL SACRAMENTO DE UN AMOR UNIVERSAL

En la Eucaristía está el hogar del Amor Universal.

En la Eucaristía se encuentra la llama de amor viva en que el corazón de la Iglesia se une al Corazón de Jesús, a condición de que nuestros corazones estén abiertos universalmente y no reduzcamos a Cristo a un pequeño «Buen Dios» fabricado para nuestro uso personal y podemos guardar en el bolsillo.

La comunión es siempre una realidad universal, y la manducación del pan consagrado es signo de otra manducación, signo de una identificación misteriosa que se realiza en lo más profundo de nosotros mismos, si es que vivimos en sintonía con la existencia universal de Jesús.

Nuestra comunión es siempre la comunión de toda la Iglesia, de toda la humanidad y de todo el Universo, y tiene una importancia capital que demos a la presencia eucarística toda su grandeza a fin de que no limitemos esta Presencia a una especie de idolatría.

Cuando asistimos al Santo sacrificio lo hacemos siempre para ensanchar nuestro corazón a las dimensiones del Corazón de Cristo y llevar en nuestro amor a toda la humanidad, de otro modo Jesús sería un ídolo que podemos guardar en el bolsillo.

NO PODEMOS IR A JESÚS MÁS QUE JUNTOS

La Eucaristía es el requerimiento dirigido a cada uno de nosotros para que nos hagamos universales.

«Vendréis a Mí con el corazón inmensamente abierto, asumiendo cada uno a los otros como iguales a él mismo, vendréis a Mí mirando al otro como a Mí mismo, pues en cada hombre tengo hambre, sed, sufro, soy pobre, estoy cautivo y abandonado».

Eso es la Eucaristía. No podéis venir a Mí más que juntos, formando ese Cuerpo místico que abraza a toda la humanidad, llevando unos las cargas de los otros, amando como Yo amo. No podéis venir a Mí más que respetando en Mí esas relaciones con todos que me son consubstan-

ciales, esas relaciones sin las que no puedo existir, esas relaciones que, si Me las negáis. Me convierten en un ídolo y en un dios falso. Vendréis, pues, a mí con toda esa humanidad, toda esa historia y todo ese universo.

Eso es la Eucaristía, los sponsales entre Cristo y la humanidad, ese matrimonio consumado, esa reciprocidad de amor efectivamente vivida y ejercida que nos pone frente al Verdadero Cristo, el segundo Adán, que nos hace entrar en el circuito de Amor de la Santísima Trinidad.

La Eucaristía nos universaliza en un ecumenismo auténtico y hace de nosotros mismos una presencia realizada por doquier, a través de ese centro eterno en que se funden y reúnen todas las intimidades humanas.

LA UNIDAD DE LOS HOMBRES MEDIANTE UN VÍNCULO MÍSTICO

A través del intercambio llevado a cabo entre todos los hombres, en y por la Eucaristía, se realiza (o al menos se hace posible) el sueño de una humanidad unida.

Los hombres, en efecto, no pueden unirse biológicamente, sus instintos son incapaces de unirles de verdad.

Para que la humanidad se una y se convierta en una humanidad digna de sí misma, libre y creadora, necesita el vínculo místico de la Eucaristía, es preciso que Dios sea la respiración común de todos, es preciso que el mismo corazón de Dios pase a todos los corazones y que cada hombre reconozca en los otros la inmensidad de la Presencia y la grandeza inefable de la pobreza divina.

COMULGAR ES HACERSE PRESENTE A TODA LA HUMANIDAD*

La Eucaristía es un banquete porque supone que todos los hombres están reunidos en torno a la misma mesa. Y esta buena convivencia (convivialité) a la que quiere hacernos llegar la Eucaristía supone que comulgamos con los

hombres antes de comulgar con Jesús o, más bien, eso significa, lo que es aún más justo, que la condición de nuestra comunión con Jesús es nuestra comunión con toda la humanidad.

La comunión no consiste sólo en abrir la boca o en tender las manos, de lo contrario sería una idolatría, una superstición indigna de Dios y del hombre. Lo que se pretende en la comunión es hacernos Cuerpo místico, hacernos Iglesia, hacernos universales; lo que se pretende es salvar el mundo y divinizar toda la Historia y todo el Universo.

En el Evangelio se da ese encuentro misterioso con Jesucristo en la Historia de los hombres. Es éste un misterio que percibimos en la Misa.

En la Misa aparece la respuesta que esperamos a nuestro deseo de grandeza: se nos ofrece una grandeza para todos, una grandeza que es una posibilidad de irradiación hasta los extremos del Universo. Tenemos la posibilidad de recoger toda la Historia del mundo y convertir el pasado en un presente que tiende ya hacia el futuro, un presente que, en un solo instante, puede convertir toda la Historia en la afirmación del Reino de Dios.

LA MISA NO ES UN ACTO MÁGICO

Si no hubiera en todo el mundo al menos un alma en estado de perfecta caridad, en estado de apertura a toda la humanidad, un alma, en fin, que constituyera en sí misma, en virtud de la universalidad de su amor, el Cuerpo místico de Cristo... si no existiera al menos esta alma, todas las Misas serían inválidas, porque la Misa no es un acto mágico. La Misa es la llamada del Cuerpo místico que es el único que está en contacto con Su Cabeza, Jesucristo.

No estamos en un mundo mágico, sino en un Universo místico, en un Universo sacramental cuya clave de comprensión es el desapropiamiento de nosotros mismos y un amor universal.

COMULGAMOS POR LOS OTROS

Si vemos en la Eucaristía el sacramento de un amor universal, comprenderemos más fácilmente que comulgamos por los otros y no por nosotros.

Si cada uno de nosotros estuviera solo, no habría necesidad de comunión: cada uno iría a Dios a su manera, con su propia «música», con sus imágenes y sus símbolos.

Si existe una eucaristía que debe reunirnos a todos, si todos los sacramentos son comunitarios es justamente porque no podemos ir a Dios solos, no es posible ir a Dios reduciéndolo a nuestros límites. No es posible ir a Dios más que junto con todos los otros, y entonces vamos a comulgar con los otros por los otros.

Y también es preciso que nuestra comunión sea el viático de todos los moribundos, la iluminación de todas las soledades, el alivio de todos los enfermos, la consumación de todos los difuntos, es preciso que toda la humanidad y todo el Universo comulguen en nosotros y con nosotros

PRESENCIA CONSCIENTE ANTE EL SANTÍSIMO SACRAMENTO

En algunas ocasiones nos acontece caer en la cuenta de repente de esta realidad increíble: toda la grandeza de Dios, todo Su Poder, toda Su Santidad se concentra en una migaja de pan.

No necesita Dios otra cosa que esta migaja de pan para concentrar en el corazón de nuestro mundo toda Su Presencia y toda Su Grandeza.

El Señor permanece entre nosotros en esta situación infinitamente humillada en apariencia, y de repente la migaja de pan se transfigura, inflama a todo el mundo y se convierte en la más alta lección de grandeza en nosotros.

No se trata de hacer, sino de ser. No se trata de basarnos en la opinión, de presumir y de exhibir nuestros talen-

tos, no se trata de esperar la aprobación y la admiración, sino de ser este don sin límites.

JESUCRISTO ES CAPAZ DE REUNIR TODOS LOS TIEMPOS Y TODOS LOS SIGLOS

No celebro nunca la Misa sin pensar que detrás de nosotros están todos esos siglos con todos esos muertos innumerables.

Y pienso que todos esos rostros desconocidos y anónimos están alrededor del altar y esperan el momento que debe reunirnos a todos en la unidad, en la actualidad de una Presencia única, la de Nuestro Señor Jesucristo.

Sólo Cristo es capaz de reunir todos los tiempos y todos los siglos en ese Centro único en el que todos nos tocamos y en el que todos nos somos interiores unos a otros, ese Centro es *Él mismo*, es Su Corazón y Su Amor.

Y lo que es verdad de la Eucaristía, lo es de todos los sacramentos.

LOS OTROS SACRAMENTOS

LA NECESIDAD DEL NUEVO NACIMIENTO

Maurice Zundel habla rara vez del sacramento del bautismo propiamente dicho, pero habla con mucha frecuencia del nuevo nacimiento, sin unirlo necesariamente al bautismo, por ejemplo en el bello texto siguiente.

Cuando el sabio o el artista buscan un universo con el que puedan dialogar, y no se conforman ya con asociar automatismos, cuando buscan una inteligibilidad, un pensamiento, un rostro, una presencia, y se entabla el diálogo al mismo tiempo que se enciende el asombro en la acción de gracias, cuando toda la vida está consagrada a intentar comprender para entrar en este secreto de amor y expresarlo, entonces es otro hombre (el que ha nacido), otro Universo (el que nace) y nos encontramos ante la manifestación del Verdadero Dios.

Nada es más seguro ni está mejor acreditado experimentalmente que esta necesidad absoluta de nacer de nuevo para conocer de manera auténtica el mundo, al hombre y a Dios.

LA CONFIRMACIÓN

La catequesis de confirmación debería centrarse en hacerse cargo del Cuerpo místico, en el ejercicio pleno de

nuestra catolicidad, en el sacerdocio de cada miembro de Cristo. Su verdadero título es «nuestro Pentecostés».

Sería preciso subrayar su estrecha conexión con el bautismo y la Eucaristía: nacemos a Dios, nos revestimos del hombre nuevo en el bautismo, en vistas al Cuerpo místico, del que la Eucaristía es a la vez símbolo, alimento, centro y hogar. Se nos confirma para «eucaristiar», para transubstanciar a la humanidad entera en el Cuerpo místico del Señor por medio de la levadura, asimilada por cada uno, del Cuerpo personal del Señor recibido en la Sagrada Comunión.

CONFESIÓN Y REPARACIÓN

No nos confesamos por nosotros, sino por los otros.

Aquí es preciso llevar cuidado: está perfectamente claro que no hay más que una sola falta y consiste en *negarse a amar*, y que no hay falta sino en la medida en que se dé esta negativa a amar, en la medida en que se dé esta ausencia que oponemos a la Presencia de Dios

No hay más que una sola falta y consiste en herir al Amor en el Corazón de Dios, de este Dios que es infinitamente más madre que todas las madres de la tierra.

Y no hay más que una sola manera de reparar nuestras faltas: amar, amar, amar a fondo, amar el doble y el triple, amar cada vez más.

Y como el amor es incompatible con el mal y la falta, en cuanto amamos, queda abolida la falta.

La única reparación de nuestras faltas de amor es, por tanto, el amor. En cuanto nos hayamos dado cuenta de que nos hemos salido del diálogo de amor, la única reparación consiste en volver de inmediato a ese diálogo... y se acabó. Nos encontramos de nuevo instalados en la plenitud del encuentro, del matrimonio y del amor.

Entonces, ¿por qué confesarnos, si hemos recobrado ya, y de manera inmediata, el estado de gracia?

Pues, justamente, porque nos confesamos para expresar que no hemos pecado sólo contra Dios, sino también contra la humanidad y contra todo el Universo.

Cada una de nuestras faltas disminuye la luz del mundo y hace daño a toda la humanidad y a todo el universo, retrasando la venida de Dios e interceptando la difusión de la luz divina.

Por consiguiente, no sólo tenemos que reparar respecto a Dios, cosa que podemos realizar instantáneamente, sino también respecto a los hombres. Y estos tienen una existencia visible que requiere una reparación visible.

LA UNCIÓN DE LOS ENFERMOS

El sacramento de la unción de los enfermos quiere convertir todo lo que queda de vida en un ser humano en un don a toda la comunidad: se trata de vivir nuestra muerte como un acto de vida en y para la comunidad.

El sacramento de los enfermos es una afirmación suprema de la comunión de los santos.

Al niño pequeño se le bautiza para que escape de sus límites, para que no sea un pequeño parásito que devora sin dar nada, sino para que él mismo lleve ya sobre sí el Sol divino.

Del mismo modo, quien se encuentra ya cerca de ser liberado de sus funciones en la tierra hará de su muerte, o por lo menos está llamado a hacerlo, un don de vida a través de la entrega de sí mismo a toda la comunidad y a través de toda la comunidad, a través de la fe en el amor, a través de la fe en la eternidad del amor y en la alegría de la resurrección.

EL SACRAMENTO DEL MATRIMONIO

El matrimonio representa y realiza la unión entre Cristo y la Iglesia.

No hace falta decir que está ordenado, explícitamente, a la comunidad, a toda la humanidad y a todo el Universo.

Esta pequeña Iglesia que es el hogar está naturalmente contenida y abierta a la gran Iglesia, a la que proporciona sus miembros, puesto que la Iglesia no dura a través de los siglos sino gracias a que el matrimonio le proporciona constantemente rostros y corazones nuevos.

EL SACRAMENTO DEL ORDEN

El sacramento del Orden inviste al sacerdote, como la consagración religiosa inviste a la mujer, con una paternidad universal que lo consagra y lo da al mundo entero. Nada resulta más emotivo para un sacerdote que esta experiencia de la paternidad universal. Tal vez sería aún más adecuado hablar de una maternidad universal.

«Os he dicho esto, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea colmado» (Jn 15,11)

« Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia (Jn 10,10).

La vocación del sacerdote es llevar la vida y hacerla desbordar, es dar la alegría, la alegría perfecta que es el encuentro sin límites con el Amor.

AL SACERDOTE SE LE PIDE SIMPLEMENTE QUE SEA EL SACRAMENTO DE JESUCRISTO

Al sacerdote no se le pregunta quién es, de dónde viene o cuál es su herencia, su nación, su cultura, se le pide simplemente que sea Jesucristo.

Y el sacerdote, puesto que como sacerdote es el sacramento de Jesucristo, está obligado en cierto modo a superarse, a olvidar sus fronteras y a dar más de lo que tiene, porque no está delante de los hombres en calidad de sí mismo, está ahí como el sacramento de Jesucristo.

Como sacerdotes, no tenemos que atraer a los otros por nuestro modo de hablar o de pensar, tenemos que ayudarles a liberarse de sí mismos liberándolos, primero, de nosotros mismos.

No han de encontrar nunca en nosotros algo que pueda herirles, sino que han de encontrar en nosotros lo que esperan y aguardan del Dios Vivo.

Es preciso que cada uno de nuestros contactos con ellos les proporcione la impresión de encontrarse ante un espacio ilimitado, y que se despidan de nosotros llevando la alegría con ellos.

TODO SACRAMENTO EXPRESA UNA VOCACIÓN UNIVERSAL Y UNA PRESENCIA

Esta manera de comprender los sacramentos, en función de la comunidad, ilustra magníficamente la vocación de desapropiamiento y de pobreza inscrita en el corazón del Evangelio.

Ser católico es ser universal, es ser una presencia a todos y en todo, es aportar no una doctrina que pueda ser discutida, sino una Presencia que podemos respirar, ahí está todo para nosotros.

L O S A G R A D O
Y L A O R A C I Ó N

LA ORACIÓN ES LA ESCUCHA DE DIOS POR EL HOMBRE

«Jesús rogó a los hombres y no fue escuchado».

Se trata de uno de los pensamientos más hermosos que se han dicho sobre la oración. Pascal se refiere, evidentemente, a la agonía de Nuestro Señor sobre la que está meditando y, pensando en esta súplica de Jesús dirigida a sus Apóstoles dormidos, resume este drama en estas palabras admirables. *«Jesús rogó a los hombres y no fue escuchado».*

La oración es la escucha de Dios por el hombre.

La escucha del hombre por Dios es algo natural, puesto que Dios es la escucha eterna, el *sí* sin vuelta atrás y sin mezcla alguna del *no*. En Dios no hay más que el *sí*.

Nos lo dice el mismo san Pablo: en Jesús no hay más que *sí*. Dios es la escucha eterna. No tenemos necesidad de dirigirnos a Él para pedir su Amor, puesto que Él es el Amor. No necesitamos que Dios venga a nosotros, puesto que siempre está aquí, somos nosotros quienes tenemos que ir a Él, somos nosotros quienes tenemos que escucharle, es decir, abrimos a ese *don* que Él es de manera permanente, a fin de que, por medio de nuestra oración, pueda Él difundirse sobre todo nuestro ser y, a través de nosotros, en todo el Universo.

Que tengamos que escuchar nosotros a Dios significa que tenemos que convertirnos en el santuario de Su Pre-

sencia, que tenemos que cerrar el anillo de oro de los esponsales eternos.

Tenemos que recibir esta Vida divina, vivirla como la nuestra, tenemos que aportar a los otros infinitamente más que lo que nosotros mismos recibimos en esta irradiación del Dios que habita en nosotros.

LA EXPERIENCIA DE LO SAGRADO

Lo Sagrado reside en último extremo en lo más íntimo de nosotros mismos, pues todo lo sagrado que nos rodea no está ahí para sí mismo.

Ni los muros de la iglesia, ni el sagrario están ahí para ellos mismos, tampoco Cristo permanece entre las paredes del sagrario para esas paredes. En última instancia, todo lo sagrado debe establecerse en nosotros y a través de nosotros es como lo Sagrado debe revelarse y difundirse.

El cristianismo, para hacernos sensibles a la experiencia de lo Sagrado en lo más íntimo del hombre, identifica lo sagrado con la Vida. Todo el más allá está dentro, y todas las nociones de personalidad, de dignidad, de inmortalidad están vinculadas por una íntima circuncesión, esto es, que están la una en la otra y no pueden corresponderse bien más que la una por la otra. No hay personalidad, dignidad e inmortalidad más que porque lo Sagrado tiene su sede, a fin de cuentas, en lo más íntimo de nosotros.

El único ser humano universal es el que se ha convertido en persona, en una personalidad. Es un ser humano quien no se limita ya a sus determinismos cósmicos y quien se convierte para los otros en un fermento de liberación.

Y no podemos hablar de personalidad, ni de dignidad, ni de responsabilidad, ni de inmortalidad, si no hemos entrado en este ámbito Sagrado en lo más íntimo de nosotros mismos, y si no lo vivimos, si lo Sagrado no se ha vuelto para nosotros ese universal, el único Universal.

El retorno a la vida interior está ligado al descubrimiento de lo Sagrado en lo más íntimo de nosotros.

LA ORACIÓN DA VALOR A LAS ACTIVIDADES DE LOS HOM- BRES

Todas las funciones de los hombres, incluso las más elevadas, no son nada si no hay en el ser humano esa profundidad, ese santuario interior, ese espacio ilimitado, ese Tesoro que se revela en la oración que el hombre hace a partir de él mismo.

La oración a partir de la vida es el alma de la Caridad: ahora tenemos que mirar a los otros con esa mirada que busca en ellos, con los ojos –humillados, por supuesto– del respeto y del amor, ese Infinito del que todos y cada uno son portadores.

La Iglesia viviente es una sociedad-sacramento que tiene sus cimientos en la soledad de cada uno. Y es en esa soledad de cada uno desde donde irradia sobre todo el universo, pues todos tenemos las mismas raíces, todos nos tocamos en lo más íntimo de nosotros mismos, y no somos verdaderamente *uno* más que en esta Presencia de Dios de donde brota nuestra vida y en donde permanece.

Nuestra oración, nuestra oración litúrgica y eucarística, debe conducirnos, por tanto, a fin de cuentas, a esa oración a partir de la vida en nosotros y en los otros.

EL RESULTADO NORMAL DE LA ORACIÓN

Todas las oraciones deben conducir a que la misma vida se vuelva oración, a que la vida no sea más que una respiración de Dios, un espacio donde la vida se difunda, una transparencia donde se comunique Su Luz.

Y, en cierto sentido, podemos decir que toda oración auténtica conduce a esta oración a partir de la vida, tanto

en nosotros como en los demás: eso significa que existe un universo sagrado que está en lo más íntimo de nosotros mismos, a partir del cual podemos hacer oración como a partir del universo sagrado que está contenido en el corazón de los otros.

Se dice en ocasiones que la oración consiste en ponernos solos ante nosotros mismos, pero yo no estoy nunca solo. Todo el cielo está en mi interior, no puedo acercarme a mí mismo más que de puntillas, como decía el poeta, precisamente porque no estoy solo, porque todo lo Sagrado está dentro de mí.

Todo lo sagrado está dentro de nosotros y la caridad fraterna se alimenta de esa realidad sagrada. Hacer oración sobre la vida, hacer oración sobre los otros, es el medio más seguro de respetar su vocación divina sin violar su secreto; y constituye el mejor medio, sin hacer otra cosa que existir en estado de arrodillamiento interior, de suscitar en ellos esta vida divina de que son portadores y que constituye su grandeza y su alegría.

Finalmente, es necesario que la oración conduzca a ese santuario que somos nosotros mismos, para construir esa Iglesia viva que tiene su Centro en lo más íntimo de nosotros mismos.

HEMOS DE ESTABLECER UNA DISTANCIA ENTRE NOSOTROS Y NOSOTROS MISMOS

¡Cuánta agitación! ¡Y cuán vano puede resultar todo eso!

Si lo Sagrado está de verdad dentro de nosotros, el único testimonio que podemos darle es vivirlo, es establecer entre nosotros y nosotros mismos, entre nosotros y el santuario divino que somos, esa distancia infinita de respeto y de veneración, es entrar en nuestra alma como en el santuario de la Divinidad y tratarnos a nosotros mismos como la Iglesia Viva.

Dando este testimonio es como toda vida, cuando es vivida en Dios, se transfigura, se sosiega, se libera y se inmortaliza, porque ya ha vencido a la muerte y pertenece al mundo de la resurrección.

Y es que existe una experiencia de la inmortalidad en el corazón de la vida espiritual, puesto que la vida en el Espíritu es una vida que se lleva a sí misma.

L A V I R G E N M A R Í A

JESÚS NACE DE LA CONTEMPLACIÓN DE MARÍA

Si el mundo vuelve a empezar y toma un nuevo punto de partida en Jesús, si recibe a través de Jesús toda su nobleza y toda su Belleza, es porque en Jesús no brota la vida de la carne y de la sangre, no es fruto de una proliferación inconsciente y de la codicia. En Jesús la vida es virginal, la vida nace del Espíritu, de la libertad y del Amor, en Jesús la vida es absolutamente nueva y revela el candor de la Luz eterna.

Jesús no es un eslabón en la cadena de las generaciones, Él es quien las mantiene a todas en las manos de Su amor. Jesús no es un individuo entre los miles de millones que se suceden, es Él quien mantiene toda la cadena, es Él quien rescata a la especie de sus límites, la arranca de la muerte y la introduce en la inmortalidad, Él es quien hace contemporáneas todas las generaciones y nos reúne en la unidad de Su Amor, Él es quien nos hace nacer de Su Virginitad.

Un Universo virgen es un Universo de Personas y tiene su centro en el interior de la Persona. Es un Universo en el que cada uno, en la medida en que entra en el juego del Amor Eterno, se convierte en un creador indispensable e irremplazable, porque a través de su singularidad, el Esplendor y la Belleza de Dios se focalizan (prismatisent) en un aspecto único.

En Jesús comienza todo, y Jesús nace del Espíritu. Nace «fuera de serie». Nace de la contemplación de María, nace del vacío que ella había hecho en sí misma desde el primer momento de su existencia.

MARÍA, HIJA DE SU HIJO, ES LA PRIMERA CRISTIANA

La obra de salvación realizada en Jesucristo anda muy lejos de haberse consumado en su plenitud, no estamos aún más que en su comienzo, y el cristianismo, considerado en la breve duración de sus dos mil años, puede parecer un fracaso.

Sin embargo, contamos ya con un éxito perfecto, con una consumación total, el que celebramos en la Inmaculada Concepción de María.

Contamos con esta primera cristiana que fue el primer fruto de la Redención, la Santísima Virgen María, nacida de Cristo antes de que Cristo naciera de ella, la Virgen Madre, «hija de su Hijo», como dice de manera admirable Dante en el último canto de la *Divina Comedia*.

LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE MARÍA Y LA CONCEPCIÓN VIRGINAL DE JESÚS

La Inmaculada Concepción es el aspecto interior de la concepción virginal.

La concepción virginal, el hecho de que Jesús fuera concebido sin concurso de hombre, no tendría interés alguno si esta concepción virginal no encontrara su sentido y su origen en la Inmaculada Concepción.

La Inmaculada Concepción es justamente la consagración total de María a Jesús. Es el reinado de Jesús en María desde el primer instante de su existencia, es la personalización de María en virtud de su relación con Jesús. Eso es lo que significa la identificación de María con su Inmaculada

Concepción comunicada por la misma María a Bernadette: «*Yo soy la Inmaculada Concepción*».

María concebirá y dará a luz a Jesús virginalmente porque es enteramente suya, de Él y para Él, porque se ha vaciado por completo de sí misma, porque es la mujer pobre que no posee otra cosa más que ser una pura relación respecto a Jesús.

Por haber llevado al Verbo de Dios en su espíritu, por haberse alimentado de Su Luz y haberse consumido por su Amor, se convertirá en un brote de esta presencia del Verbo en todas las fibras de su carne virginal, que se convertirá en la cuna del Verbo Encarnado.

LA ACTUALIDAD DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN

El misterio de la Inmaculada Concepción goza de una ardiente actualidad, puesto que no podemos hacer nada por este mundo, que lo espera todo de nosotros dada la indigencia espiritual en que se encuentra, si no procedemos nosotros mismos a un despojo total, si no dejamos transparentar a través de nosotros el Rostro del Señor, si no hacemos el vacío en nosotros para que la Vida divina pueda difundirse en él sin encontrar ni límites ni obstáculos.

Nuestra misión no consiste en construir sistemas, en elaborar métodos y técnicas, nuestra misión consiste en dar a Jesucristo comunicando Su Presencia. Se trata de una invitación al despojo y al desapropiamiento de nosotros mismos, de una invitación a hacer el vacío en nosotros, a convertirnos en un inmenso espacio en el que pueda entrar todo el mundo.

Y de ese modo es como nos toca la Inmaculada Concepción en lo más profundo de nuestro ser.

LA PUREZA DE MARÍA

¿Cómo expresar la pureza de María? ¿Cómo tomar conciencia de la pobreza que es el desapropiamiento total

de sí misma? ¿Cómo representarnos esta contemplación que personaliza a María en su relación con Jesús?

Es una pureza ontológica (forma parte del ser mismo de María), es la transparencia de todo su ser, es ofrenda y hace de ella la cuna no sólo del Verbo Encarnado, sino también de toda la humanidad y de todo el Universo.

Y es que su maternidad, que nace de su contemplación y de su despojo, no la concierne a ella misma, tiene que ver con toda la humanidad y con toda la Creación, que encontrará su esplendor a través del Reino de Jesucristo.

¡Oh Virgen que nos virginizas (virginisez)!

Virgen que virginizas nuestra mirada y nos conduce a Jesús.

¡Oh Virgen que das a luz a Cristo en nosotros!

¡Oh Virgen, Madre de Dios!

¡Oh Virgen que llevaste a cabo en el mundo, por vez primera, la Creación auténtica, la Creación que Dios quiere y que debe ser el eco de la eterna Música que resuena silenciosamente en el Corazón de la Trinidad!

DISCÍPULOS DE MARÍA

Necesitamos más que nunca hacernos discípulos de la Inmaculada para obtener esta purificación radical.

Necesitamos mirarla más que nunca para que su mirada virginice (virginise) la nuestra, tenemos que aprender a través de ella la divina ternura, pues al fin y al cabo lo que percibimos a través de esta mujer bendita entre todas las mujeres, a través de esta Hija del Verbo del que se va a convertir en Madre, a través de esta dignidad y de esta grandeza, lo que percibimos a través de ella, decíamos, es la maternidad de Dios.

Dios es Madre tanto como Padre y, a través del Corazón de María, deseamos que este grito filial de «mamá» que no cesamos de lanzar desde el fondo de todas nuestras angustias suba hasta el corazón de Dios.

A M I G O M Í O ,
S U B E M Á S A R R I B A

UNA INMENSA ESPERANZA

Cada vez que se celebra el misterio de la Misa se lleva a cabo la obra de nuestra Redención, es decir, que todo el Universo, toda la Historia, toda la Humanidad, toda la Creación, quedan puestos en nuestras manos: en estas perspectivas anida una inmensa esperanza.

Si entramos en el silencio al que se nos invita al comienzo de cada Misa, si conseguimos hacer callar todos los ruidos, si encontramos el punto de origen donde arraiga nuestra vida en Dios, estaremos en el origen de todo, llegaremos al comienzo del mundo, al comienzo de la vida y al comienzo de la humanidad, no hay acontecimiento de la Historia que no pueda hacerse presente por esta vía.

AMIGO MÍO, SUBE MÁS ARRIBA

Llevamos en nosotros todo el problema de la evolución.

Nuestro psiquismo infantil es el Universo que continúa subiendo a la luz en nosotros. Somos un resumen de ese universo y, sin embargo, poseemos en nosotros otro Universo.

Sentimos que necesitamos «despegarnos». Eso es lo que, a su manera, quería decir esta niña pequeña: «*Mamá, eres demasiado y no eres bastante*». Ese es el grito del mundo del amor.

Anida en nosotros una necesidad de ir más arriba, no hay objeto en el mundo que pueda colmarnos y esa necesidad es la de un poder indispensable de superación.

Amigo mío, sube más arriba.

Hace falta que tu vida llegue a ser una obra maestra de luz y de amor.

Es preciso que tu vida sea bella y lleve la irradiación de la alegría.

Es necesario que tu vida se convierta en un fermento de liberación y que tu sola presencia sea para los demás el regalo más maravilloso.

NINGÚN FRACASO DE LA HISTORIA ES DEFINITIVO. ENTREMOS EN LA VERDADERA ALEGRÍA

Ni el fracaso de la Historia, ni el fracaso de las naciones y de los individuos, ni el fracaso de toda la naturaleza física y de todas las catástrofes, ninguno de los fracasos de la Creación es definitivo. Todos ellos son recuperables en la Presencia de Amor del Señor que quiere realizarse hoy en nosotros.

Y en la medida en que esta Presencia se lleve a cabo, porque nosotros le habremos dado un consentimiento más profundo, podrá rehacer lo que no ha sido hecho y dar nacimiento a lo que ha sido «abortado».

Retomando todos los misterios de Jesús, podemos entrar, ya desde ahora, en la verdadera alegría porque Jesús nos ha abierto a nuestra humanidad, porque Él nos la ha revelado, porque ha hecho posible su consumación. Ha dado un sentido a nuestra vida, ha reorientado toda la Historia, nos ha hecho capaces de concebir lo que puede ser –y eventualmente realizar– una auténtica universalidad.

Y, al escribir la fecha en que estamos, una fecha que se refiere a Él, cuyo nacimiento divide la Historia, no podemos dejar de experimentar un sentimiento de adoración, de gratitud y de amor hacia Él.

BIBLIOGRAFÍA

- BOUR (Pierre), *Zundel, Braises* (Fragmentos seleccionados), París, Le Levain, 1992 (2ª ed.).
- DONZÉ (Marc), *La pensée théologique de M. Zundel: pauvreté et libération*, Le Cerf-Le Tricorne, 1980.
- DONZÉ (Marc), *L'humble présence* (Inéditos de M. Zundel), Ginebra, Le Tricorne, 1983 (tomo 1).
- DONZÉ (Marc), *Témoignage d'une présence* (Inéditos de M. Zundel), Ginebra, Le Tricorne, 1987 (tomo 2).
- DONZÉ (Marc), *Maurice Zundel ou l'ami du silence*, Chiry-Ourscamp (Oise), Le Serviteur, 1990.
- GUERAND (France du), *À l'écoute du silence*, París, Téqui, 1978 (3ª ed.).
- HABACHI (René), *Trois itinéraires: Gabriel Marcel, Maurice Zundel et Teilhard de Chardin*, Québec, Presses universitaires de Laval, 1983.
- HABACHI (René), *Quatre aspects de Maurice Zundel*, Cariscript, 1992.
- LUCQUES (Claire), *Zundel, esquisse pour un portrait*, París, Médiaspaul, 1986.
- LUCQUES (Claire), *Dans la nostalgie de l'éternelle beauté*, Québec, Anne Sigier, 1991.
- MARTINEZ DE PISÓN (Ramón), *La liberté humaine et l'expérience de Dieu chez Maurice Zundel*. Montreal, Bellarmin, 1990.
- VINCENT (Gilbert), *La liberté d'un chrétien: Maurice Zundel*, París, Le Gen, 1979.

Para toda documentación, obras agotadas, casetes audio, transcripción de casetes o disquetes informáticos, estudios sobre Maurice Zundel, pueden dirigirse a:

EN SUIZA:

Fondation Maurice Zundel
3, chemin du Cardinal Journet
CH - 1752 VILLARS-SUR-GLANE
Tel.: 00 (41) 37 24 76 76

EN FRANCIA:

Padre Bernard de Boissière (delegado general para cualquier publicación)
rue de Grenelle - 75007 París
Tel.: 01 44 39 46 67

M. Paul Abéla (Association française M. Zundel)
52, rue Liancourt - 75014 PARÍS
Tel.: 01 43 22 06 19

EN CANADÁ:

Sor Béatrice Héon
4441, rue Saint-Huhert
MONTREAL (Québec) H2J 2X1
Tel.: 5145229617

Para toda correspondencia con el Padre Debains, dirigirse a:
Presbytère - 41300 SELLES-SAINT-DENIS
Tel.: 0254961850

caminos

Director: Xavier Quinzá

1. MARTIN BIALAS: *La "nada" y el "todo". Meditaciones según el espíritu de San Pablo de la Cruz (1969-1775).*
2. JOSÉ SERNA ANDRÉS: *Salmos del Siglo XXI.*
3. LÁZARO ALBAR MARÍN: *Espiritualidad y praxis del orante cristiano.*
5. JOAQUÍN FERNÁNDEZ GONZÁLEZ: *Desde lo oscuro al alba. Sonetos para orar.*
6. KARLFRIED GRAF DUCKHEIM: *El sonido del silencio.*
7. THOMAS KEATING: *El reino de Dios es como... reflexiones sobre las parábolas y los dichos de Jesús.*
8. HELEN CECILIA SWIFT: *Meditaciones para andar por casa. Con un plan de 12 semanas para la oración en grupos.*
9. THOMAS KEATING: *Intimidad con Dios.*
10. THOMAS E. RODGERSON: *El Señor me conduce hacia aguas tranquilas. Espiritualidad y Estrés.*
11. PIERRE WOLFF: *¿Puedo yo odiar a Dios?*
12. JOSEP VIVES S.J.: *Examen de Amor. Lectura de San Juan de la Cruz.*
13. JOAQUÍN FERNÁNDEZ GONZÁLEZ: *La mitad descalza. Oremus.*
14. M. BASIL PENNINGTON: *La vida desde el Monasterio.*
15. CARLOS RAFAEL CABARRÚS S.J.: *La mesa del banquete del reino. Criterio fundamental del discernimiento.*
16. ANTONIO GARCÍA RUBIO: *Cartas de un despiste. Mística a pie de calle.*
17. PABLO GARCÍA MACHO: *La pasión de Jesús. (Meditaciones).*
18. JOSÉ ANTONIO GARCÍA-MONGE y JUAN ANTONIO TORRES PRIETO: *Camino de Santiago. Viaje al interior de uno mismo.*
19. WILLIAM A. BARRY S.J.: *Dejar que le Creador se comuniquen con la criatura. Un enfoque de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola.*
20. WILLIGIS JÄGER: *En busca de la verdad. Caminos - Esperanzas - Soluciones*
21. MIGUEL MÁRQUEZ CALLE: *El riesgo de la confianza. Cómo descubrir a Dios sin huir de mí mismo.*
22. GUILLERMO RANDLE S.J.: *La lucha espiritual en John Henry Newman.*
23. JAMES EMPEREUR: *El Eneagrama y la dirección espiritual. Nueve caminos para la guía espiritual.*
24. WALTER BRUEGGEMANN, SHARON PARKS y THOMAS H. GROOME: *Practicar la equidad, amar la ternura, caminar humildemente. Un programa para agentes de pastoral.*
25. JOHN WELCH: *Peregrinos espirituales. Carl Jung y Teresa de Jesús.*
26. JUAN MASÍÁ CLAVEL S.J.: *Respirar y caminar. Ejercicios espirituales en reposo.*
27. ANTONIO FUENTES: *La fortaleza de los débiles.*
28. GUILLERMO RANDLE S.J.: *Geografía espiritual de dos compañeros de Ignacio de Loyola.*

29. SHLOMO KALO: *“Ha llegado el día...”*.
30. THOMAS KEATING: *La condición humana. Contemplación y cambio.*
31. LÁZARO ALBAR MARÍN Pbro.: *La belleza de Dios. Contemplación del icono de Andréï Rublev.*
32. THOMAS KEATING: *Crisis de fe, crisis de amor.*
33. JOHN S. SANFORD: *El hombre que luchó contra Dios. Aportaciones del Antiguo Testamento a la Psicología de la Individuación.*
34. WILLIGIS JÄGER: *La ola es el mar. Espiritualidad mística.*
35. JOSÉ-VICENTE BONET: *Tony de Mello. Compañero de camino.*
36. XAVIER QUINZÁ: *Desde la zarza. Para una mistagogía del deseo.*
37. EDWARD J. O’HERON: *La historia de tu vida. Descubrimiento de uno mismo y algo más.*
38. THOMAS KEATING: *La mejor parte. Etapas de la vida contemplativa.*
39. ANNE BRENNAN y JANICE BREWI: *Pasión por la vida. Crecimiento psicológico y espiritual a lo largo de la vida.*
40. FRANCESC RIERA I FIGUERAS, S.J.: *Jesús de Nazaret. El Evangelio de Lucas (I), escuela de justicia y misericordia.*
41. CEFERINO SANTOS ESCUDERO, S.J.: *Plegarias de mar adentro. 23 Caminos de la oración cristiana.*
42. BENOÎT A. DUMAS: *Cinco panes y dos peces. Jesús, sus comidas y las nuestras. Teovisión de la Eucaristía para hoy.*
43. MAURICE ZUNDEL: *Otro modo de ver al hombre.*
44. WILLIAM JOHNSTON: *Mística para una nueva era. De la Teología Dogmática a la conversión del corazón.*

Este libro se terminó
de imprimir
en los talleres de
RGM. S.A., en Bilbao,
el 8 de julio de 2003.

"Un poeta, un genio... con resplandores... uno de los genios espirituales de nuestro siglo...". Pablo VI conocía a Maurice Zundel y se había percatado de quién era. Lo invitó a predicar la tanda de ejercicios del Vaticano para la cuaresma de 1972.

En nuestros días, un publico cada vez más numeroso está redescubriendo a Zundel hasta el punto de que se ha convertido en compañero de camino para una nueva generación, como ya lo fue durante su vida (1897-1975) a lo largo de las incontables homilias y conferencias pronunciadas en gran cantidad de países.

Interioridad, libertad, pobreza, entrega de nosotros mismos... valores andados en el descubrimiento de un Dios "con corazón de hombre" al que no ha cesado de dar a conocer como "una Persona, una Intimidad, Alguien que es Corazón... Y un Corazón no puede revelarse más que a otro corazón, una Persona no puede manifestar su secreto más que a otra persona...". Decía también: "La persona no llega a ser ella misma más que a través del don".

No es posible resumir una enseñanza tan profunda en unas cuantas líneas, ni siquiera en un pequeño libro. Con todo, esperamos hacer nacer en el lector el deseo de ir más lejos. Con ello se daría por satisfecha nuestra ambición.

El padre **Paul Debains** ha ejercido su ministerio misionero en África durante 30 años. En la actualidad ejerce el ministerio parroquial en Francia.

Es miembro de la Asociación de Amigos de Maurice Zundel.

Ilustración de cubierta: AGE Fotostock

OTRO MODO DE VER AL HOMBRE Maurice Zundel

ISBN: 84-330-1800-0



9 788433 018007